

“Observarla guardaba como significado una contemplación sin límite en torno a la sensualidad de sus manos, su cuerpo completo, ver cómo sus finos dedos traspasaban la tela en esos círculos apretados donde creía su imaginación para dar vida y color a rostros, paisajes y pétalos a punto de desprenderse. Más allá del acto creativo, cercano al pensar y sentir del espectador que recreaba sus vibraciones placenteras con el simple hecho de dejarse llevar por su propia luz, ella otorgaba vida a lo pensado para luego decirse que nada servía y había que empezar de nuevo. Era imposible dejar de observar su tez radiante y tersa, sus pómulos tras el cristal vigilante de sus ojos azules de mar, esa blusa con el primer botón desabrochado que dejaba semidesnudos sus pechos a manera de manifiesto, de ansiedad sin sosiego”.



MÁCULA
(Péndulo de las contradicciones)

Amin Miceli

MÁCULA

(Péndulo de las contradicciones)



Amin Miceli



ISBN: 978-607-543-178-9



9 786075 431789



305.4
M53

Miceli, Amín

Mácula: péndulo de las contradicciones. --1 ed.-- Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas : Juan Pablos Editor, 2023.

ISBN: 978-607-543-178-9 UNICACH
ISBN: 978-607-711-682-0 Juan Pablos Editor

I. Mujeres – Narrativas. 2. Mujeres – Problemas sociales.

Primera edición: 2023

D. R. ©2023. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
1 Av. Sur Poniente 1460, C.P.29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas
www.unicach.edu.mx

Facultad de Artes
Calzada Samuel León Brindis 1551, Col. Bienestar Social, 2900,
Tuxtla Gutiérrez, Chiapas

D. R. © 2023, Juan Pablos Editor
2ª Cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen
Alcaldía Coyoacán, 04100, Ciudad de México
<https://www.libera.org.mx/shop>

ISBN: 978-607-543-178-9 UNICACH
ISBN: 978-607-711-682-0 Juan Pablos Editor

Impreso en México / Reservados los derechos

Libro dictaminado por las doctoras Astrid Maribel Pinto Durán y Flor Marina Bermúdez Urbina y el doctor Martín de la Cruz López Moya, investigadores de Tiempo Completo del CESMECA-UNICACH e integrantes del CA Consolidado: Culturas Urbanas y Prácticas Creativas en el Sur de México; la doctora Inés Castro Apreza, profesora investigadora del CESMECA-UNICACH, integrante del CA Estudios de género y feminismos, y el doctor Vladimir González Roblero, investigador del CA Estudios sobre Arte y Cultura de la Facultad de Artes de la UNICACH.

Imagen de portada: Isis Alondra Rodríguez Sánchez
Diseño de portada: Adriana Ramos Zepeda

Mácula

(Péndulo de las contradicciones)

Amín Miceli



Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
Facultad de Artes
Juan Pablos Editor
México, 2023

Índice

Introducción.....	9
1.....	11
2.....	17
3.....	19
4.....	25
5.....	29
6.....	31
7.....	33
8.....	37
9.....	41
10.....	45
11.....	47
12.....	51
13.....	53
14.....	57
15.....	61
16.....	63
17.....	69
18.....	71
19.....	75
20.....	79
21.....	81
22.....	83
23.....	87
24.....	89
25.....	93
26.....	95

27.....	99
28.....	105
29.....	111
30.....	113
31.....	119
32.....	121
33.....	127
34.....	129
35.....	131
36.....	135
37.....	137
38.....	139
39.....	143
40.....	145
41.....	147

Introducción

En cuarenta y un narrativas vibrantes, atrapadoras de lectoras y lectores exigentes, se describe el transcurrir de las vidas de personajes diversos en lo que parece ser un pueblo, un lugar con puertas cerradas y ventanas abiertas. Mujeres parecen ser las protagonistas y las relaciones erótico-afectivas el hilo conductor de las narrativas, pero junto a ellas, alrededor de ellas, se narran numerosas (a veces sorprendentes) prácticas sociales, culturales, políticas y económicas que no dejan lugar a dudas de que el autor del libro es un gran conocedor de los intersticios del lugar que se habita.

El resultado es, precisamente, éste: lectores y lectoras ávidos de buenas narrativas consiguen “habitar” los espacios y los personajes femeninos y masculinos descritos con muy buena pluma. Las narrativas -en manos del autor- no dejan escapar los detalles de las tribulaciones y anhelos de los personajes todos y todas que dan forma y vida al lugar que habitan. Forma y vida en plenitud, ya que el autor devela secretos íntimos, rutinas tediosas, presiones sociales, características del observador científico-social que, finalmente, hay detrás de la buena escritura. Es decir, hay conocimiento, experiencia, investigación fuerte. El autor es conocedor, digamos, de problemáticas sociales que inundan la vida cotidiana de un pueblo, cualquier pueblo seguramente, sin que sepamos a ciencia cierta en qué temporalidad ocurren los sucesos descritos. Parecería, en realidad, una extraña mezcla de temporalidades, a juzgar por el lenguaje, los personajes mismos: el médico, el cura, el joven apasionado, el alemán atrevido, el capataz, y las mujeres deseantes que aparecen

en estas narrativas. La libertad de algunas de estas mujeres contrasta con el conservadurismo del pueblo que posee sus propias dinámicas de poder para imponer normas y valores sociales.

María Inés Castro Apreza

1

Entre voces cortadas tiritando de frío, las primeras horas en San Juan de los Llanos se prolongaban en el cruce de las calles. Sólo las melodías de la cantina del *Choco*, esparcidas al aire desde el árbol ya sin hojas de tanto desamor, señalaban los puntos cardinales a los caminantes bajo la densa sábana de algodón de todas las mañanas:

*Usted es la culpable
de todas mis angustias
y todos mis quebrantos,
usted llenó mi vida
de dulces inquietudes
y amargos desencantos...*

Desde la torre de la iglesia de indios el tiempo se detenía: ahí las calles custodiadas por albarradas de frondosas jacarandas se desvestían de rocío para enseñar sus colores; las casas de adobes con sus puertas de cuatro hojas y ventanas de medio óvalo sumergidas en las paredes escondían suspiros de desvelos no correspondidos; resaltaban los techos de rojo barro donde sólo golondrinas sabían anidar. El pueblo era ya ese animal silencioso que trataba de despertar en la conformidad eterna para dar inicio a su rutina de siempre. Eran los mismos ojos de miradas cortas, enterrados por la pereza. Las carretas bulliciosas con campesinos aún briagos de la vida, colgados del timón, sin más esperanza que un mucho de miseria; las perpetuas vigilantes de la vela, vestidas de negro, santificadas y curiosas por descubrir otros placeres; los tenderos con escoba en mano y un manojo de albahaca esparcían bendiciones sincréticas para alejar los maleficios y atraer clientela; las señoritas

bien, en cómodos Cadillac de cornetas estridentes, a diestra y siniestra asustaban a los perros famélicos para llegar temprano al colegio de las niñas bonitas; el eterno vagabundo recostado en sus orines suplicaba una limosna para quitarse el frío; las mujeres del primer barrio se apuraban con las compras en el mercado público, mientras sus niños se entretenían en el puesto de revistas con la lectura de *Memín Pinguín*; los más crecidos de ellos, casi adolescentes, de prisa ojeaban las piernas de la negra Rarotonga en las hojas de *Lágrimas y risas*, temerosos de que alguien los viera y quedaran al descubierto sus insistentes punzadas; otras mujeres emprendían igualmente sus tareas, metidas en los olores y sabores, con la leche a punto de quemarse, el comal veteado de cal con su panza rebosante de maíz nuevo, el sazón entre brasas, el aromático café humeante y las súbitas carcajadas al escuchar en la radio matutina a Nananina, a Rudecindo Caldeiro y Escobiña y a Trespatines en la comedia *La tremenda corte*. Después de unas horas, volvían a reunirse alrededor del aparato transistor, casi a mediodía, para sentirse amadas por el bandido del norte, Porfirio Cadena, el Ojo de Vidrio.

El tiempo se detenía, hasta que llegaba el radiante sol a la calle empedrada, casi callejón, donde las sombras de los caserones extendían sus mantos para formar anchas manecillas de relojes invisibles en esa danza de aceras que cobran vida cuando se acercan y se alejan como duendes de paso.

En la cantina la música seguía sonando:

*Usted es como un grito
que llevo aquí en mi pecho
y aquí en mi corazón...*

*

Ella aparecía exquisita en la recepción de la pequeña antesala, casi siempre sin enfermos (virtud para los sanos y escasez para la familia del facultativo perdido en su rutinaria embriaguez). En su soledad, afanosamente bordaba, entretejía y desenhebraba de nuevo el lienzo de manta, mientras platicaba en silencio con sus propios, ocultos secretos, ahí

donde las palabras resonaban en las sienas y sólo la punta de la aguja y el hilo en su recorrido persistente eran sus interlocutores. Hilvanaba el mundo, sus recuerdos y temores. Ahí estaba, con la mirada hacia la calle, sentada en la mecedora de cedro con acabados en barniz que servía de fondo a sus largas y bien formadas pantorrillas de nácar, cruzadas al borde de sus piernas torneadas, hasta bajar al empeine y llegar a sus minúsculos pies calzados con alpargatas. Observarla guardaba como significado una contemplación sin límite en torno a la sensualidad de sus manos, su cuerpo completo, ver cómo sus finos dedos traspasaban la tela en esos círculos apretados donde crecía su imaginación para dar vida y color a rostros, paisajes y pétalos a punto de desprenderse. Más allá del acto creativo, cercano al pensar y sentir del espectador que recreaba sus vibraciones placenteras con el simple hecho de dejarse llevar por su propia luz, ella otorgaba vida a lo pensado para luego decirse que nada servía y había que empezar de nuevo. Era imposible dejar de observar su tez radiante y tersa, sus pómulos tras el cristal vigilante de sus ojos azules de mar, esa blusa con el primer botón desabrochado que dejaba semidesnudos sus pechos a manera de manifiesto, de ansiedad sin sosiego. El abandono a sus treinta y tantos años provocaba en ella un sentimiento de soledad desenfrenada. Necesitaba cada vez más tenerlo a su lado, acariciar centímetro a centímetro sus formas, introducirse en sus montañas bajo ese extravío de hembra en celo liberada de culpabilidad, sentir sus desarrolladas fibras hasta olvidarse de sí misma. En ese instante se levantaba de la mecedora, su fiel compañera, y se dirigía a la tornamesa de la vieja consola para escuchar la melodía de siempre. Los Tres Diamantes interpretaban a todo volumen la señal del deseo apresurado. Así, el requinto y las voces se convertían en el más efectivo canal de comunicación de la pasión oportuna: él, presto, acudía a calmar sus ansias.

*

Era tan distinto; se sentía amada como la primera vez. La diferencia traspasaba las emociones de juventud ilusionada con nudos en el vientre, hormigueo del cuerpo, temblor del deseo primerizo. Ahora era dis-

tinto, amaba con la piel; su aroma impregnaba sus vacíos y toda ella se revolvía de pasión.

El otro era eso, otro, ajeno a su mundo era una relación monótona, enfermiza, se trataba de cuidar las formas, ocultar los rostros. De cuando en vez, en forma esporádica, se acordaba de ella, llegaba a su encuentro con aliento alcohólico a más no poder, oloroso a tabaco y a arrabal, cuando ella dormía el sueño profundo. Entonces él se metía debajo de las sábanas tibias, la desvestía a tientas y la poseía sin el menor preámbulo. A la mañana siguiente, despertaba sintiéndose sucia, vejada.

Todo empezó sin el ritual de los amantes, sin la brama de los recién casados, sin eso de chuparse hasta los huesos y olerse palmo a palmo sin descuidar las cavidades, saber a qué saben, secarse hasta la última gota para luego pedir más, profanar todos los espacios y terminar encima de un lugar prohibido, fundidos, con los ojos amoratados de tanto mirarse. Día y noche esperaba en vano. Se consumía. El médico sólo estaba en la imaginación de una mujer recién casada. Algo oculto dentro de sí lo turbaba. Descuidado, poco comunicativo y siempre molesto. Ella, con mucha ternura, entendía su supuesto cansancio y el efecto de las copas, hasta esa noche en que lo descubrió fuera del clóset con el joven repartidor de correspondencias tardías, ocultas en su saco de amplias preferencias. Sus días nublados se quedaron a perpetuidad y las noches heladas la hundieron en un abandono de muerte. Pero ahí no terminó su asombro. Cierta noche, mientras disfrutaba la ducha, su cuerpo era recorrido por pequeños arroyos que inundaban su continente, instantes de alivio llegaban a su fracaso matrimonial, a la tortura corporal que hacía de ella una desventurada. Al rozar sus contornos, encontraba breves instantes de respiro. La puerta del baño estaba semiabierta, y la llegada de él fue repentina y sigilosa; ignoraba ella su presencia, mucho menos esperaba que tal circunstancia encendiera la pasión ante la indiferencia ya conocida. Él, sin el escarceo de un buen inicio, se metió a la regadera tomándola por sorpresa. Ella quiso evitarlo, pero ya no pudo, sus formas se abrieron y el otro, su esposo ante los ojos de Dios, por fin se animaba; y, de modo sorprendente, en un instante descubrió sus cavidades. Atado a sus costumbres, poco le duró el placer; estupefacto, en segundos cambió sus intenciones, la soltó con frialdad y se fue a mitigar

la añeja burla en sus andanzas rutinarias. Ella soltó su cuerpo hasta dejarse caer al piso y lloró su inevitable amargura. Desde entonces, el galeno bebía más de lo acostumbrado para amanecer briago y anocheecer pegado a la botella; trataba de olvidar sus frustraciones. Se perdió el escaso interés que nunca hubo entre ellos, sólo distantes violaciones acumuladas en la ira de Bromelia. Por eso, Herbert la transformaba con sólo sentir su cercanía; bastaba verlo detrás del mostrador del pequeño hotel, para sentirse húmeda y completa. El alemán cubría sus vacíos, su desolación, la hacía sentirse completa. Era el amante perfecto.

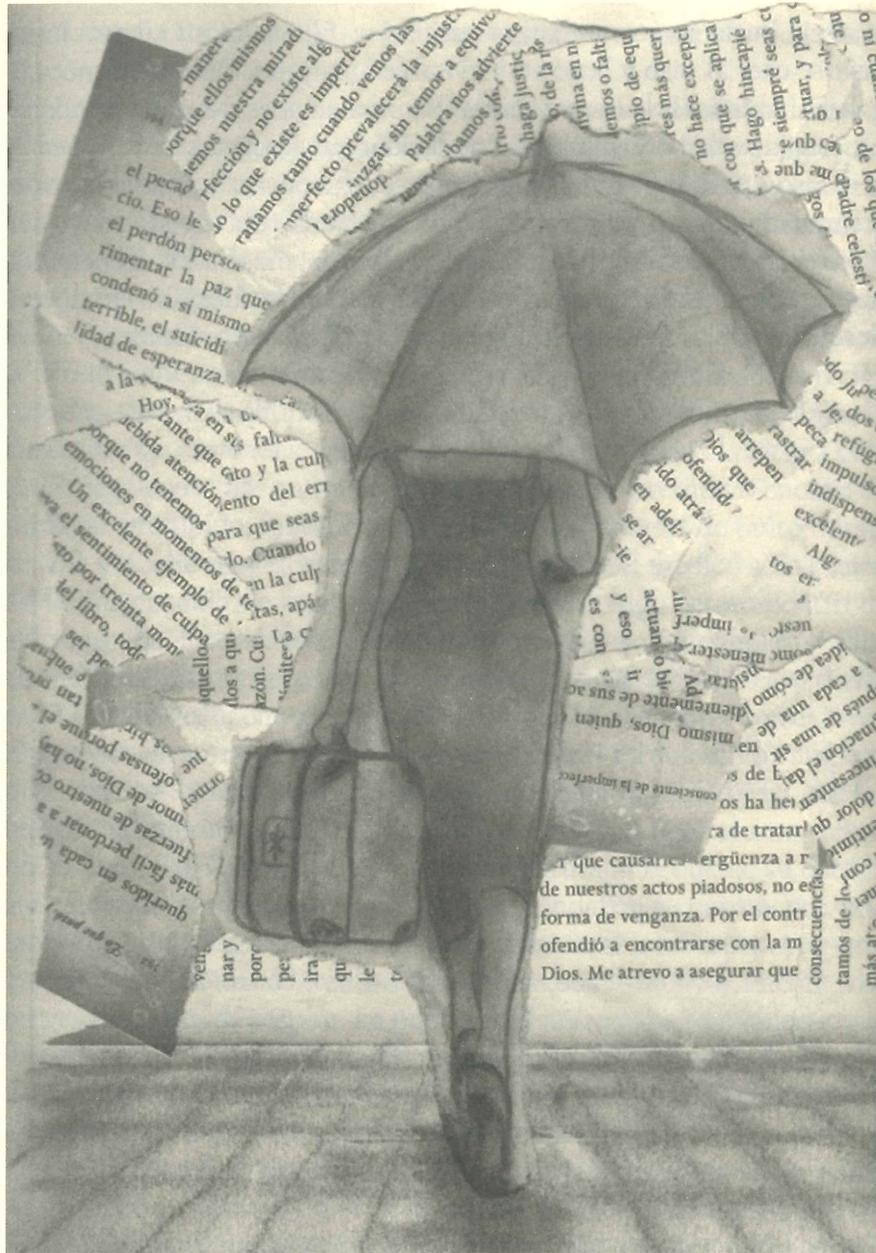


Ilustración elaborada por Isis Alondra Rodríguez Sánchez, estudiante de la Facultad de Artes de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

2

Cinco metros la separaban de su deseo. La angosta calle medía el instante de la irrigación sanguínea en el desenfreno a punto de tomar la carne y acelerar el palpito de la pasión. En la acera de enfrente se encontraba el hotel de San Román González. El nuevo administrador era un joven alemán apuesto, de una sensualidad notoria, plena. Apenas si pronunciaba palabras en lengua española, pero manejaba muy bien el lenguaje de los sentidos, ese que convence entre reojos, se transpira en la piel a golpe de atracción, llamado por los expertos feromonas o atracción fatal, mucho más profundo que el sonido del verbo. Así, entre miradas y gesticulaciones de los labios húmedos al roce sensual de su lengua, la provocaba desde la recepción. Ella, olvidada, entretejía la historia de siempre en el consultorio, mientras intentaba retener a los pacientes fastidiados de esperar.

Las miradas del apuesto varón no le vinieron mal; por lo contrario, estimularon sus ansias en plenitud de los treinta, cuando buscaba experimentar, descubrir que hay algo más allá de la decencia. Todo era propicio para iniciar la aventura. Fue cuando escuchó por primera vez la melodía; tenía dedicatoria, sonaba romántica, arrulladora. Provocaba y acosaba, sentenciaba y tiraba a matar con ese requinto que se le metía hasta los tuétanos. A partir de ahí esa sería la señal de los encuentros amorosos entre la escultural mujer —blanca de cielo, espigada a punto de la siega, Eva de estatura para cortar manzanas, ojos azules de mar, caderas anchas, largas pantorrillas y cintura de avispa— y el apuesto alemán de barba cerrada, corpulencia atlética, hablante de una lengua enredada e incomprensible, no requerida cuando se tienen otros talentos:

*...y soy, aunque no quiera,
esclavo de sus ojos,
juguete de su amor...*

Desde ese instante Bromelia supo que un volcán estaba a punto de hacer erupción; presintió la cercanía de lo esperado y lo deseaba. Ya no estaba quieta, segundo tras segundo se sentía vibrar y su imaginación crecía.

Aquel bolero se repetía hora tras hora antes del primer encuentro. Ella, en la pequeña sala, ardía desesperada.

Ese día, llegó... El médico andaba curándose la cruda entre jugadas de carambolas perfectas en las mesas de billar de los pórticos centrales, para luego partir a la cantina *Las Escondidas*.

Como buen cazador, el joven alemán se dedicó a esperar el momento oportuno y aprovechar el silencio de la calle bajo un sol refulgente. Dejó que a todo volumen se escuchara la melodía desde la recepción, y en un salto de tigre cruzó la angosta calle para llegar al recibidor del consultorio e introducirse de inmediato y con seguridad en la pequeña sala de auscultación. Ahí estaba ella, tratando de ordenar los recetarios y libros de farmacopea. Sin que Bromelia se percatara de su presencia, él la sujetó por la espalda dejando posar sus dos largas manos en la cúspide de sus pechos, lo que provocó en la mujer un movimiento repentino. Asustada, al voltear hacia él quiso reaccionar molesta, esquiva, pero no pudo. El hombre la tomó con mayor rigidez:

— ¡Déjeme, atrevido! — le dijo, y sus ojos se confundieron a más no poder.

Fue cuando sus labios mojaron su boca, envenenando la soledad a la que ya estaba acostumbrada. Las manos prominentes de Herbert acariciaron su cuerpo hasta llegar a los más íntimos respiros. Ahí supo el intruso de sus anchas caderas y del néctar de sus cumbres. Sin darle tiempo de pensar, el alemán se desfajó el cinto y en un impulso de mutuas ansiedades introdujo el pez espada que atravesó el mito de la fidelidad matrimonial de Bromelia. Ahí, sobre la cama de auscultación, marcaron la huella del comienzo. Ella sintió regresar a la vida, de nuevo era una mujer completa, satisfecha por el momento.

Apenas terminado el primer encuentro, la primera faena, se escuchó la voz del galeno. Bromelia se incorporó en segundos y salió a su encuentro un tanto aturdida; se acomodó discretamente la falda y dejó al europeo en la consulta.

3

— ¿Terminaste de descuartizar la res? ¡Carajo! ¿Qué tanto le medís las costillas y le contás las vértebras? Tenés que repartir la carne y ya se te hizo tarde. El viejo Julio pidió un canal completo. Dice que tendrá fiesta, éste siempre está de fiesta, motivos no le faltan, lo que le falta es dinero al cabrón “come-cuando-hay”. A Ventura le llevás los coyoles, le gusta comérselos casi a diario, dice que es buena la criadilla para estar siempre dispuesto; caliente que es el viejo arrechó. A Juana, la del tendejón de la loma, le llevás la tripa de leche pa’ que rellene su chorizo, bien galana que le gusta. Y, si podés, de regreso ve al toril de mi compa Marco. Fijate¹ bien si está bueno su buey, si no está flaco, renco y talguatudo como él. Cuando regresés, pasá, que te tengo tu encargo de todos los días.

El joven de mirada pícaro y bigote recortado se encontraba en el fondo del corredor de la casa de adobes, atareado en alinear la res y luego repartir la carne en las primeras horas del día, antes de ir a la capital del estado donde cursaba el último año de secundaria. Su benefactora ordenaba y mandaba a gritos, neurótica por costumbre; él, paciente, reposado, sin dar mayor importancia a la altanería de ella, salía con su carreta de madera dispuesto a recorrer las mañanas frías que calababan hasta los huesos. La densa neblina apenas permitía ver el cruce de las calles angostas, pero, despreocupado, Ildefonso se sentía dueño del tiempo y de su mundo.

Al pasar por la ermita de San Sebastián, se detenía bajo el frondoso nambimbo que escurría leves gotas de rocío. Observaba minuciosamen-

¹ En la región Centro del Estado de Chiapas, el uso de modismos y del español antiguo en el lenguaje oral es vigente. Mi propósito es respetar en algunos casos estos giros lingüísticos locales.

te el balcón de la casa de Braulio Zaragoza, quien muchos años atrás había ejercido la profesión de médico cirujano dentista, cuyos estudios realizó en la máxima universidad del país presionado por el padre, uno de los terratenientes de la región. Cuando éste murió, le salieron alas y mandó al sótano de los recuerdos las pinzas y dentaduras postizas para no oler nunca más la boca de cristiano alguno. A partir de ese momento se convirtió en finquero acaudalado del pueblo y ya no permitió que le dijieran doctorcito, sino don Braulio Zaragoza Burillo de la Torre. El joven con el rostro levantado se perdía en el cristal que daba hacia la recámara. Veía desde lejos la figura femenina detrás del blanco tul. Se imaginaba sus ojos cristalinos, su cabello de miel, su piel de leche en ese cuerpo de niña mujer en el tiempo preciso de las primeras formas, perdida en el sueño platónico del joven repartidor de carne para la venta. Apuesto, buen tipo, de rasgos definidos, nada pedía a los Burillo, aunque él era un simple carretillero. Qué lejos estaba de emparentar con éstos, pero él soñaba sin temor alguno. Con la cabeza llena de ilusiones hacía su recorrido, siempre optimista, identificado con todos los parroquianos.

Una de esas mañanas de potro enamorado, pensaba y repensaba cómo ser aceptado en la casa del viejo Zara y supo que tenía que estudiar medicina, más por sus ilusiones de conquistador (los médicos eran escasos y todavía podía llegar al reparto) y la insistencia de su madre, quien, postrada en cama, no dejaba de recordarle todas las noches: “Debes ser un prominente facultativo”. A Ildefonso le inquietaba tal petición. Nunca se atrevió a hablar con ella para aclarar su insistencia. Era el único de los muchachos pobres del pueblo que viajaba a diario a la ciudad de Tuxtla para realizar sus estudios de educación media básica, y eso ya era ganancia en un pueblo de desigualdades eternas. Esa mañana quedó convencido, se convertiría en el futuro médico del pueblo, motivado por la conquista del amor de sus amores. A partir de ahí sólo tuvo cabeza para soñar su romance imaginario, y horas, minutos y segundos para estudiar el cuerpo humano. Por ahora, su carreta estridente cargada de pretensiones le recordaba que era el repartidor de carne.

Las punzadas las traía de los pies a la cabeza, como todos los de su edad. El deseo era en él comprensible, pues qué se podía esperar de un

barraco de dieciocho años. Corrían los rumores de la relación silenciosa entre Acrecencia y Poncho (como ella lo llamaba). Llegó siendo un niño. La matancera le dio trabajo, más por lástima que por destreza (su madre estaba enferma y, a decir del boticario, nunca se recuperaría). Se presentó en la carnicería cuando Acrecencia acababa de enviudar a los pocos días de casada. El recién desposado padecía de ataques epilépticos, y ella no se enteraría sino hasta aquella noche: después de una larga charla y arrumacos, se metieron a la cama tibia de los recién casados. A punto de terminar la entrega, el esposo empezó a bufar, mientras babeaba como toro de lidia picado en la yugular. Se iban, entre otras cosas, su respiración profunda y la rigidez de su cuerpo en ese instante donde el macho se convierte en chisguete. Ella se incorporó de inmediato, envuelta con el primer trapo que encontró a su paso. Le agitaba la cabeza, soplaba su boca y en un grito desesperado anunció la muerte de su esposo. Cuando llegaron los vecinos, las sábanas estaban húmedas y el cuerpo tenía la verga rígida...

Alguien tuvo soberana ocurrencia de chismosa y lambiscona:

—Fíjese, tía Chenta, andan diciendo por ahí que usted y el niño Poncho ya no sólo se hacen compañía sino que se ven lujuriosos.

Ésta reía a carcajadas a más no poder y contestaba:

—“Pueblo chico, infierno grande”. “Lo que no escucho, no oigo”. “Ojos que no ven, corazón que no siente”.

El joven se sentía avergonzado por los rumores del pueblo, así como por la diferencia de edades entre él y su benefactora; y también molesto por los apodos recibidos en las esquinas donde se parloteaba el relajo y los sucesos, más cuando venían de sus amigos y de adultos mayores que rejuvenecían con sólo mirarlo y recordar sus andanzas. Optó entonces por no presentarse a la matancera. Se entretuvo varias semanas por ahí, como jornalero de peón de albañil y hasta de panteonero, pero los apodos y relajos de todo tipo ya no paraban: “Mirá vos, ahí va el cogeviejita”; “a Poncho le da igual romper que desarrugar”; Ponchito—le decían los hombres maduros—, si querés una ayudadita dejás la ventana entreabierto; quién te viera, güerito mimado, bien cogelón que sos... Era tanto el relajo que tomó las cosas de frente. Le empezó a gustar y se sintió halagado, confirmaba su hombría. Fastidiado de andar por ahí,

decidió regresar a la carnicería, con un cinismo del tamaño del mundo se sumó al festín callejero. “Total, si lo sabe Dios que lo sepa el pueblo”. Al siguiente día, muy de madrugada, se presentó en la casa de Acrecencia como si nada hubiera pasado. Ésta se encontraba preparando los cuchillos para aliñar las reses del día.

—¡Ajá! Conque ya llegó el palomito. Pachuco y quieto que llega el güevón éste. Aquí tenés a tu pendeja, jodiéndose para que te pague tus buenos pesos y luego te lo gastés con cualquiera hijaeputa. Venís como un cordero a decirme que ya llevás más de quince días sin ir a la capital. ¿Qué, ya no podés con la enfermedad de tu madre y necesitás de esta pendeja...? —preguntó Acrecencia. Su rabia era evidente, temblaba de coraje y lanzaba los cuchillos a diestra y siniestra—. ¡Qué! ¿Ya no te gusta mi pan? ¿Ya me ves vieja? ¿Querés tamal nuevo? Pues bien jodido que estás. A Chenta, así como ves, vieja y fea, nadie le dice que no. Vení pa’cá—le dijo, y lo jaló del cuello hasta pegarlo a su pecho, mientras con la otra mano se arremangaba el vestido hasta la cintura enseñando su vulva descubierta—. Miralo, tocalo, está caliente y huele a hembra. Vos sabés si renunciás a esto y a todos los privilegios que te doy. El muchacho, ansioso de varios días, se lanzó como burro oficial atracándola en el muro del sacrificio. Sólo se escucharon los lloriqueos de Acrecencia entre rabia y placer.

A la hora acostumbrada se fue a entregar el reparto con la única testigo de sus aventuras, la carreta de mano, sin dejar de pasar a su cita habitual bajo el nambimbo de la plaza. Su musa dormía.

Ese día se fue en turismo² a la ciudad de Tuxtla, con ropa bien planchada, como si fuera hijo de buena familia. Hasta el chofer del único autobús se sorprendió al ser rebasado por el auto en la recta del pueblo cercano:

—Ve, pues, a Ponchito le asentó el caldo de gallina vieja.

Por la tarde llevó a sus amigos a la pérgola de la plaza de San Marcos y, no satisfechos, entrada la noche se fueron con las muchachas del burdel más conocido del barrio de San Francisco: “Las Lluvias”. Desde entonces, todo fue miel sobre hojuelas en la vida de Ildefonso. Compraba

rosas fragantes en el mercado de flores para arrojarlas por las mañanas al balcón de la ilusión amada. Ese amor platónico inquietaba a cualquiera. Un día de esos, el desenlace provocaría una tragedia en la vida del nuevo Romeo, el de la atracción imaginaria en ese balcón cubierto de vidrios llorones que transparentaba por las mañanas el rostro cercano, y a la vez ausente, de quien distante estaba de conocer las intenciones del joven carnicero. Pero éste persistía en su propósito. Por las noches compraba pasionarias y las impregnaba de ideas amorosas que iban más allá del deseo. Al salir la aurora, su contemplación se dilataba hasta olvidar su propia existencia. Avanzaba casi sonámbulo hacia la acera y, después de rozar cada pétalo, lanzaba el aromático ramillete acompañado de un mensaje: “Tierna luz, seré astro rey que cubra tus ojos”. Así se esparcían las flores cada mañana por el balcón, sin que ella llegara a saber nunca de sus fragancias, ni mucho menos las tuviera en sus manos, sintiera su aroma y sus colores. Nunca supo del idílico romance tejido en su último sueño, antes de despertar apurada por llegar puntual al colegio a treinta kilómetros de distancia. A Petrona le parecía raro encontrar repetidas veces el ramillete de rosas, los mismos colores, olores, y con el mensaje cuyo contenido ignoraba ya que apenas sabía contar hasta el número nueve. No sabía qué hacer con ellas, si acomodarlas en un jarrón, si entregar la tarjeta para que alguien la leyera o callar como siempre, haciendo caso omiso, apurada con la limpieza, recordando las indicaciones precisas recibidas treinta y dos años atrás, cuando aún vivía Elena de la Torre, madre de Braulio Zaragoza: ver, oír y callar. Cuando se llenaban los toriles de ganado robado: ver, oír y callar. Cuando se desnivelaba la báscula para robarle la cosecha a los campesinos: ver, oír y callar. Cuando al joven odontólogo se le pasaba la mano con sus pacientes o cuando se metía con las sirvientas jóvenes de la casa, que siempre debían estar prestas a satisfacer sus placeres: ver, oír y callar. Así fue como decidió arrojarlas a la basura todas las mañanas, después de acariciar cada rosa con la ilusión del pasado, quedándose con la nota escrita de puño y letra por el enamorado desconocido. Su colección de mensajes creció, los guardaba en el pequeño baúl laqueado, regalo de su único enamorado cuando tenía 17 años, aquella tarde de enero en la feria grande de Chiapa de Corzo. Petrona nunca más lo

² Turismo. Así se llamaba a los taxis en el pueblo, allá por los años cincuenta y sesenta del siglo pasado.

volvió a ver. Por eso, a sus años, muy dentro de sí, empezó a sentir que era la destinataria de las idílicas flores por las que suspiraba todas las mañanas al descubrirlas. Procuraba guardar el secreto, le pertenecía. Si alguien más pretendía hacer la limpieza del balcón, arrebatava los utensilios y subía de prisa las escalinatas. Era una jovencita a sus setenta y dos años.

4

La parvada cruzándose entre laureles, eucaliptos, palmeras, jacarandas, casuarinas, robles y cipreses; el revolotear de los tordos y golondrinas era el marco escénico del paseo vespertino de las familias del pueblo, quienes daban vuelta tras vuelta alrededor de la plaza. A Braulio Zaragoza Burillo le atraía la puesta de sol. Asistía a la plaza en las últimas horas de la tarde, cuando se despejaba de las visitas inoportunas. Caminaba y observaba los movimientos de las aves, los árboles y la cima de los cerros entre nubes de color mandarina que empezaban a cubrirse en silencio. Caminaba solo, lentamente, a pasos firmes y acompasados. A su alrededor corría el aire fresco, las palmeras y los eucaliptos se movían con suavidad y esparcían sus olores entre hojas secas acariciadas por el viento. El tiempo parecía detenerse en la oleada de pájaros hasta reposar en el delgado follaje de las casuarinas. A un costado de los amplios andadores se levantaba el templo de San Juan, construido por los dominicos a finales del siglo XVII, destinado a celebrar el culto a los pueblos indios. En medio del templo y de la plaza rebosaba la pila, otrora aljibe, adonde acudían los vecinos del barrio por el agua. Braulio saludaba parsimonioso sin interrumpir su andar.

Cerca de la pila con su caída de agua traída en maltrecha taujía desde los pozos encantados, se encontraba el cura sentado en el mismo lugar de siempre, a la misma hora, con la liturgia en mano, exaltado en su espíritu desde el inicio al abrir la puerta a la esperanza en el amado, a ciegas, intocado pero sentido: "*Dios mío, ven en mi auxilio, / Señor, date prisa en socorrerme*". Luego, muy dentro de sí, meditaba el himno de acción de gracias por el cansancio, las tribulaciones del día, la derrota o el triunfo del hombre ante su propia miseria. Con serenidad leía en el salmista ese

confuso reproche del hombre hacia su Creador, a tiempo del abandono. Luego el cántico:

*...Gracias a Dios,
que nos ha hecho capaces de compartir
la herencia de tu pueblo...
Nos ha sacado del dominio de las tinieblas
y nos ha trasladado al reino.
Él es anterior a todo y todo se mantiene en él...*

De reojo, víctima de la disyuntiva entre las cosas del espíritu y la necesidad de contarle al finquero los pormenores del pueblo, el cura lo veía pasar una, dos y más veces. No esperó más. Se incorporó al recorrido, dispuesto a comentarle los rumores del misterioso joven que todas las mañanas lanzaba rosas al balcón de su ahijada. Necesitaba saber si él estaba enterado y si toleraba tal atrevimiento; en caso contrario, pediría un poco de piedad. Más pronto que perezoso, el cura abordó al hombre sin ningún preámbulo...

Braulio Zaragoza simulaba indiferencia ante tales comentarios. Conservaba la calma para no perder la serenidad propia de su clase.

—No te preocupes, compadre, será cualquier joven atrevido, ya ves cómo es la gente del pueblo.

Sin decir más, se retiró por donde vino.

A partir de esa tarde se mantuvo alterado. Pasaron cinco días. Del joven desconocido, sólo rumores. Cerca de la plazuela alledaña, permanecían agazapados sus esbirros, con orden de quebrarle la vida a quien intentara acercarse a la casa con las características señaladas por el cura.

El destino previno a Ildefonso. Había suspendido sus visitas matinales, como si el interés por ese rostro de ojos claros con el reflejo de los cristales cubiertos de tul blanco, prolongación de la neblina, del alba enamorada, se hubiera perdido de repente. Así pasaron los días. Las dudas se disiparon y todo volvió a la normalidad en la rutina del cacique.

Cuando todos dormían, llegó esa noche la corrida de Ómnibus Cristóbal Colón. Bajaban los pasajeros provenientes de la Ciudad de México, Puebla, Oaxaca y puntos intermedios. Al final descendió el joven

carnicero y futuro estudiante de medicina. Llegaba de la capital después de aprobar sus exámenes de ingreso a una de las preparatorias de la máxima casa de estudios del país. Entonces se supo la razón de su sobrevivencia.

Al día siguiente, desde temprano viajó a Tuxtla Gutiérrez para encontrarse con sus amigos, tomar unas cervezas y platicar de sus planes. Ya por la tarde visitó el mercado de flores. Habían pasado veinte días sin que nadie sospechara, hasta aquella mañana fría de diciembre en que el joven amoroso decidió reanudar la entrega de costumbre.

¡Qué haces, chamaco pendejo! —Lo interpela el hombre por la espalda—. Me vas a decir, indio mugroso, quién te manda a dejar flores al balcón de mi hija. ¿Qué quieres? ¿A quién buscas? ¿Cómo te atreves? De ésta no te salva nadie.

Era el viejo Zaragoza Burillo de la Torre, quien, colérico, sacudía al pobre de Poncho tomándolo del cuello. Lo abofeteaba sin darle tiempo a respirar. A Ildefonso no sólo le temblaba el cuerpo; le sudaban las manos, como si estuviera viendo al mismo diablo. Se había quedado mudo. Braulio lo acercó a empujones al zaguán y desde ahí empezó a llamar a gritos a la esposa y a sus dos hijas. Cuando ya estaban presentes, de nuevo empezó a interpelar al muchacho:

—Dime de una vez por todas, si es que eres muy hombrecito, por qué traes flores a mi casa. ¿Qué te propones? ¿Quién te manda? Es que quieres morirte de un tiro.

Al instante le introdujo en la boca el cañón del revólver que siempre llevaba al cinto, sin darle tiempo de decir palabra alguna. Fue cuando apareció Petrona, toda angustiada, asustada por los gritos que escuchaba desde la cocina. Suplicante y casi de rodillas llegó pidiendo:

— ¡Piedad! ¡Piedad, patrón! Por piedad de Dios, patroncito, perdone al muchacho. Él no es culpable, la culpable soy yo. Yo, que a mis setenta y dos años, aún me hablan de amores y me siento arrebatada por cada flor que me envía mi enamorado del recuerdo. Perdone, prometo que ya no volverá a suceder.

Fue cuando el viejo se empezó a reír y de un empujón soltó al joven.

—Ah, qué Petrona tan arrugada y tan caliente. Bien dice el dicho que, entre más vieja, más pendeja. Si hasta pareces una muchachita de quince años.

Y el finquero se retiró sin dejar de reír.

5

El galeno mantenía el equilibrio. Era el aroma etílico lo que delataba su embriaguez cotidiana.

—Buenas tardes—dijo.

Herbert, aturdido, guardó silencio. Quizá era el nerviosismo ocasionado por la circunstancia inesperada o era el desconocimiento de la lengua.

—¿No sabe o no puede hablar español? —insistió el médico, enérgico—. ¡Ah! Eres el extranjero, el vecino de la casa de enfrente.

Le acercó tinta y papel, entre señas le pedía escribir su nombre mientras se acomodaba el estetoscopio.

—Herbert —contestó el joven, con voz entrecortada, el rostro aún rojizo, exaltado y sin la menor idea de cómo salir del aprieto en que se encontraba.

—Déjeme auscultarlo y así saber qué mal lo trae por aquí.

Herbert se confundía aún más. Creía escuchar del médico la insinuación de lo acontecido antes de su llegada, y, a pesar de las circunstancias, recordaba los minutos eternos y maravillosos. Ella estaría presente en sus sueños a partir de ahí, en cada instante. Sentiría el calor de sus piernas hasta regresar a fundirse cuantas veces fuera posible y no despertar jamás.

Casi a señas el galeno instruía:

—Desabotónese la camisa, afloje su cinturón y recuéstese.

Desesperado, se levantó inmediatamente y buscando la puerta de salida sólo dijo:

—No, no, estar bien, estar bien.

—¿Cómo que está bien? Si tiene la piel resaltada como un tomate. Está sudando. No, no está bien, claro que no está bien.

Y sin mayor preámbulo hizo pasar al siguiente paciente. En su interior, la conducta del joven alemán lo dejó receloso y aturdido. Apenas si recordaba la salida intempestiva de su esposa de la sala de auscultación, pero la resaca podía más que el presentimiento y su deber, así que decidió regresar a la cantina del *Choco*.

6

La tarde perdía su entrecortado amarillo ardiente de prolongadas franjas, como una espada penetraba hasta vencer al sol. Entraba la noche.

Sentada en la mecedora de mimbre, compañera vespertina de su soledad en ese angosto consultorio de aciagos días, monótonos como las horas marcadas en el reloj de la plaza, Bromelia se mecía al compás de sus manos tejedoras de esperas. Hilvanaba sus recuerdos y sus frustraciones mientras su escultural cuerpo traslucía en sus largas extremidades la perfección de sus formas. Ahora era distinto, irradiaba luz, satisfacción, semblante de lo prohibido hecho realidad. Su cabellera, de donde brotaban los primeros hilos de plata, lucía un castaño claro, difícil de ocultar su liviandad. Sus dedos se movían, ágiles en hacer y deshacer figuras, era como si contaran su propia historia. Apresurada y nerviosa, por breves instantes se reía de sí misma, mordía sus labios y rozaba las yemas de sus dedos con suavidad angelical, muy cerca del lóbulo derecho. Estaba inquieta.

Alguien la sorprendió:

— ¡Ah, eres tú, Pablo! Me has asustado, chamaco. ¿Qué te trae por aquí? ¿Es que acaso ha empeorado la salud de tu padre?

— No, doña Brome, lo de mi padre ya no tiene remedio. Está, como quien dice, muerto en vida, como pájaro alicaído, hasta creo que la huesuda y él se entienden muy bien, sólo que la catrina no se anima a llevárselo de una vez por todas. Estoy aquí desde hace un buen rato. La estoy mirando de pies a cabeza. Veo cómo se ríe con su alma. Hasta parece que habla con los espíritus o que guarda algo que no pueden saber las demás personas.

—Ah, qué Pablín—le dijo ésta—. A todo, dime qué te trae por aquí.

—No más pasaba, doña, pero el señor de enfrente, ese güero que no le quita la mirada de encima, me dio esta bolsa pa' usted. Me dijo que yo se la entregara y nada más.

Bromelia tomó la bolsa, levantó el rostro y sus miradas se cruzaron más allá de las aceras que los separaban y despidió al pequeño sin el menor miramiento. Apresurada sustrajo el contenido. Era el disco, el *long-playing* con el bolero que atrajo sus arrebatos, aquella melodía que escuchó antes de que el alemán se atreviera a cruzar la calle para llegar a su vida. Bromelia no dudó más, sabía que el hombre de sus pasiones le enviaba el medio para comunicar su soledad y sus deseos. Desde entonces, la música de Los Tres Diamantes esparcía las notas que le sacudían hasta el alma a los cuatro vientos y la transformaban en sensaciones corporales, hechas palabras cargadas de ansiedad. Observó detenidamente la funda del disco, leyó cada una de las canciones que contenía. En cada letra y en cada palabra, advertía la presencia viril del hombre que le había regresado la vida en apenas tres días, ya eternos para ella, y supo también que era la señal de un pacto de amor sin límites.

Esa noche, en espera del esposo perdido en el mundo etílico del desengaño, se puso la bata transparente destinada para su primera noche de esposa, catorce años atrás, noche disuelta en la quimera. Acomodó el disco en la tornamesa de la vieja consola y se instaló en su recámara, desde ahí escuchaba la melodía esperada una y otra vez:

*Usted me desespera,
me mata,
me enloquece.*

A los pocos minutos, el alemán estaba ahí.

7

Con una mezcla de dudas, temor y coraje, Ildefonso se retiró cabizbajo. Lamentaba las mañanas perdidas frente al balcón de la tierna mujer, las noches entre tantas flores en el mercado (donde elegía las más hermosas y frescas), para que todo se fuera al cesto de basura. Sin que él supiera, lo único que quedaba de tan espléndidos ramos eran esas innumerables tarjetas con el mismo mensaje en manos de una anciana que soñaba con el regreso del amado, apenas conocido éste en una de tantas ferias de plaza y que nunca más regresó. Le dolía más a Petrona el amor que él sentía por Bromelia, quien, quizá, ni enterada estaba de las flores, de las tarjetas, de nada. En cierta forma, Petrona y él estaban unidos a través de la amargura, el desamor y el amor en la soledad oculta de la imaginación. Petrona, al menos, había vivido una noche de plaza entre idílicos confites; ese episodio que después de muchos años de espera alguien llenó de mensajes amorosos sólo vistos y jamás leídos para endulzar sus recuerdos y su eterna soltería.

Ildefonso llegó a casa de Acrecencia agitado, hecho un energúmeno. El coraje le brotaba por los poros. Apenas si le salían palabras. Tenía el rostro encendido, cubierto de sudor por la mezcla de impotencia y rencor ante las vejaciones sufridas y las desigualdades originadas en privilegios mal habidos, impuestos por el yugo caciquil y el abandono.

Su cólera lindaba con la desesperación total. Sin dar respuestas a las interrogantes persistentes de Acrecencia, quien corría detrás de él angustiada por su furia, Ildefonso se introdujo al corredor del sacrificio para sustraer su herramienta de todas las mañanas, el cuchillo de punta y palmo filoso con el que degollaba a las reses. Estaba dispuesto a limpiar su dignidad ante la humillación sufrida por el padre de la mujer

que amaba en sus delirios platónicos. Qué lejos estaba de conocer la verdad oculta de ese hombre a quien quería asesinar sin misericordia.

—¡Detente, muchacho! Déjate de cosas. Te vas a desgraciar cuando apenas eres joven, con mucha vida por delante. Deja ese cuchillo, te condenarás y de paso me vas a joder a mí, pues ese maldito punzante es de mi propiedad. ¡Cálmate, Poncho! Por amor de Dios.

Pero Ildefonso poco caso hacía a las súplicas de su protectora. Podía más su ira y no había poder alguno que le hiciera cambiar de parecer. Fue cuando Acrecencia —cansada de correr para taparle el paso de un lado a otro, expuesta a recibir una cortada entre manotazos, empujones e injurias nunca antes dichas por él— decidió en cuestión de segundos sustraer agua fría del aljibe con una cubeta y se la derramó. Se quedó perplejo, aturdido, y fue aflojando lentamente el cuchillo hasta dejarlo caer al suelo. En ese instante, Acrecencia corrió, lo abrazó con fuerza y no se separó de él. Lloraron como niños hasta el cansancio. Ella le secaba sus lágrimas, tocada sin piedad por ese viento turbado de sinsentidos amargos. Lloraron a más no poder. Fue cuando el deseo superó a la desesperación. Se dejaron llevar por esa lucha interna entre el deseo, la adrenalina y algo más, hasta unir sus cuerpos para consolar la pena y la vergüenza del joven.

Reposaban tirados en el corredor, entre tiras de carne en tasajo oreadas en largos tendedores, el olor penetrante de la sangre, el aroma fétido del cuero curtido y la última cagada de la vaca amarrada en el horcón de la galera que tenía contadas las horas de vida. Acrecencia habló:

—Ah, qué muchacho, “después de la tempestad volvemos a respirar”. ¡Ah, pero qué pendeja soy! A todo esto, yo ni sé por qué estoy llorando. Aquí me tenés, suspira y suspira, bien cogida, apendejada, y no me has dicho la razón de tu encabronamiento.

Fue cuando Ildefonso, con mucha suspicacia, le dijo a Acrecencia lo acontecido y confesó su gran amor por la niña de la ventana transparente. La mujer escuchaba sin interrumpir al joven de sus pasiones. En su interior, sabía que era un ave retorcida cuyo vuelo estaba más allá del climaterio y que todo se podía esperar a sus años; pero sus ansias seguían tan vivas como la noche en que, entre gemidos y respiraciones profundas, vio morir a su esposo. No habló un solo momento. Guardó silencio como

mujer errante a quien sólo interesa lo que viene por caminar. Acrecencia comprendía que había llegado el momento. El muchacho sentía las emociones propias de su edad y ella no era más que una vieja complacida por quien podía ser su hijo, que le saciaba el furor uterino cuantas veces quería. Empezó a aceptar dentro de sí la despedida, y en lugar de lamentaciones enalteció su ego y se sintió amada los últimos instantes.

Saber que la vida del muchacho peligraba debido al poder caciquil del viejo Zaragoza Burillo de la Torre no la dejó en paz. Lo conocía muy bien desde tres generaciones pasadas. Sabía que no se tentaba el alma, era un perdona nada. Si un indio osaba saludarlo de frente, lo mandaba a matar por atrevido; asimismo, a quien ya no le servía lo mataba, a quien se enteraba de sus secretos; a quien le robaba un litro de leche también se lo echaba, cuanto más a ese chamaco le haría pagar caro su atrevimiento. Su preocupación fue tal que desde esa noche empezaron a planear la huida discreta del enamorado incómodo. Pero antes, en un tono un poco desdeñoso, le dijo:

—Si supieras de lo que puedes ser capaz. Tienes un mundo nuevo entre manos. Para ti todo puede ser posible, sólo es cuestión de no desesperarse y de trabajar mucho. Sólo no te olvidés, Ponchito: “Gato corriente que pisa gata de Angora, con los pelos ajenos habrá de cargar”. Con ese refrán de pueblo se marcó la historia futura de Ildefonso.

A pesar de sus años y su dureza de carácter, la mujer trató de olvidar el momento, aturdida por el peligro que corría la vida de su protegido; sin embargo, era evidente en ella la amargura de verse al espejo cerca del umbral de la fatiga, sola, sin perro y sin dueño; para colmo, el mozuelo que la hacía sentir plena e irresistible al deseo de su cuerpo, ese que era buen macho en la cama, en el suelo, en la mesa de sacrificio, parada, acurrucada y en cuclillas, se iba para siempre. Ocultó su dolor para después y se dio a la tarea de preparar el escaso equipaje del apresurado viajero. Antes, le prometió encargarse de su madre y de mantenerlo informado de los pormenores de su huida. Acrecencia simulaba no amar al muchacho, pero se ocupaba de él con diligente aprecio, como su compañera, su segunda madre y su puta agradecida. A las dos de la madrugada salió Poncho rumbo a la estación de Matías Romero en el taxi de Demetrio Alegría, quien antes de partir también quiso opinar sobre la huida.

—Tía Chenta, “para qué tanto ruido, si nadie muere en vísperas”. ¿Por qué no lo dejamos a Ponchito aquí cerquita en Cintalapa? Total, ahí ya no lo alcanza el brazo poderoso de tío Zara. A las diez de la mañana pasa un camión de segunda de la Ómnibus Cristóbal Colón y yo me encargo de que le vendan boleto para que no viaje de pie hasta Oaxaca.

— ¡Ni Dios lo quiera, hijito! —contestó ésta—. Está muy cerca, y si me lo agarran me lo van a descuartizar como novillo tierno.

A Demetrio no le quedó otra que acatar las instrucciones de la vieja, aunque más adelante le sacaría raja al viaje.

El auto se alejaba lentamente por las calles empedradas del pueblo de San Juan de los Llanos. Acrecencia se quedó con los ojos fijos, perdidos en la noche amarga, vacía como un recipiente de barro que de tanta humedad agrieta sus formas hasta no poder contener una gota. Fija como estatua de piedra, esperó hasta perderse a lo lejos la sombra del auto. Se llevaba lo mejor que podía pasarle a una mujer en plena madurez de sus años. Sólo un suspiro salió de sus entrañas. Cruzó el umbral de la puerta, cerró sus cuatro hojas con doble pasador y se dispuso a ahogar lo que quedaba de ella.

A Ildefonso le era más difícil desprenderse de su pequeño mundo, de esa tierra que lo vio nacer, y ocultó su origen paterno sin dejar rastro, ni la más remota idea, de no ser por ese secreto que su madre estaba decidida a callar. Ahí se quedaba su protectora y amante, ahí la niña mujer dueña de sus ilusiones y sueños platónicos. Él, que después sería otro en sus conflictos amorosos, sólo llevaba la promesa de regresar un día en otras circunstancias y no le quedó más que resignarse a su presente. Por el visillo derecho se introducía el frío de la madrugada. Levantó el cuello de su chamarra y se quedó dormido, mientras Demetrio, en el volante, seguía su marcha acelerada. De reojo, mientras manejaba, pudo observar cómo el joven dormía, vencido por el cansancio, con el cuerpo relajado.

8

Demetrio conducía inquieto, atraído por sus piernas, sus descalzados pies en busca de comodidad, sus largas manos...

El viaje continuaba. Más adelante, ya entrado en ánimo, echaba un ojo a las voluptuosidades de su acompañante. Y es que eso lo aprendió siendo un púber. Se ocultaba en la afición por el deporte, los juegos de gallos y la práctica de la charrería, en la que ejecutaba a perfección el paso de la muerte en giro doble. Era el ideal de hombre para muchas mujeres; su porte varonil, su soltería pasada de los treinta y la acumulación de bienes de su arduo trabajo lo convertían en el casadero ideal.

En sus primeros años no faltó instructor alguno que lo iniciara en los ocultos laberintos de la “sociedad perfecta”, presto a enseñarle los rostros negados en el carnaval de la vida, ahí, en el fondo de la honorabilidad que otorgan las buenas costumbres. Así, llegaron a su vida: el entrenador de los equipos rurales de basquetbol; el agiotista comprador de maíz de barrio escondido; el curandero Florencio Gómez de Todos los Santos; Espirio el cantinero; el cura confesor y acérrimo defensor de la castidad y la masculinidad, y su tío Bartolo, quien desde su corta edad le enseñó que “los toques de mano sí son de villano”.

*

Su madre siempre pensó en la formalidad de su hermano como ejemplo de hombría a seguir para su hijo, quien apenas era un niño de nueve años. Así, el pequeño adquiriría la reciedumbre de un hombrecito y olvidaría la modosidad imitada de las hermanas entre muñecas, pinturas labiales y lociones de jazmín. Qué lejos estaba de imaginar esa progenitora la Sodoma en que encerraba al pequeño todas las noches entre

sillas de montar, espuelas, sombreros y chaparreras. Apenas cruzaba el pasador del dormitorio, el rancharo se quedaba en pelotas e iniciaba sus juegos eróticos prolongados hasta convencer a Demetrio a que accediera a sus placeres.

Cierto día, cuando Demetrio ya era adolescente, su madre le ordenó visitar al cura del pueblo; conmovida por el sermón de la lujuria, predicado en misa dominical, y preocupada de que en los ojos y en la piel de su hijo le empezaban a saltar los deseos. Ella insistió hasta que un día el jovencito, afectado y piadoso, se acercó al confesionario para desahogar los abusos de que era víctima todas las noches. Saliel—el cura de origen europeo, de esos que llegan a los pueblos entre sombras que ocultan un pasado; fornido, con fuerte aliento a vino de consagrar, malhumorado, con la prepotencia de la supremacía que otorga la ignorancia de los otros, oloroso a incienso y cigarro—, luego de escuchar el *mea culpa* del jovencito, ordenó a éste dirigirse a la sacristía para revisar su cuerpo y aliviar sus penas. Demetrio traspasó la nave central de la iglesia y entró en el espacio semioscuro donde colgaban las ornamentas clericales, las vinajeras rebosantes y los libros litúrgicos dispuestos para la celebración. A los pocos minutos llegó el párroco. Tomó de los hombros al jovencito y lo llevó al rincón de sus oscuras intenciones. Saliel le exigió desnudarse; Demetrio lo hizo con timidez y un tanto avergonzado. Ya desnudo, el cura empezó a acariciarlo hasta penetrar su intimidad. Al terminar, lo exoneró y le dijo:

—Aquí estaré todos los días, esperándote para limpiar tus pecados.

La impresión se prolongó en el pobre de Demetrio hasta que lo llevaron con el curandero Florencio para que, entre ramas y limpias con huevos, le quitara la tiricia de sus tardes de sueños profundos. Ya a solas, éste lo único que hizo fue quitarle el miedo y le dio confianza para que también atendiera sus puterías.

Espirio el cantinero pasaba por la casa del joven. Al verlo reclinado en el umbral de la puerta que daba hacia la calle, se acercó, lo tomó de la quijada y le dijo:

—Ahijado, qué guapo estás. ¿Quieres acompañarme al negocio? Te enseñaré a jugar al cubilete o me ayudarás con las mesas de los clientes y a limpiar las chelas.

— ¡Ve! — Ordenó la madre, ocupada en todo y nada—. No olvides que es tu padrino, tu segundo padre, y debes obedecer en todo lo que diga y mande.

De nuevo, el pobre de Demetrio estaba confundido con las ataduras maternas. Al llegar a la cantina, ésta estaba cerrada; Espirio fingió no haber recordado que era lunes, día de descanso. Bajo pretexto de enseñarle a jugar al cubilete, lo hizo pasar y, ya instalado en la mesa de juego, le sirvió un caballito doble.

—Anda —le dijo—, es sólo uno. Estás con tu padrino, ¿qué te puede pasar? Además, tienes permiso de tu madre para estar conmigo.

Después se prolongó el tequila hasta llegar a la embriaguez. Cuando el adolescente se había olvidado de sí, Espirio aprovechó para reafirmar en el joven su gusto por los placeres ocultos.

Ya un tanto experimentado, Demetrio se metió con el agiotista del barrio, quien tenía instrucciones precisas de enseñarle a trabajar y aprender de los buenos negocios. Lo único que aprendió fue a mamppear a cielo abierto. Luego, para que no quedara duda, llegó a ser el jugador *number one* del equipo de basquetbol de la región con el reconocimiento sin límites del colegio de entrenadores. A cambio, gozó de fama deportiva.

Ahora, Demetrio manejaba con mucha destreza y cavilaba como carnívoro hambriento. Aceleraba el taxi y otras veces disminuía la velocidad para echarle un ojo a la bragueta de Ildefonso, quien para esa hora ya roncaba como un león con la camisa desabotonada, el cinto desfajado y la presión sanguínea alterando la flacidez de su cuerpo.

Ildefonso encontró en el reposo del sueño a la mujer amada; ella bailaba entre luces desde el fondo nebuloso. La primera impresión le fue agradable, la veía desarrollada, movía rítmicamente sus caderas y en cada movimiento se desprendía de todo. Después el escenario se transformó en el nido deseado con la fuerza del deseo reprimido. Sus ojos y sus bocas resplandecían, sus manos descubrían el lenguaje amoroso del tacto. Sentía desbordarse en el pozo de su amada, pero la humedad de su cuerpo y un respiro profundo lo despertaron. El auto se encontraba estacionado en la penumbra y Demetrio con la cabeza inclinada en un gesto de oralidad fálica.



Ilustración elaborada por Azul Abril Santiz Ramos,
estudiante de la Facultad de Artes de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

En casa de Braulio Zaragoza Burillo de la Torre no salían del asombro por el romance tardío de Petrona. Braulio no perdía oportunidad de reír a carcajadas al pensar en el secreto confeso del ama de llaves, y que estaba dispuesto a pegarle un tiro al joven intruso (lejos estaba de pensar que la mujer deseada por Ildefonso era ni más ni menos que su adorada hija).

Perdida en sus sueños idílicos, al paso del tiempo Petrona hacía que éstos se convirtieran en realidad de memoria senil; ausente reconstruía su romance de muchos años atrás con el varón que ella siempre consideró el hombre de su vida. Dormía poco, se la pasaba despierta durante casi toda la noche con su imaginación obsesiva. Por las mañanas vestía sus mejores prendas, se acomodaba una flor entre cabello y oreja y no había poder que la detuviera en sus múltiples actividades. De su rostro aburrido de solterona empedernida, brotaban gestos de amabilidad. Sus labios se transformaban en clarines chifladores. Todo en ella rebotaba un no sé qué y un no sé cuándo que le cambió la vida.

En la casa empezaban a preocuparse por Petrona. La escuchaban platicar amorosa todas las noches. No cabía la mínima posibilidad de que hombre alguno se introdujera en las habitaciones de la servidumbre a velarles el sueño, de no ser el propio Braulio Zaragoza Burillo de la Torre, que en algunas ocasiones acudía en busca de consuelo con las más jóvenes. Hacía uso del derecho de pernada, para recordar el tiempo de sus ancestros y su vigencia, que en esta tierra, tal parece, se ha quedado por toda la eternidad. Petrona se encerraba en su pequeña habitación, una vez terminadas las labores nocturnas. Cantaba y deshojaba flores que ella misma compraba en el mercado del pueblo; se escuchaban escarceos verbales que eran intensificados hasta llegar a leves ge-

midos; luego reía y le hablaba a su hombre, satisfecha. Era el perfecto romance deseado por sus compañeras de las habitaciones contiguas. La preocupación crecía a la par del mito de Petrona. Más de una de las servidumbres admiró la generosidad de la mujer al considerar que la historia del enamorado tardío sólo era una salida para salvar la vida del joven intruso. Durante más de cinco décadas en servicio, siempre se la vio recatada, tímida e indispueta, aun en sus mejores años no se conoció de ella amorío alguno; pero callaron para no hacer más grande el problema que terminaría en un desenlace fatal.

Braulio ignoró el mal momento y se quedó con el relajo provocado por el amor a destiempo de su leal servidora, quien llegó a su casa, según le contó su madre, cuando acababa de nacer. Tenía catorce años, era de baja estatura, morena; portaba una cabellera larga que le cortaron a los pocos días para evitar los cabellos en la comida, sobresalía su dentadura de marfil, así como unos ojos negros y grandes. Al fin lobo de mar, Braulio sabía que las pasiones son pasiones y despiertan tarde o temprano sin importar edad, circunstancia y gusto. Todo era cuestión de sacar los impulsos, más si éstos llevaban reprimidos tantos años. Así, Braulio se quedó con la idea de “a la vejez viruelas” de Petrona como parte de sus satisfacciones tardías, de sus chocheras.

Lo cierto era que Petrona estaba muy lejos de negar su romance. No sólo tejía nuevos e interesantes encuentros, sino que vivía y crecía en emociones permanentes. El primer ramo de flores arrojado al balcón de Bromelia transformó en un instante su ser en un cúmulo de emociones desbordantes; por eso, guardó celosamente las tarjetas que acompañaban cada uno de los ramilletes en la pequeña caja de madera laqueada, junto a su cama. Lo único que le pertenecía, su tesoro más grande, una historia propia para seguir viva, para ahogar sus años...

Pasaron días, dos o tres semanas, meses, y las flores ya no llegaron al balcón desde que Braulio Zaragoza Burillo de la Torre estuvo a punto de quitarle la vida al joven. Por más que Petrona se levantara muy de madrugada a buscar minuciosamente la ofrenda, barriera la calle y parte de la plazuela de San Sebastián para encontrar un indicio o al menos el mensaje de su amado, todo era imposible, se lo había tragado la tierra. Fue cuando el ama de llaves empezó a ponerse nerviosa por

todo, en ocasiones violenta. Platicaba sola mientras realizaba sus labores, pronunciaba diálogos que sólo las paredes contestaban; discutía con el amado reprochándole su ausencia cuando se hacía presente en sus delirios; ella se sentía muy indignada, ofendida. Esporádicamente se expresaba satisfecha con palabras nunca pronunciadas, grotescas la mayoría de las veces. Ya todo en ella empezaba a ser una turbulencia de pensamientos incongruentes. Se hacía inútil para sus quehaceres, rompía vajillas en ocasiones a propósito, confundía la sal con el azúcar, convertía en agua de mar los exquisitos platillos que en otro tiempo eran su especialidad. Aumentaban las quejas de las otras sirvientas por sus constantes agresiones y sus desvelos inoportunos.

Pasado el tiempo, se descubrió que Petrona salía de su habitación a medianoche para deambular en su búsqueda. Sólo encontraba eco en el viento frío de las primeras horas. Era un fantasma. Sus huesos transparentes en la piel y esos surcos de su rostro deshidratado lo delataban. Abría la puerta principal y salía a recorrer las calles vacías, íngrimas, hasta que un día se encontró en la jungla de los errantes, ahí en la barranca de los zopes, lugar de misterios mezclados con la basura del pueblo, entre crímenes y atracos.

Ese día todo era preocupación por el oscuro destino de la mujer. La espera se prolongó hasta entrada la noche del siguiente día, y, sin que nadie lo esperara, resignados como ya estaban, Petrona apareció desnuda, con los cabellos crispados, seguida de una cuadrilla de adolescentes y niños que la traían soleada, apurando el paso para no ser alcanzada por los pillos encabritados al ver su cuerpo que les provocaba sensaciones precoces.

Al abrir la puerta de entrada, la pestilencia inundó la residencia de los Burillo, quienes de inmediato ordenaron que se la llevara al patio trasero para bañarla y cubrir su intimidad. La pretensión de exquisitez de la familia obligó a desinfectar cada rincón de la casa, los utensilios domésticos y cuanto pasó por las manos de Petrona. Su mal sólo tenía un origen: la soledad que se petrificó en su vejez con la flecha del desamor. Trajeron a los agentes de salubridad para que diagnosticaran, según ellos, el contagio que albergaba en alma y cuerpo de la antigua ama de llaves. Al ver que poco se podía hacer para remediar su locura,

decidieron instalarla en la perrera del sótano, donde lentamente se fue lo que quedaba de memoria en ella. Los Zaragoza casi tomaban la decisión de mudarse de residencia para no ser contagiados y compartir la tragedia de Petrona, quien estaba perdida, sin familiares, sin patrimonio alguno, simplemente era una sirvienta en desecho.

Al paso de los meses, Braulio Zaragoza Burillo de la Torre resolvió trasladarla atada de pies y manos en la cajuela de su auto para dejarla abandonada por ahí (“en fin —se dijo—, toda la tierra es bendita”), en algún lugar donde recorriera sus recuerdos deambulando por los caminos, tocando puertas y contando historias hasta el hastío, donde agotara sus días tirada en un rincón, olorosa a orines, con un perro callejero lamiéndole los pies.

Jamás se supo nada. En un pueblo como este, la locura de Petrona no tenía mayor importancia. Era una muerta en vida.

10

Con sus escasas pertenencias en mano, Ildefonso bajó del ómnibus. Apenas despertaba del letargo provocado por la gran urbe. Era la segunda vez que arribaba a la capital y el temor lo traía a flor de piel, como casi todo provinciano. Estaba ahí, en el centro de una de las colonias más populares. Nada singular en ella, de no ser la vieja estación del ferrocarril: sus paredes manchadas de grasa; los pasajeros amontonados en espera de su equipaje o formados en largas filas para llegar a la ventanilla de boletaje, apurados en retornar a provincia; los vendedores de chicles y cigarros; el organillero, con su peculiar “Varita de nardo”; la anciana con su anafre, en espera de un pobre hambriento que comprara sus gorditas de maíz y panela. En la acera de enfrente, un ave perdida con el rostro lleno de rubor; luego el baño de vapor recibía parejas, hombres maduros y jovencitos apurados, y otros salían olorosos a jabón *Rosa Venus* con la piel deshidratada.

La vieja estación del ferrocarril de San Lázaro albergaba cerca de sus vías un caserón que servía de terminal de camiones a los viajeros del sur. Estaba cerca del zócalo, sede del poder presidencial, escenario de tantos acontecimientos históricos, donde los mexicanos han tratado de ponerse de acuerdo en muchas ocasiones, buscar un rumbo, conformar una gran nación. Ésta era la puerta de entrada para Ildefonso, quien no esperó más e inició su caminar hasta llegar a la calle de Moneda con el cruce de Corregidora y dobló hacia su derecha (se perdió por unos minutos, luego preguntó y recibió con aspereza la información esperada, lo miraban de pies a cabeza). Siguió por Jesús Carranza hasta República de Perú y continuó por El Salvador. Ya en la plaza del Carmen, contempló la casa del estudiante que había de darle cobijo durante los primeros años de su estancia en la metrópoli.

Esa primera noche fue interminable. Sin tener un dormitorio asignado, se quedó con sus pertenencias en uno de los corredores interiores. El frío no le permitía dormir un instante. Se incorporaba constantemente, caminaba para que sus piernas no se enfriaran hasta los huesos. A las tres de la madrugada se encendieron las luces y de los dormitorios empezaron a salir como hormigas de su madriguera; llevaban tijeras, cuchillos, navajas de afeitar, cubetas, estropajo y jabón. Repentinamente se acercaron al nuevo huésped sin darle tiempo de echarse a correr.

Desesperado y asustado como nunca, Ildefonso intentaba correr y chocaba con la turba. Ante sus súplicas sólo encontraba oídos sordos y bocas cerradas, no había eco para su angustia. Ignoraba de qué se trataba, no tenía la más remota idea de los motivos de tal atropello. Hasta que no pudo más y se arrojó al piso con la cabeza metida entre los brazos y piernas. Un grupo de jóvenes se acercaron e inmediatamente le hicieron pedazos a tijera el pantalón y la camisa. Él trataba de incorporarse, pero llegaron otros, quienes lo despojaron de las pocas hilachas que aún llevaba pegadas a la piel. Tirado en el piso, sujetado de pies y manos, le cubrieron el cuerpo de espuma, mientras otros con filosas navajas lo rasuraban de pies a cabeza, sin faltar algunos mandados que le tocaban las nalgas, le pulseaban los tanates y le medían la distancia apagada. Para terminar, lo llevaron al patio central y en un impulso de pocos amigos lo arrojaron a la fuente cubierta por una pequeña capa de hielo. Fue cuando Ildefonso reaccionó, incorporándose. Colérico enfrentó a sus verdugos propinándoles golpes a diestra y siniestra, hasta que un grupo de estudiantes mayores logró controlar el desenfreno y detener al nuevo provinciano. Lo cubrieron con gruesas cobijas, dándole de beber un trago de tequila. La madrugada se prolongó entre tragos y café con piquete, hasta que llegaron las muchachas de *La Soledad* a tranquilizar la fiesta con sus caricias. Una de ellas se llevó al nuevo huésped, quien ya tenía calosfríos, y en el dormitorio del ala izquierda le dio el calor de sus piernas.

11

Nacía el invierno de 1967. El fruto jugoso de los cafetos esparcía su aroma por toda la sierra, meses atrás arbustos verdes de esperanza, flor de inocencia, verde amarillo de sus gajos, rojo púrpura de miel sabrosa. Había llegado el tiempo de la cosecha; los lugareños estaban renuentes por el maltrato recibido cada año durante el corte. Trabajaban desde antes de salir el sol y se retiraban a los galeros entrada la noche; ahí permanecían hacinados con sus vidas grises.

En la finca La Escondida, durante los meses que duraba la preparación de los granos, desde el arbusto hasta su envase, a los indios (como los finqueros llamaban despectivamente a los mestizos pobres de los pueblos cercanos) sólo se les veía en los cafetales o en las galeras. Quien andaba de aquí para allá corría el riesgo de desaparecer. La libertad de movimiento pertenecía a los finqueros, encargados y trabajadores de confianza. Los indios recibían una ración de arroz y frijoles para alimentarse todos los días. A quien enfermaba le eran suspendidos los alimentos. Sólo importaba el trabajo. Por las noches se tomaba té de zacate para mitigar el hambre. Finalizada la temporada de corte, el otrora capataz cobraba hasta los platos de frijoles y arroz no servidos. Al final regresaban los trabajadores a sus casas con más deudas que antes de partir, por eso no querían subir a la sierra. Total, lo jodido nadie se los quitaba, ni los gobiernos de la Revolución que tanto hablaban, ni el gusto por despertar todas las mañanas en el corazón de la selva, rodeados de arbustos cargados de frutos, alegría efímera para ellos. Todo era para las familias revolucionarias, quienes gozaban de privilegios para asfixiar a los pobres. Por eso los arbustos se encontraban cargados, los frutos estaban listos para ser desprendidos, a punto de caer a la broza.

Fue entonces cuando llegó por estos lugares Herbert Stebenhaus, con la encomienda de agilizar el embarque ya tardío. El grano aromático era altamente cotizado. Le llamaban el oro verde de las montañas latinoamericanas. La producción de la Sierra Madre era esperada por los distribuidores alemanes para los paladares de toda Europa, entre diálogos políticos, lectura de libros, charlas placenteras, sorbos entre negocios gigantes, amantes furtivos o la soledad del viejo sentado frente al marco de esa ventana despostillada y su mirada profunda consolada al calor del aroma y el vapor mistificado.

Herbert se enfrentó inexperto al desafío de la selva serrana. Traía el compromiso de enviar miles de quintales y más quintales a la República Federal Alemana. El café debía llegar, a más tardar, en los primeros días de abril, despulpado, lavado, secado, seleccionado y envasado, pero las manos mestizas encargadas de cortar y procesar no estaban dispuestas a recibir el mismo trato de siempre. Fue cuando conoció al cacique del centro, distinguido por sus relaciones con la clase gobernante del país, todo un potentado aldeano cuya mirada bastaba para ordenar, sentenciar y someter: el acaudalado terrateniente, dueño de la vida y de la muerte de los pobladores de tierra fría, Anastasio Morazán.

Esa noche, Herbert presentó sus cartas de identificación a Morazán, y éste, sin dilación alguna, ordenó a su hijo mayor, José Luis, encargarse del asunto. De inmediato lo hospedaron en el pequeño hotel del callejón empedrado, propiedad de San Román González, a fin de cuidar su estancia, como lo hacían con los familiares de los refugiados nazis que aún habitaban las fincas de la meseta de Meyapac.

A la mañana siguiente, José Luis y Herbert se trasladaron al departamento de San Marcos, Guatemala, en busca de cortadores. En pocos días traían las jaulas de transportar vacas repletas de niños, jovencitas, ancianos y uno que otro adulto maduro, descendientes de los mayas que se encargarían por poca paga, mala comida, hacinados en barracas insalubres, de no dejar fruto alguno en los cafetos.

A Herbert se le hizo fácil aprender a recibir el producto recién cortado; a manejar el litro que no era de uno sino de diez litros (en fin, lenguaje de mañosos); a martajar la pulpa, y a lavar en las artesas con los pies los granos. Ya hecha la selección de estos, aprovechar el reful-

gente sol en los extensos beneficios donde muy lentamente se secaban para después clasificarlos. Aprendió a medir los niveles de humedad, el lenguaje de las medidas locales para pagar el corte y el internacional para la venta. Se comunicaba mediante un español elemental y algunas señas, mucho menos entendía quiché, la lengua de los cortadores. Ser de cultura distante no fue un obstáculo. La gentileza de José Luis y la disposición de Herbert pronto los llevaron a ser buenos amigos. Aprovechaban los fines de semana para bajar a las comunidades cercanas a tomar cervezas (traídas a lomo de mulas desde las planicies), chicha y aguardiente de maíz fabricado en las destiladoras clandestinas. Luego, ya entonados, salían a buscar hembras, bien conocidas por el hijo del cacique, a quien no se le negaba nada. El domingo, ya avanzada la noche, montados en bestias volvían a la finca cafetalera. No regresaban sino hasta el siguiente fin de semana.

En medio de su ebriedad, con un lenguaje de señas y palabras cortas apenas comprendidas por su interlocutor, José Luis relató aquella noche su aventura con la mujer más bella del valle de San Juan, sin olvidar detalles de tan apasionada relación con quien apenas concluía el colegio:

— Esa noche se ofrecía la fiesta más sonada del pueblo. Se trataba de los quince años de Bromelia Burillo. Por supuesto que a petición del padre de la joven me eligieron para ser la pareja principal. Al principio no me agradó, eran catorce años de diferencia, acostumbrado como estaba de ir al grano con mis propósitos; pero la insistencia de la niña fue tal, que con varios días de anticipación eran frecuentes sus visitas a casa: le gustaba sentarse junto a mí, acompañarme en los apartados amorosos y cuando estaba a punto de... retiraba mis manos y me decía que eso sólo sería posible si aceptaba ser el chambelán de sus quince primaveras. Ante tal propuesta no me quedó más que acceder.

Braulio Zaragoza Burillo quería sacarle raja a dicha relación, estar bien con mi viejo, tener los bancos de la región para sus préstamos, ser respetado por el gobierno, por las familias de renombre, y tener a su disposición las agencias de automóviles y maquinaria pesada. Bromelia, movida por la ingenuidad de su edad, actuaba con toda libertad. Nadie veía mal lo que hiciera, entre más pronto mejor.

Esa noche, al terminar la fiesta, nos quedamos en el recibidor en pleno faje. Descubrí sus curvas y me dispuse a hacer cumplir lo pactado. Cuando ya todos dormían, la entrega era más apasionada, hasta que los impulsos incontrolables nos llevaron a la recámara con la aparente resistencia de Bromelia. La provoqué suavemente entre el miedo y las ansias de sentirse mujer. Me quité la camisa. Luego, sin poder contenerme dejé al desnudo todo mi cuerpo; ella no pudo disimular su incontrolable asombro. En un impulso de suavidad y firmeza crucé el umbral de su inocencia hasta que nos faltó el aliento. Al final simulé que nadie nos había escuchado. Ella reposaba olvidada de todo, crédula y temerosa de la paternidad perfecta.

A los siguientes meses sucedió lo esperado, la muchachita salió con su domingo siete. Fue cuando Zaragoza Burillo acudió a la casa grande a pedirle a mi padre que yo respondiera como hombre. Él reaccionó violentamente, levantó a Burillo de la solapa sin que éste hiciera el menor intento por defenderse, lo escupió cuantas veces quiso y viéndolo a la cara le gritó altisonante: '¡No abuses de mi cercanía! Jamás permitiré soberana ocurrencia. Para mi hijo tengo otros planes. Dejo en tus manos un poco de sensatez y el destino de tu familia. Tú sabes cómo termina quien se atreve a desafiarme'.

Braulio, con la impotencia de un reptil, se retiró humillado a más no poder. Esa misma noche llevó a su hija a la ciudad de Tuxtla Gutiérrez con el único y prestigiado cigüero.

A la semana siguiente, el ayudante del viejo camión de pasajeros, quien traía consigo los periódicos de la capital del estado y los distribuía por las calles en altavoz, sorprendió al pueblo con la noticia: Braulio Zaragoza Burillo de la Torre, candidato a diputado por el VIII Distrito. La deuda de honor estaba saldada.

12

Reclinado en la pilastra central del viejo caserón de la plaza del Carmen, Ildelfonso repasaba su nostalgia de provinciano, y es que salir de raíz de la tierra donde se deja el ombligo es como morir a destiempo. Ahora comprendía cuánto se quedaba atrás, su pasado reciente empezaba a ser recuerdo. La página lentamente daba vuelta. Se iniciaba otra historia. Sus emociones dentro de sí le movían su pertenencia a esa gente sin dobleces que viven y mueren en un solo lugar.

Con sus temores y desencantos, estaba listo para iniciar el recorrido en los laberintos de la gran ciudad. Todo le era ajeno: la manera de hablar, la voracidad del citadino, los transeúntes con prisa, ciegos y mudos; el cuidarse de todo y de nada, la pillería que marcaba territorios de sobrevivencia; el trabajo más antiguo del mundo a toda hora y en cada esquina, motivo por demás para avispar un poco el ojo alegre que él era, así como las novatadas de los jóvenes y no tan jóvenes residentes que no sólo habían hecho de la casa del estudiante su domicilio particular y su guarida, sino también el espacio ideal para ejercer su liderazgo y formar cuadrillas de poder que actuaban en cada una de las preparatorias de la ciudad, auspiciadas por los políticos en turno que hacían de este inmueble su reservorio para las guerras campales y las trampas electorales a favor del partido único.

Ahí se formaban, además, los futuros cuadros rurales de la política que, con pasantía en mano y títulos de muy dudosa procedencia, regresaban a sus provincias a prolongar la dominación del centro, con las mismas promesas, los mismos intereses y las mismas corruptelas. Pronto aprendió de éstos cómo dominar a los más débiles, los lenguajes falsos, las trascaladas y, sobre todo, cómo hacerse de dinero y de recomendaciones a partir de realizar favores a damas importantes, ocultas

con frecuencia en las sombras del prestigio revolucionario para recibir placeres no escritos en el código masculino de los hombres de la Revolución.

Desde entonces se supo gato de Angora dispuesto a cruzar cualquier tejado, sólo tenía que adaptar su estilo a las exigencias urbanas. Así lo hizo y se lanzó a conquistar las calles y avenidas de la ciudad capital, sin más remordimiento que el recuerdo de su pasado cercano. A los pocos días de su llegada era un ciudadano más de los laberintos. Caminaba cuadras y más cuadras en espera de los límites, ahí donde el verde pasto atrae a los pájaros y los campesinos labran la tierra; pero su desilusión fue grande, sólo las alamedas muy de vez en vez aparecían para sosegar la fatiga. Después había que mirar hacia atrás para llegar al mismo cruce, en esas bocacalles difíciles de atravesar, entre el claxon estridente rozándole el temor y los neuróticos rostros; bastaba con mirarlos para saber que estaba en tierra ajena. Descubrió sus intenciones y se alió como la sal al agua.

Después nadie distinguía si había llegado del sur. Se transformó como los cedros en otoño, y en lugar de pájaro y ramas escuchó voces por todos lados. Soltó su caminar en el asfalto, probó de la agria leche en los tinacales del callejón de Manzanares. Alzó el cuello y entró donde le vino en gana. Rompió barreras para alcanzar la distinción y el mérito. Desde el primer día en que llegó a la preparatoria de San Ildefonso hizo que su nombre fuera meritorio al de la institución. Aparecía en las listas de honor y el reconocimiento de sus compañeros trascendió hasta hacerse notar en las esferas universitarias. Obtuvo su ingreso directo a la facultad de medicina y fue su predilección el aparato digestivo para saber de qué estaban hechos los seres humanos, marcados por el tiempo en cada órgano, donde la miseria y los excesos no ocultaban sus huellas.

13

Se convirtió en conquistador de las calles, calles saturadas de gentes alertas de todo y de nada, ausentes de sí mismas, llenas de prisa y una vida cíclica rutinaria, ahí, donde el mínimo espacio aglutina tantas cosas. A tiempo se preguntó por dónde corría el aire y descubrió las noches, las esquinas a media luz donde sólo luciérnagas caminan semidesnudas con tacones altos en esas banquetas llenas de grasa, hediondas a fritangas y sudor. Iban ahí, envueltas sólo por la soledad de los palacios en ruina, otrora residencia de caballeros y condesas. Rincones ocultos al traspasar los portones despostillados. Sentía el agrisalado humor de los cuerpos que avanzaban en sus entrañas para cumplir el deseo. Al norponiente, la vida nocturna de la Zona Rosa. Los señoritos vestidos a la moda. Bellas damas dispuestas a gozar de la vida y del deseo. La diferencia estaba en la exquisitez y la discreción burguesa. Después de todo, sólo apariencias y simulación. Al paso del tiempo sería uno de sus espacios predilectos, sumergido en cada bar, en las pistas románticas acompañado de esculturales cuarentonas jugosas y expertas. Así aprendió a oler la ciudad.

Su nivel perceptivo creció. Ubicaba con precisión cada edificio del primer cuadro. Sus muros marcados de historia. Sus diferentes usos y gustos. Los universos personales encontrados a diversas horas: comerciantes de provincia visitaban la calle Corregidora para hurgar en sus tiendas y almacenes, llevarse una docena de calcetines, pantaletas de nylon, trusas de algodón, de paso las camisas de moda con cuellos *sport*; a las cuatro de la tarde, en la calle de República de Chile, las madres tejían sueños entre suspiros, mientras las hijas casaderas pasaban largo rato soñadoras en la prueba del vestido: que si le quitas aquí, ponle un poco más allá, ajústale tantito, mañana dejaré de comer, haga que me

parezca al maniquí; al llegar a Moneda, esquina con Palacio Nacional, observaba detenidamente la ventana que daba hacia la recámara del presidente Juárez e iniciaban en él apetitos recurrentes por el poder. Soñaba con transformar el terruño de origen, hacer de San Juan de los Llanos la tierra presidencial cuyas calles arcillosas se convertirían en bulevares con jacarandas y flamboyanes, ahí, muy cerca de la pobreza, para que las desigualdades no existieran nunca más, abundara el trabajo y los campos llenaran las bodegas con sus granos.

Soñaba con regresar un día y conquistar a la joven de ojos azules por quien vivía y cambiaría el rumbo de la historia, pero el recuerdo empezaba a calar su pasado reciente y sacudía la cabeza para no dar paso a la melancolía.

El día veinte de cada mes, cuando llegaba la reducida remesa enviada por Demetrio Alegría (quien se había convertido a distancia en su nuevo protector), visitaba el populoso barrio de La Merced atraído por el néctar de las frutas y la textura de las semillas, el grito de los cargadores con su ya reconocido “¡Ahí va el golpe! ¡Va el golpe!”, el tepache y la apetitosa comida en esa mezcla de sabores y olores de los mercados, donde no es fácil distinguir el límite del humor humano y el perfume de las frutas de temporada. Iniciaba las primeras horas de la tarde instalado en el bullicio de la pulquería de la calle Jesús María. En *La India Bonita*, supo las delicias de un preparado de guayaba, de frutas afrodisíacas y hasta de apio y perejil para prevenir los achaques del futuro. Una vez ingerida la bebida ligosa entre gritos y chiflidos, estaba listo para otros menesteres. Salía a la calle de Circunvalación, al encuentro con niñas adelantadas en el remolineo de las punzadas. Tiernas olorosas a orines, e incluso cincuentonas acostumbradas a dejarse tirar por unos cuantos pesos. Todas ellas custodiadas por sus machos cabríos, quienes las olfateaban a la redonda como jefes de la manada. Controlaban los turnos y los minutos de la faena. Luego recibían las cuotas y apuraban a las hembras para echarse al siguiente. Fue en una de esas tardes de desfogue cuando encontró algo más que una crica para calmar sus ansias. Recibió el bautizo de los desesperados. Su iniciación en el círculo más antiguo de los putañeros.

Se le hizo frondosa. Midió sus ángulos y voluptuosidades. Águila arpía. Al vuelo le quitó los pocos trapos y supo que el deseo estaba prendido en él. En la cama la fetidez lo inundó, pero la espada desenvainada ya no entendía razones.

Dos noches después seguía sin poder dormir: horas de asombro y miedo, esas en las que la masculinidad se turba: ardores urinarios. Se descubrió purulento, putrefacto en infernales travesías de sálvame Dios mío. Días antes, galán de esquinas y laberintos con el sexo en la punta de la nariz; hoy, tembloroso guiñapo.

La fiebre brotaba en cada uno de sus poros. Instantes en que no recordaba las tiernas delicias de cabras dispuestas a dejarse terminar de iniciar, atraídas por sus dotes de cojudo; ni a maduras ciervas con las vulvas aceitosas y profundas al olfato, y tampoco a uno que otra mariposa para cobijar sus alas en el bosque de sus preferencias. Ahora inundaba la desesperación. Picazón que mataba y no le permitía recordar, al menos por segundos, la libido que traía pegada a la piel, voluptuosidades entre dobleces por descubrir, saborear el placer hasta traspasar los espacios sin límites, ese huracán pélvico que brota y permite transitar hacia la vida y la muerte. La irritación y el susto lo agobiaban. La fluidez era frecuente.

Con la pena más grande del mundo se acercó al Saraguato, líder de los estudiantes sureños. No tardó la comunidad de la plaza del Carmen en enterarse de lo que sucedía. Las habilidades comunicativas del líder eran amplias y reconocidas. Todos dieron a Ildefonso la bienvenida a la comunidad de los venéreos. De inmediato lo llevaron a los consultorios de la calle Puente de Alvarado, auspiciados por el único partido en el poder. Era un caserón casi en ruinas, de amplias salas, que también albergaba al sindicato de los vendedores de billetes de lotería, las oficinas de los vendedores ambulantes, a los jóvenes “revolucionarios” y a los representantes de colonias populares, es decir, la reserva mayor para los mítines y revueltas de la gran ciudad. Los “verdaderos hijos de la Revolución” que se conformaban con sus mochadas y estaban dispuestos a todo. Traían bien puesta la camiseta: no pensaban, eran adiestrados. Ahí conoció al doctor Teófilo Figueroa, quien después de auscultarlo

minuciosamente le dio su dotación de penicilina, y se enteró por boca del facultativo de que en esos avatares la gonorrea era cosa de todos los días. Al salir del consultorio sólo supo de sus ardores.

14

Desde que Herbert llegó al valle de San Juan de los Llanos, los fuegos artificiales iluminaron sus mañanas con sus luces de colores. Había un santo para todos los días. Se festejaban natalicios, los quince años de la nena, las bodas, al santo patrón de cada barrio, una semana completa al tata Hama, es decir, al Sol, cualquier recordatorio de fiesta y de muerte. Desde entonces no pudo dormir y despertar en silencio como en las llanuras del norte de Alemania. Los tronidos y las percusiones de cohetes y tambores acompañados de flautas de carrizo eran constantes. Había que estar atento durante las veinticuatro horas para saber de dónde venía el recordatorio de la alegría o la tristeza desbordante. Motivos no hacían falta, lo que faltaba era dinero. Siempre había pobreza, pero a los sanjuaneros no les importaba; total: para ellos la vida se vivía un instante, así como el agua que corre se ve y no se ve. Lo importante era sentir, atender el espíritu, encontrarse con el pasado, recordar, ser en el presente porque del futuro sólo Dios sabe.

Así reían y lloraban por todo. Herbert, desde su llegada, supo que era un pueblo de gente alegre. Después no le interesó saber si eran auténticos, dueños de sí mismos. Acaso el extravío de donde nunca habían podido regresar, confundidas, sus emociones encontradas —cortinas de humo, blancas barreras que bajaban del cerro a fraccionar el pensamiento—, entorpecía la vista para no verse de pies a cabeza, sentirse hechos de la misma pasta, del mismo barro, dejar de lado la ley del cangrejo más fuerte y aprender a caminar hacia adelante. El racionalismo germánico de Herbert no le permitía entender los misterios del pueblo en que le tocó llegar y quedarse. En fin, para sus intereses no tenía mayor trascendencia; al contrario, descubrió en sus gustos, ritualismos y creencias grandes oportunidades y se dijo para sí mismo:

desde el Colorado hasta las alturas Incas, son los mágicos imaginarios una de tantas razones para entender la riqueza y la pobreza del continente. Por un buen tiempo, se dio a la tarea de hurgar en los rincones místicos del pueblo de San Juan: santerías, aprendices de brujo y uno que otro espantamiento entre ramas hechizas borrachas de aguardiente. Conoció sus calles oscuras, hasta llegar a los lupanares donde el olor a hembra atraía a los hombres sin distinción. Ahí daba igual ser campanero del templo mayor, juez de paz, ilustre maestro de escuela, carretillero del mercado, pollo recién emplumado o macho cabrío de distinguida familia. Llegaban con la pasión translúcida y se iban a pecho abierto, gustosos de desahogar la carne. También descubrió los privilegios enraizados de honorabilidades inventadas: el héroe desconocido, los hijastros del poder, los liberales quemasantos gracias a Dios, el pederasta que llegó a purgar sus pecados y terminó santificado entre hojas verdes que trajeron el progreso y fanáticos integrantes de la comparsa, la parálisis de los placeres ocultos, la democracia y los ejercicios mesiánicos de la aldea, la envidia indiana, los mitos del poder y el padre de muchos ungidos, buenos para rezar, malos para pensar.

Se le dio por hurgar en los espacios sagrados. Pasaba horas reclinado en los muros de cal y canto que aún conservaban el eco de las místicas voces de los frailes dominicos, después de trescientos años. Era un fantasma más en el rincón contiguo al dintel de la puerta abandonada que daba hacia el sótano. Se preguntaba cuándo escucharía el silencio del Espíritu decidido a transformar la vida de los llaneros. Imaginaba las grandes catedrales europeas donde fluía la eternidad en sus góticas torres, los pasajes del Nazareno en vitrales bíblicos y esas cúpulas que tocaban el cielo entre salmos gregorianos. Esperaba el sublime encuentro de lo humano con esa voz interna que sacude el alma y relaja el cuerpo para encontrarse en el espejo de la vida. Ahí, donde todo es imperfecto y alguien, es posible que seas tú mismo, toca las membranas ocultas para encontrarse desnudo, lejos de las "buenas conciencias", de los jueces consagrados para señalar, lejos de miradas lapidarias ocultas en el olvido de las conveniencias. Ahí, donde negarse es empequeñecer.

A pesar de su liviandad y sus intenciones de nuevo conquistador, desde niño le enseñaron que había algo más. Pero vana era su espera:

de los muros adosados sólo salían las letanías de siempre, la miseria de la desesperación, los rezos lastimeros de quienes piden piedad sin el menor esfuerzo porque tienen las manos vacías, el arrepentimiento sesgado ante sus emociones encontradas o la soberbia de quienes se sienten santificados, purificados para dar gracias por su honesta actividad de terratenientes, comerciantes, prestamistas, corruptos, lenones, talamontes, políticos de pueblo, abigeos y coiteros³; hasta aquellos que lloran su dolor porque han perdido la esperanza en las calles de la miseria, en los hospitales y en las manos de los prestamistas, y no se diga de las beatas a perpetuidad y de los elegidos que han hecho de la casa de Dios el refugio de sus incapacidades, la irresponsabilidad familiar y el buen pretexto para seguir siendo los mismos de siempre.

Herbert no encontraba detrás de los muros el remanso de las palabras bíblicas que le dieran sentido a las prédicas. Exacerbado como estaba, no encontraba analogía alguna con las prácticas "racionalistas" del catolicismo alemán, más cercano al luteranismo que a las encíclicas modernistas de Roncalli. Antagonismo de los sentidos para el alemán, distante de los ángeles malignos en la danza infernal del Medioevo llevada a la tierra prometida; confundidos con los nahuales y las almas del inframundo, ahí donde todo provenía de la misma causa: oscuridad y luz, conjuros y santificaciones, las necesidades del cuerpo y las del alma, maldad y bien. Sin embargo, había un dejo de cercanía. No se necesitaban intermediarios para invocar al Altísimo, para externar los reclamos, para exigir favores, ahí, donde se ofrendaban la maldad por el bien, el deseo y la concupiscencia como principio de vida. Fue cuando decidió ver y escuchar el cuento de la purificación de los fanáticos, pero antes no pasó por alto esa mezcla de idolatría prehispánica confundida con los placeres romanos y las retorcidas intenciones de los frailes conquistadores, de quienes permanecen sus huellas hasta nuestros días en los cerebros negados a vivir en el mundo terreno.

³ Mario Vargas Llosa. *La guerra del fin del mundo*. Editorial Seix Barral, 1981, pp. 45 y 48.

Antes del segundo repique de las cinco de la mañana, Milagros ya estaba ahí, sentada en la primera banca del lado derecho. Piadosa de pies a cabeza, gustaba de oler las velas que se quemaban a la Purecita. Su ropa se impregnaba del aroma a miel de abeja, a rosas y azucenas, y en cada respiración que daba sentía el hálito divino que recorría su cuerpo. A sus cincuenta y siete años encontraba ahí la única razón de su soltería. Su fervor matinal la hacía sentirse angelical, casi levitar con la mano izquierda en el pecho, mientras con la derecha no dejaba de contar los avemarías gastados de piadosas intenciones. Bien mariana que era la niña Milagros. Su rutina matinal comenzaba con el ángelus, luego se acomodaba el escapulario sobre el corsé que cubría sus abultados pechos (los hacía discretos, ocultos a toda provocación, costumbre aprendida de las carmelitas descalzas en su búsqueda de santidad), lo besaba tres veces, lo pasaba por todo su cuerpo y lo dejaba por algunos segundos en sus partes íntimas. Sacaba de su bolso todos los relicarios habidos y por haber para encomendarse a cada santo protector con sus respectivos devocionarios. Iniciaba su caminata de rutina que la llevaba todas las mañanas hasta la parroquia del Bautista. Se cubría la cabeza con el manto de negras transparencias, anteojos cuadrados, su vestido le llegaba hasta el huesito; en el trayecto no saludaba a nadie y sólo pensaba en la salvación de su alma. Cuando iniciaba la misa regresaba de su estado contemplativo y no se necesitaba coro alguno, de su garganta salían cánticos de principio y final. Su florida voz se esparcía por la nave del templo. La comunión para Milagros era el ritual perfecto: unía sus manos, hacía genuflexión completa a los pies del sacerdote, se daba golpes de pecho y cerraba profundamente sus ojos hasta que llegaba a su paladar el *Divinum Corpus*. Quien la viera tocaría

el paraíso, estaría cerca del cielo, olería la santidad. Luego, los laudes completos; al terminar no se retiraba del templo sin besar la mano del cura. Algo que no podía faltar era la entrega de sus diezmos contantes y sonantes.

Al salir del templo, era otra, se transformaba para vivir el siguiente escenario: de prisa guardaba el velo negro, se quitaba el escapulario y demás enseres religiosos. Agitada se dirigía al mercado público, llevaba preparados pagarés al cincuenta por ciento de interés... ¿Y el amor al prójimo? Bien, gracias.

16

Herbert trataba de conocer las entrañas de San Juan de los Llanos. Pasaba por la calle de los milagros. Nada extraordinario, de no ser por ese galerón de paredes adosadas, ventanales casi pegados al techo donde se cruzaban plantas epífitas con un campanario vetusto. Se encontraba cerca de los linderos del pueblo. Podía ver los pastizales y los abrevaderos, a lo lejos en el arroyo cantaban aguas cristalinas. Su asombro fue mayor al descubrir que de pronto la calle se llenaba de peregrinos. Salieron de la nada en cuestión de segundos: se apoyaban en muletas, traían la cabeza vendada con trapos viejos, rostros deformes, niños raquíticos, mujeres de tez pálida con vientres abultados y vestidos a punto de romperse cargando al destetado en hombros, alcohólicos empedernidos, mujeres y hombres de pasos lentos apenas equilibrados en rústicas muletas, enfermos en camillas improvisadas traídos de no sé dónde; y, más atrás, esas solteronas rayando en los cuarenta olorosas a frutas pasadas de maduras, de labios acarminados con sus últimas sonrisas de coquetería a punto de secarse. Eran las doce del día. Se abrían las puertas del santo recinto y se apeñuscaban para entrar entonando cantos de alegría y dolor:

“¡Alabaré, alabaré, alabaré, alabaré, alabaréééé a mi Señor! ...”

“Perdona a tu pueblo, Señor; perdona a tu pueblo; perdónalo, Señor...”

“¡Soy peregrino que de lejos viene, cargando su culpa, a pedir perdón! ...”

“Ayudemos, alma de tanto penar, a la Virgen Pura de la Soledad...”

“Corazón santo, tú reinarás, tú nuestro encanto siempre serás...”

“¡Viva Cristo Rey, viva Cristo rey!... ¡Viva Cristo Rey!”

Herbert no sabía qué hacer ante tal “polifonía” en disonancia, espíritus que salían de las voces miserables, ruego absoluto de seres alejados de esperanzas terrenales. Fue cuando decidió meterse en la bola para saber qué pasaba al interior del galerón, pero antes sintió el calor asfixiante del estrecho espacio entre rostros que al verlo se agachaban para no mirar de frente al hombre blanco, esfinge del amo, sin serlo, por el solo hecho de llevar la misma piel, el color verde laguna en los ojos. Se cruzaban de brazos y abrían paso al advenedizo; evidente el temor de éstos ante la presencia dominante e imprevista del joven, por demás europeo, diferente a los finqueros algo achaparrados y regordetes. Muy en el fondo de sí, sin saberlo, cargaban con la huella profunda de sus mitos.

Siendo como era, no le fue difícil entrar al recinto si todos dejaban de caminar y se quedaban como piedras inclinadas hacia el suelo... Ya adentro, Herbert escuchó que se hablaban lenguas milenarias, confundidas con las lenguas locales. Apenas si quedaba espacio para caminar. Cada quien adoraba a su santo de preferencia en un murmullo de voces entre cirios, veladoras e incienso. El olor a hojas marchitas de albahaca y los fuertes soplidos de aguardiente le llegaban de izquierda a derecha, de frente y por detrás. Los ruegos y suspiros atrajeron su atención: una de las solteronas imploraba con el brazo izquierdo levantado, mientras con la mano derecha jalaba el cordel que rodeaba una de las apolilladas vigas. En la otra punta colgaba un san Antonio de apenas treinta centímetros de altura, amarrado de los pies. Subía y bajaba al compás de los chillidos de la hembra:

—¡Ah, san Antoñito milagroso! ¡Ahora sí te jodiste, padre, no te voy a bajar si no me hacés el milagro que te pido! ¡Ya me quedan pocos sangrados y tú no me mirás! ¡No tenés piedad de mí! Todas las noches no duermo y se me va el desvelo en puro sudar. No conoces la misericordia pa’ ésta tu prójima desesperada. Ya pronto se me secará el cuajo y me quedaré sola en el mundo, como perra sin dueño. ¡Ingrato, acordate de mí! ¿Qué no te gustan mis chichis cuando te las exprimo en tu altarcito que está pegado a mi cama? ¿Qué no sentís el calor de mi justán con que cubro tu cuerpo todas las noches? Ya hasta te hice más de diez novenarios. Me acabé las velas de sebo de la tienda del patrón; si supieras que hasta me dijo el otro día: “¿Para qué querés tanto sebo, Chana?”, y yo

le dije que “pa’ curarme la nigua de los pies, patroncito”. ¡Mentiras! Si sos vos, san Antoñito, quien se lo ha chupado gota tras gota, y ve, pues, ¿pa’ qué sirvió?, no me has concedido nada. Por eso vine a reclamarte en tu mesa, a ver si no tenés vergüenza que una mujer como yo te venga a pedir en tu mera cara lo que quiero.

Y la imagen del santo subía y bajaba. Herbert trató de disimular la turbación de su rostro mientras veía la pequeña escultura a punto de soltarse del cordel. Como pudo, se abrió paso hacia el pasillo central.

*

Ahí, en el centro del recinto, en el punto equidistante de los tiempos cercanos, como quien dice en el cenit, donde los dioses se juntan a escuchar las voces vagabundas, la imploración de la miseria, ahí, donde todo es confuso: confusa tu miseria, confuso tu dolor, confuso tu nahual perdido en los matorrales, en la selva, en los turbulentos ríos que cruzan las cuevas del encantado hasta llegar al río grande donde la mano de Anastasio Morazán ha dejado sus huellas de sangre y fuego, ha marcado su fierro como marca las ancas de las mulas, a las vacas silvestres, a sus peones endeudados y las nalgas de sus mujeres malqueridas. Se pierde, bastan unos días para recobrar su fuerza y su poder, se tiñe de maldad el tirano dueño de familias completas, dios en la tierra y bestia acaudalada ante cuya presencia se posan los miserables y lamedores sin nombre propio.

Hincada con los brazos abiertos, nana Juana lloraba su tristeza, imploraba misericordia para los desamparados del reino celestial, ahogados por el puño poderoso de esta tierra, quien los explotaba hasta el cansancio. Los espíritus se cruzaban bajo el manto liquidámbar. Los gritos de la esquelética mujer cubierta apenas en camisones narraban la modernidad salvaje de los habitantes de San Juan de los Llanos en pleno inicio de la segunda mitad del siglo xx; eran agudos gritos de un alma viviente que sólo tiene enronquecida voz para desahogar lo poco que le queda de vida, ahí, donde regresan los ausentes invocados a narrar verdades que nadie escucha, ni siquiera los brujos convocados al conjuro:

—¡Oíme, padre eterno, lo que te digo! Salió Pancho Gómez a buscar centavos a la casa de don Marco Rentería y ya no regresó a su choza, donde lo esperaban la Lupe y sus tres críos hambrientos. Sólo su costillar entregaron como novillo destazado, el maculado sombrero donde se grabó pa' siempre el sudor de sus últimos temores. Ahí nadie supo si fue cristiana sepultura de adiverzas o fue el miedo por no saber de su alma atormentada, ante la presencia del brazo fuerte del tirano que no para de cobrar vidas por cada palabra pronunciada a los cuatro vientos, por cada hecho que todos saben y se cosen la boca con cuero crudo pa' que no se escape, y el viento, espía de la maldad, lo haga llegar a los oídos de la casa grande. Dicen que sabía más de la cuenta, y ya cansados de darle centavos más centavos se lo picaron para la eternidad, hicieron de su cuerpo el Santo Cristo de Tila hasta repartir sus partes entre los suyos pa' que nadie se atreviera a difundir sus sueños cruzados con el crimen del cura Baltazar, aquel jueves de Corpus, fecha y hora en que fue arrojado a la sima del copal por andar protegiendo a los jodidos peones de las fincas.

¡Al menos vos oíme! Quedate quieto un ratito. ¿No ves que mi gozo atormentado se ahoga en la profunda soledad de los tiempos? Soy pava tísica, abandonada en los rastros antes del último respiro. Por eso vine a llamar tu atención, a pedirte una migaja de tu escucha antes de expulsar la flema que se lleve la última gota de vida. Para nosotros, los de aquí, ya no queda nada, todo se lo tragó la bestia con su lengua de fuego. Se lo comió poco a poco el muy malvado. Primero arrancó a los dioses de nuestras entrañas en ese parto doloroso que marcó el vacío. Profanó nuestros cuerpos consagrados a la selva, el rugido del puma, las mañanas ofrendadas de vírgenes desnudas olorosas a orquídeas y crespones, la vista perpleja del venado antes de cortejar a su cierva. Todo lo masticó en tiras y nos arrojó al vacío donde yacen los que vivimos muertos. Vos llegaste, te metiste entre las cejas, abrimos las ventanas del cuerpo y te metiste como macho imponente hasta asfixiarnos en las aguas profundas. Prometiste hacernos renacer de nuevo; predilectos seríamos ante tus ojos y seríamos ejemplo, los más pequeños, los más humildes, pero heme aquí, despreciada y conjurada, yo que soy la última estrella de mi estirpe.

Luego los nuevos príncipes se hicieron dueños de los bosques, le pusieron precio al canto de los pájaros, desenjugaron sus tallos y raíces hasta dejar las piedras rodando en las barrancas. No les bastó y nos quitaron la tierra que nos da el pan nuestro de cada día, secaron los manantiales y a tu pavita se le termina el respiro.

¡Mirame si soy desvalida! Mirame. No soy yo, es el pueblo que te habla: los niños que no crecen a pesar de los años, las madres de mis niñas raptadas y vendidas a un tratante de blancas que las hará putas en un lugar lejano; el pobre campesino sin tierras empeñadas al cazador de cosechas... ¡Mirame! ¿Es que no tenés ojos para una india como yo?

— ¡Ya callate, nana Juana! —Alguien gritó en el borlote—. ¡Seguís así, te arrancarán la lengua de serpiente que tenés!

*

Herbert salió turbado ante tanta magia que profanaba sus ojos y su mente europea, pero sus intereses racionales eran más claros que *la luna diamantina* de Darío. Salió del recinto y se fue por los lupanares hasta llegar al burdel de la Refugio. Se tomó un trago doble de curado de caña y se metió el resto de la noche a pisarle la crica a la Expectación, la mulata. Sí, aquella que luego, años después, alguien encontró muerta sobre esa tumba del viejo panteón.

A la mañana siguiente, apenas salió el sol, abandonó la mala casa, atravesó la plaza central y a cada paso pensaba en lo afortunado que era. Había descubierto la mina, según él, la mina de la ignorancia. Se sentía predestinado por la plata. Desde entonces no hizo más que vender espejos de ilusión, enviar los mejores granos y maderas preciosas al puerto de Hamburgo y atender el hotel donde anidaban frecuentes perdices clandestinas.

En la media noche del frío invernal, sola, en la esquina de Circunvalación y Carranza, masticaba su propia vida. El humo del cigarro le daba seguridad para sentirse acompañada. Él, a distancia, observaba su ir y venir, sus formas, el compás de su cuerpo al caminar, el ahogo de los minutos en lentos pasos repetidos desde antaño, generación tras generación; caderas sueltas, el contoneo de la provocación, rítmicas vendimias nocturnas como si hoy fuera la misma hembra de todas las noches.

A pocos días de haber llegado a la capital, ausente de mujer que le bajara el brío, crecía en él su imagen, toda ella completa, su voluptuosidad en llamas, su entrepierna olorosa a parlama, sus volcanes a punto de escurrir miel sabrosa, el recorrido de su cintura hasta las cuencas que se deslizan al vertedero de los dioses. Daba la primera vuelta para marcar su territorio, transpirar a cada paso el efluvio de su piel confundido con la grasa de las puertas, el vaho del viento, en esos callejones donde los machos mueren al deseo con el amor comprado. Ahí se reconoció animal.

Al pasar frente a ella le guiñó el ojo como buen provinciano. Se sentía galán de película. Con sólo verla era ya un conquistador. La llevaba desvestida entre ceja y ceja. Sólo faltaba que se acercara y cumplieran su cometido.

Ahí empezó esa historia con la morena de Tenayuca.

—Oí vos, chula, ¿cuánto querés por dejarte coger un rato? Ya verás que no te vas a arrepentir. Te enseñaré a sacudir las nalgas y ya no bajarás del cielo porque ahí te quedarás prendida.

—¡Prendida tu madre, provinciano de mierda! Cómo se ve que traes el huarache entre los pies. Aquí no te andes con rodeos. Dime si traes dinero y nos vamos; yo cobro cien, y a lo que vienes.

Éste, un tanto nervioso por la seguridad y altanería de la dama, sus-
trajo su único billete del bolsillo, cuyo valor era de cincuenta pesos, tan
arrugado como el temor de ese instante.

Ella tomó el billete sin reclamo y se perdieron en busca del camastro,
cuyo registro de muchas entregas marcaba círculos viscosos.

Al paso del tiempo se supo que la traía de un hilo, atolondrada por
completo, sometida a sus caprichos e intereses. Era ya un padrote de
doble espuela. La morena no sabía amar de otra manera, para ella nunca
existieron las ilusiones de la primera vez. Apenas una niña, probó hom-
bre a cambio de dos tiracates de pulque que dieron en pago a su padre.
Luego aprendió que ante el billete no hay pestilencia insoportable, ba-
rrias resbalosas, dientes azufrados y cuerpos desterrados del infierno
que no tengan valor, todo es cuestión de no sentir y de echárselos enci-
ma. Así, para ella, el amor era estar pegada a un buen falo, cosquilleos y
arrumacos por todas partes, olvidarse de la vida y sentirse querida sin
medir el tiempo. El hombre más querido era el que sabía hacerlo, sin
recato y siempre dispuesto a someterla. Todo un cojudo el Ildefonso, a
quien le cayó la hembra como anillo al dedo. Desde esa tarde no dejó de
frecuentar el barrio de La Merced, se le hizo costumbre. Ahí la Negra de
Tenayuca se encargó de enseñarle los oficios del regenteo, le presentó
a tiernas cabras que se derretían con sus encantos, y éste encontró la
manera de convertirse en un chulo codiciado.

18

Llegó en el último ómnibus de paso. En el reloj del palacio muni-
cipal sonaban las doce, todo él misterioso. Llevaba un saco claro
de corte inglés, camisa de cuadros y pantalón caqui, propio para
el calor, usual en sus visitas a la capital. Sus pasos ligeros se hacían rít-
micos en las calles empedradas del pueblo. Al llegar a la plaza de San
Sebastián se siguió de frente hasta llegar a la esquina, luego a la derecha
y luego hacia la izquierda. Nadie estaba despierto, el frío provocado por
el viento pregonero del verano le hizo levantarse la solapa; hasta los
alcohólicos sin destino dormían en las marquesinas reclinados a esas
puertas añejas, perdidos en el olvido. Antes de abrir la entrada princi-
pal del pequeño hotel, donde casi siempre era el único huésped, escu-
chó el bolero de Consuelo Velázquez:

*Bésame,
bésame mucho,
como si fuera esta noche la última vez.
Bésame,
bésame mucho...*

La señal de la pasión desesperada, pretexto para unir sus cuerpos y
entregarse como locos, como si no la hubiera visto por largas semanas,
donde la ausencia en horas marcaba en ellos eternidades. Levantó la mi-
rada hacia la acera de enfrente y vio encendida la lámpara de la recáma-
ra del fondo. La puerta del zaguán estaba entreabierta y no lo pensó un
minuto más. En un impulso mágico su piel cobró intensidad olvidándose
un instante de sus temores. Sigiloso, se introdujo a robar un poco del

jugo corpóreo de la mujer abandonada. La tornamesa repetía el mensaje confuso con el viento filtrado en una de las ventanas semiabiertas:

*Bésame, bésame muchooooo,
como si fuera esta noche la última vez.*

Estaba nervioso, poco comunicativo. Esa noche no charlaron. Al entrar a la recámara ella estaba ahí, desnuda, postrada, con las piernas abiertas, convertida en la fantasía deseada desde aquella noche en que le dijo al oído: “Te quiero ver abierta, como mi puta favorita. Dime que sí, sin palabras. Hazlo y me tendrás lamiendo tu cuerpo como un perro”. Sólo tuvo tiempo de quitarse la ropa y se lanzó desesperado a navegar en sus profundidades. Besaba los rincones de sus curvas sin decoro, absorbía sus pechos: todo un cojudo de humores y líquidos corpóreos, desesperado por llegar a la oquedad del encuentro. Poseía a la hembra desde la punta de los pies sin dejar espacio de aridez hasta llegar a la cúspide, ahí donde hasta el alma remolinea. Después, envueltos en los aromas de sus sexos, se sentían animales dichosos. Venía el reposo de las palabras para imaginar entre líneas la siguiente faena. Esa noche unieron sus cuerpos cuántas veces fue posible. Era como si Herbert buscara dónde esconder sus temores y preocupaciones. No quería sentirse como rata asustada, como criminal perseguido, por eso cogía para no pensar. Ella hacía de sus demonios ángeles de placer. Se sentía amada, libre como cierva, por fin conquistadora de un hombre que la hacía sentir mujer: su hombre, su todo. Sin límites se entregó hasta llegar el alba. Fue cuando se escuchó el cerrojo de la puerta. Era el esposo errante que llegaba a reposar sus delirios en un nido ausente de sus dominios. Antes de saltar por la ventana que daba hacia el traspatio, con ropa en mano y el calzoncillo a medio poner, la tomó de la cintura y con la voz entrecortada le dijo: “Si alguien pregunta por mí, díles que nos perdimos en el mar”.

Ella no entendió el mensaje.

*

A las seis de la mañana, hacía sus compras de rutina en el mercado del pueblo. Se sentía observada. Preguntaba precios y recibía respuestas a medias. Ya en las calles aledañas a la plaza central nadie contestaba sus saludos. Fue cuando sintió que algo malo pasaba y ella tenía que ver con ese enredo. Al llegar a su domicilio la desesperación la inundaba. Abrió el consultorio y se sentó a tejer como todos los días.

A medio día llegó el ayudante del autobús proveniente de la capital; entregaba los periódicos y el correo. En el consultorio, la esposa abnegada recibió el paquete sin fijarse, atareada y nerviosa como andaba. Ya en el interior del pequeño espacio de auscultación, tal fue su sorpresa: en la primera plana aparecía la fotografía del amigo más cercano de Herbert, José Luis Morazán. Su amor imposible, el padre del hijo fallido que le marcó la vida y que su padre supo aprovechar muy bien para obtener una curul en la cámara de diputados. El hijo del cacique más poderoso de la región, a doble plana, con un tiro en la frente, sujetado al cinturón del asiento del *jeep* casi destruido en el fondo de la barranca; pero la noticia ya estaba en boca del pueblo desde las primeras horas de la madrugada, por eso los pacientes de la espera, olvidados de sus dolencias, murmuraban a más no poder.

Bromelia no daba crédito. Se pasó el resto del día entre sollozos ocultos, asustada y preocupada por los acontecimientos. En el fondo quería ser la autora del disparo que le arrancara el odio acumulado por tantos años, esa mancha de la inocencia y la perversidad que marcó su vida ante los ojos y las voces del pueblo que no perdonan los escándalos del poder y los amores fallidos, acostumbrados como están a la supremacía del cacique. Pero no era así, la policía judicial del estado seguía varias líneas de investigación y todo parecía estar relacionado con líos de faldas o intereses económicos familiares del occiso.

La noche se le hizo eterna y se mantuvo despierta. Masticaba su rabia. En su cabeza daba vuelta la idea de venganza por acontecimientos pasados en los que ella podía estar involucrada directamente. Ya estaba enterada de la humillación que su padre había recibido cuando acudió a la casa del cacique a exigir su propia honra. De pronto, vinieron a su

mente las últimas palabras de Herbert antes de retirarse. Se llenó de miedo y coraje, pues éste era el mejor amigo de José Luis, y bien informada estaba de su ausencia.

Después del funeral, las investigaciones siguieron. Salieron a relucir las declaraciones de las personas que vieron al primogénito del cacique en sus últimas horas, y por vez primera se supo que al despedirse del bar salió acompañado de Herbert, el alemán.

Los siguientes días Bromelia recibió un citatorio de la agencia del ministerio público investigador. Herbert la había involucrado para salvarse de ir a la cárcel. La mujer no daba crédito al cinismo de tal personaje, quería desterrarlo de su vida. El secreto se hizo público en boca de su propio amante. Guardó el papel lejos del alcance de su esposo y su hija; se puso a llorar de vergüenza. Quería ser tragada por la tierra antes de enfrentar los rumores y comentarios.

En la fecha señalada acudió a la cita. Estaba hermosa, con su cabello plateado recién estilizado. Sus pantorrillas resaltaban con sus zapatos de aguja y su negro vestido entallado. Caminaba de frente, altiva. Muy adentro se tragaba su amarga desilusión. Al llegar a la agencia investigadora inmediatamente fue conducida al privado. Ahí, el abogado investigador le preguntó si conocía al hombre que tenía tras la reja. Bromelia levantó el rostro para encararlo, decirle lo poco hombre que era al revelar de ese modo el secreto compartido. Ella sabía muy bien dónde había estado esa noche, que los indicios de la investigación como presunto asesino de José Luis no se equivocaban; pero no pudo, le ganó su flaqueza de mujer apasionada. Pudo más la atracción que la razón.

—Sí —dijo con firmeza, y sus ojos se cristalizaron.

—¿De dónde lo conoce? —prosiguió el abogado.

—Es el administrador del hotel ubicado frente a mi domicilio.

—¿Sabe usted si ha estado en su negocio días antes del asesinato?

—No. No ha estado en su negocio, estuvimos perdidos en el mar.

Desde entonces Bromelia supo que compartía su vida con un asesino, pero su pasión era mayor, la obligaba a callar la verdad. Desde entonces el pueblo confirmó las sospechas: Bromelia y el alemán eran amantes.

19

Caminaba por la calle Jesús Carranza. Andaba a la caza de esa joven que la traía inquieto desde hacía ya varias semanas. Descubría en ella un no sé qué de su encanto: de cuerpo curvilíneo, rostro firme con ojos grandes, estatura regular..., intentaba conquistarla desde el primer día que cruzó los pórticos de La Soledad. No era una presa fácil. Se mostraba rejeja e inquieta. A leguas se veía que no era experta en los quehaceres de la carne. Esto lo motivaba aún más. Crecían sus ansias de conquistador. Se creía experimentado, sobre todo cuando se trataba de principiantes, inexpertas pichonas deseosas y temerosas; eso sí, tímidas y recelosas. Insistía como un macho cabrío. En el silencio de la noche alguien lo esperaba traspuesto en los dinteles de las puertas oscuras. Colérico y dispuesto a todo. Corpulento, cubierto por un abrigo y sombrero jipijapa. Con sobrada paciencia esperó toda la tarde. Entre cigarrillos y breves caminatas maquinaba el momento preciso. Traía la mirada fija y esa idea clavada por un rayo de rabia, ahí donde se pierde el principio de humanidad y salen a relucir los instintos salvaje del asfalto para defender el espacio conquistado, entre fierros punzantes, una treinta y ocho especial y una cuadrilla dispuesta a jugarse el todo por el todo, porque es el único reducto de poder para los ciudadanos nacidos en barrio bravo, sobre todo si se trataba de defender a la mujer deseada, a esa que ya tenía la señal de pertenencia sin más condición que nacer en un territorio, entre esquinas y faroles donde sólo existía un lenguaje: el lenguaje del chulo que llegó primero.

Caminaba desapercibido como aquellas mañanas frías en San Juan de los Llanos. Ya se sentía dueño de los pórticos, del perfume que transpiraban las mujeres con el borde de las pantaletas entrevistas. Pero él

sólo tenía ojos esa noche para conquistar a esa tierna hembra, casi una niña, esa que lo traía de un ala. No tenía tiempo para pensar en malos momentos.

Repentinamente —en ese lugar lúgubre de angostas entradas, laberintos siniestros de paredes despostilladas, olores diversos y trashumantes— alguien lo tomó por el antebrazo izquierdo y sin darle tiempo de defenderse lo condujo de manera estrujante hacia la entrada de la vecindad más cercana. Cinco personajes del barrio bravo lo esperaban dispuestos a darle en su madre. Se había metido en el territorio del Ganso, reconocido amo y señor de las prostitutas de la zona, y eso alteraba el código de los padrotes ciudadanos.

—Ahora sí te cargó la verga, pinche bato de mierda. Vamos a ver si te sobran güevos como presumes —lo injuriaba el Ganso a tiempo que le aplicaba con sus brazos fuertes de hombre corpulento la llave que lo dejaba casi sin respirar y no le permitía el menor movimiento posible.

Ahí estaban el Caritas, el Güilo, el Chemo, el Zarco y el Puntiaquedo, quienes desde hacía años tenían como jefe al Ganso, ex presidiario múltiple que hacía de sus estancias en las cárceles de la ciudad el negocio más fructífero y sus vacaciones privilegiadas, protegido por las autoridades de seguridad pública, corruptos desde entonces; cada uno de ellos con un pasado delictivo de gran renombre, ocultos en la impunidad del poder, pero la cárcel nunca ha dejado de ser cárcel.

—Con que muy machito el pitudo, ¿eh? Vas a saber lo que es provocar mi rabia ¡De aquí no sales entero! Picadillo te enviaré a los basureros de Santa Martha.

Fue cuando sus agresores empezaron a propinarle patadas a matar sin darle el menor tiempo para defenderse. En pocos segundos brotaba sangre de todas partes de su cuerpo hasta dejar empapados los guñapos de ropa que aún le quedaban. De su rostro sólo se escuchaban respiraciones profundas.

—¡Pícalo ya! No esperes a que llegue la chota y te adelanten tus vacaciones...

Cuando el Ganso y sus secuaces estaban a punto de echárselo, como suerte de magia se apareció la Negra de Tenayuca, quien en un impulso de fiera se lanzó a la bola.

—¡Déjalo, Ganso, con él no te metas o te refundo, desgraciado! ¡No te pases de verga o conocerás a esta puta de doble espuela, hijo de perra! Sabes quién es esta negra, de lo que soy capaz, de eso y más. Ya sabrás si quieres probar mi rabia y mi desprecio para siempre. ¡Basta una llamada al jefe policiaco y te refundo en Lecumberri hasta que te pudras! ¡Quieres saber quién es la Negra de Tenayuca?

— ¡Tú no te metas o te rompo tu madre para que acompañes a este puto!

—¡A mí no me rebases, padrote de mierda! Sabes muy bien quién soy. ¡Acuérdate quién te hace la valona para que te andes pavoneando, pendejo!

Y de un fuerte impulso jaló a Ildefonso hacia ella.

El Ganso trató de lanzarse con toda su furia, pero ésta, altanera, le hizo frente con los ojos abiertos dispuesta a todo.

Fue cuando el Puntiaquedo, ya acobardado, intervino para conciliar los ánimos:

—Sí, jefe, la Negra tiene razón. Mejor lo dejemos así, para qué meterse en líos si el terreno está firme.

Todo él se sacudía de impotencia ante la llegada imprevista de la hembra. Sabía que no podía cumplir su cometido. Ellas son bravas y no se andan por las ramas si se trata de cumplir la palabra. Conocía muy bien ese lenguaje, más si se trataba de la Negra de Tenayuca quien se colaba muy bien en las alturas. Ella siempre tenía un plan para manejar sus negocios, para tener de cerca desde los últimos a los primeros mandos: controlaba a los guachos de quinta arrimándoles a las luciérnagas a punto de apagarse; a los bravucones con un poco de hoja y unas nalgas bien plantadas; a los grandes mandos con su oficio de soplona y uno que otro mayate para que de cuando en cuando les bajaran lo machín, o una vestida para que sintieran el placer de sentirse casi hombre, casi mujer. Ella siempre tenía una solución para todos los enredos de la calle. Eso le daba privilegios.

—Está bien, Negra —dijo el Ganso—. Llévate, pero a cambio te comprometes a que este pendejete no se volverá a meter en mi territorio.

Así fue como Ildefonso escapó de perder la vida. Nunca más volvió a meterse en territorios ajenos. A partir de ese acontecimiento perfi-

ló sus caminatas hacia otros lares: la Zona Rosa, Paseo de la Reforma, Sanborns Insurgentes y uno que otro espacio nocturno, idóneo para conquistar señoras de la alta sociedad capitalina que acudían a buscar aventuras con jovencitos guapos y necesitados de lo más elemental: el dinero, lo que a ellas les sobraba; único recurso de consolación ante el abandono de sus esposos, casi siempre miembros de esa clase política pujante en el poder, en el esplendor del dominio, formada por generales posrevolucionarios, abogados, tinterillos de doble capote, médicos, ingenieros, maestros rurales encumbrados de la noche a la mañana; es decir, las profesiones liberales que en manos de tan “ilustres” personajes llevarían al desarrollo estabilizador a la nación mexicana, con sus corruptelas y todo tipo de pillajes para dejarnos como nos han dejado después de setenta años. Así, estas mujeres buscaban dónde entretenerse para saciar sus placeres reprimidos, mientras ellos, perdidos en el poder, estaban en la misma sintonía con la música que tarareaba el jefe en turno de la nación.

Ildefonso aprovechó muy bien esa oportunidad y le sacó raja. En poco tiempo se convirtió en el predilecto de todas, sin importar la edad de éstas, la ligereza de aquéllas o la cultura y exquisitez de las otras. Sólo quería de ellas dinero, prestigio y placer en abundancia. Así, aprendió de las buenas costumbres, de los buenos gustos, del bien hablar, buenos modales... Sus estudios de medicina avanzaban respaldados por galeños prominentes. En poco tiempo se hizo conocedor de los sistemas y sus órganos propios, aparatos y todas las partes componentes del cuerpo humano. Del joven repartidor de carne, con su carreta maltrecha en las mañanas frías del pueblo, sólo quedaba en el fondo de su mirada el espejo refulgente y el recuerdo de Bromelia.

Las visitas al caserón de Puente de Alvarado se hicieron frecuentes. El Saraguato empezó a sospechar. Distanció sus favores, intrigado por el aprecio insistente del doctor Figueroa hacia Ildefonso. Éste, por su parte, no tenía la más remota idea de lo que pasaba. Cada día se le restringían los beneficios en la casa del estudiante. Las negativas eran más frecuentes, necesarias para cambiar de rumbo y destino. Así lo decidió, pero antes era necesario aclarar las razones de las indiferencias del líder de la chiapanecada. Éste al principio rehusó una explicación de su proceder. A medida que avanzaba la ríspida charla, dejó entrever que sentía envidia de éste, por la facilidad que tenía para hacerse apreciar por personajes de la clase política. Su físico y su franqueza de carácter le abrían camino. Se sentía desplazado por su audacia, su capacidad para adaptarse, por sus conquistas e ingresos económicos.

Tenía todo para colarse en los primeros cuadros de la clase revolucionaria y esto inquietaba al Saraguato, quien aparte de ser un extraordinario estratega y gran conversador no toleraba que alguien rebasara voluntaria o involuntariamente sus planes. Era de esos aprendices de la política mexicana nacidos a la sombra del príncipe y de las triquiñuelas de los gobiernos “civiles”. Comprendía cada frase maquiavélica y no veía otro fin del quehacer político más que convertirse en el futuro virrey de su entidad al costo que fuera. La amistad que había cultivado con el doctor Figueroa llevaba muchos años. La regaba a diario como la planta más preciada. Siempre estaba dispuesto a sus favores; en fin, terminaban siendo recíprocos. Controlaba a los estudiantes del sur siempre con la claridad de servirle al jefe mayor, y ahora, en ese juego de la ruleta de cada seis años, se acercaba cada vez más su oportunidad. El jefe mayor permanecía oculto, casi en el anonimato en un consultorio

médico asistencial, y eso era razón de sobra para medir su tiempo. Estaba en la jugada grande. En la sombra de los elegidos. Él no sólo se había portado asequible a sus gustos y placeres: era además su interlocutor favorito. Le leía el pensamiento. Diseñador de estrategias. Golpeador a carta cabal. Pitoniso de su tiempo y de sus preferencias. Era, en realidad, el joven mago de la cábala exacta, pero en poco tiempo su grandeza se veía disminuida, empequeñecida por el provinciano que llegó después con su carga de ignorancia en las lides de la polaca. Ildefonso era todo un provinciano ingenuo sin nada que decir y aportar a los supuestos temas de interés del médico; pero, eso sí, con un no sé qué, de no sé dónde, que aturdiría por completo a Figueroa.

Así, empezó a cobrar suerte y fama a poco tiempo de haber llegado a la urbe de los espejos. La capital le sonreía. A partir de esos primeros sucesos un tanto incómodos todo le resultó exitoso. Sin más apuros y escasez, esa singular relación tejida entre el joven y Figueroa lo llevó a relacionarse con altos personajes de la vida política del país, a quienes no en pocas ocasiones atendió con esmero en el claroscuro de sus vidas.

Teófilo Figueroa se encandiló con el joven universitario desde la primera vez que lo vio. Después de atenderle la gonorrea, en ausencia de sus colegas que descansaban uno de tantos días de asueto, lo siguió tratando para evitar futuras secuelas. Estaba impresionado con su audacia natural, su elegancia ausente de timidez, su facilidad para aprender las reglas de convivencia y el lenguaje de la política. Era todo un roble, discreto pero imponente. Hasta que un día Ildefonso descubrió las intenciones del galeno, el placer que le provocaba auscultar sus formas y distancias. Sacó valor y le cantó las cosas como eran: "A ver, doctorcito, ¿le gusta? Dígamelo y no se ande con tantos rodeos". Para Figueroa fue como si le abrieran el cielo y el infierno. Se lo llevó a vivir a su apartamento de la colonia Condesa, en el *glamour* de actores de cine, artistas de la plástica, músicos, escritores y poetas. Lo convirtió en el varón más deseado de las esposas de altos funcionarios y algo más. Estaba decidido a no ser sólo su benefactor, sino a convertirlo en su Ganímedes para que habitara con él en el Olimpo.

21

Bromelia no daba crédito a la personalidad oculta de Herbert. Tenía de amante a un psicópata celotípico, pero con celos, al fin, bien disimulados.

Él no hizo otra cosa al llegar al hotel del callejón empedrado: acomodó el acetato y el volumen llegó a la casa de enfrente.

Al escuchar la música, la mujer iniciaba esa lucha entre la pasión y la rabia provocada por la mentira de la que era partícipe. Se sentía sucia y cómplice de un hombre extraño, trastocada en lo más íntimo. Consciente estaba desde ese día de la perversidad alcanzada, pero su deseo ya no tenía límites; por más que la razón señalara los laberintos de su desgracia, el vientre bajo se apoderaba de su ser y el furor nublabla su mente, la hacía presa fácil de la negación y la perversidad desbordante. Se sentía acosada a campo abierto, y entre el no y el sí había una grieta abismal de pasiones sin fronteras. Histérica, se desconocía, no sabía en qué terminaría el canto de Asmodeus. Su coraje crecía a tiempo que escuchaba en su imaginación el susurro al oído, sentía sus tildes escalar sus pezones, la fuerza bruta de la espada prohibida que penetraba sus cavernas hasta llegar al olvido del pasado.

La alcoba ya tenía nuevo dueño, de Ildefonso sólo quedaba la desgracia, principio y muerte de su propio destino. En ella, todo era confuso.

Cuando el fuego llegó, su cuerpo ya ardía. Éste no hizo otra cosa más que meterse a su escondite de ventanas abiertas. La tomó con la locura de quien se sabe descubierto. Ella trató de rechazarlo, pero en un impulso de ansiedad y sometimiento fue arrojada a la cama. La mano derecha del macho profanó sus vestiduras y la transformó en fiera a piel desnuda. Se incorporó a más no poder, lanzaba cuanto había a su paso para evitar ser sometida. Su intimidad se esparcía sin pudor alguno,

pero los vecinos hicieron caso omiso, acostumbrados estaban: la vena-
da había entrado en celo.

En pocos minutos hicieron de la casa del galeno escenario de bata-
lla carnal. Herbert trataba de detenerla. A tiempo se quitaba la ropa,
ahí donde exaltadas estaban sus tetillas, lubricado el glande a punto
de ampliar los túneles de la hembra. La sujetó entre sus brazos, pero
ésta ya había olvidado las tres dimensiones del tiempo entre mordiscos
y movimientos de manos. Luchaba entre la ira y el gozo, hasta exhalar
gemidos placenteros.

La ira en ella le decía que no, pero su vagina se soltó gustosa.

Desde esa noche no sólo eran cómplices del placer, sino que, entre
lecturas de novelas policiacas y una que otra jugada de ruleta rusa pa-
gada con el deseo otrora negado, planearon el homicidio del interposición
de sus vidas.

22

Reposaba en el centro de la habitación en la casa de Jesús Carran-
za número 13. La Coatlicue repetía su séptima reencarnación
en ese cuerpo voluptuoso para perpetuar su poder en la moder-
nidad posrevolucionaria. Ahí, a los olvidados del progreso les tocaba
jugarse la vida en un pedazo de banqueta o dos metros de calle donde
ofrecían a gritos novedosos enseres domésticos, prendas de vestir, el
sabor de las frutas de temporada, las fritangas del día, ropa gabacha,
el pájaro adivino, ¿dónde quedó la bolita?!, las hierbas para curar lo
imposible, la pomada para las torceduras, mal de empacho, dolor de
vientre, paperas, reumatismo, migrañas, acomodo del producto para el
buen parir, esguinces testiculares y dolores de los ovarios. El agua de las
piedritas milagrosas traída desde el pocito de la Virgen de San Juan de
los Lagos; los huevos de parlama en la acera de los vendedores de yum-
bina, revistas tres x, aceites prodigiosos y gallitos para levantar asta en
las noches imposibles, hasta llegar con el vendedor de lencerías, quien
atraía a mujeres hermosas de todas las edades, entretenidas en estirar el
elástico de las prendas interiores, ilusionadas en reducir sus tallas por
arte de magia. ¡Pásele a la barata, marchanta! ¡Bara, bara, bara...! ¿Qué
le damos? ¿Qué se va a llevar? Pásele, marchanta, aquí tenemos sus
pantaletas de media luna, sus bikinis ajustables y los novedosos hilos
dentales, esos que vuelven loco a su marido todas las tardes en el cine
Olimpia, el Teresa o en el Venus de calle República de Chile viendo a
las encueratrices hasta por doble función. Deténgalo en casa, no lo ex-
ponga a los manoseos en su búsqueda desesperada, durante las tardes-
noches métralo a la cama y siéntase Isela Vega a punto de caramelo.

En otros escenarios se aligeraba el robo de carteras, así como el oficio
más antiguo de la tierra y el vendedor de libros enmohecidos, ahí donde

los imaginarios poéticos hacen detenerse horas y horas entre páginas arrugadas en esa eterna esperanza de formar seres humanos pensantes.

Pero ella, innegable descendiente mexicana, llevaba en su rostro de jade el autoritarismo callejero, su brazo de matriarca siempre dispuesto a imponerse ante la fragilidad de los guerreros urbanos, sometidos como mansos corderos a sus faldas de mujer cabrona y amachada, controladora de la vida y de la muerte, ahí donde todo era posible menos insubordinarse a la jefa.

A lo lejos se observaba el cuarto de reposo. Ahí se encontraba postrada con las piernas hinchadas por el sobrepeso, custodiada por dos fornidos ambulantes cargados de abanicar sus lonjas. A su lado, en pequeñas mesas de pino, succulentos platos de barro con barbacoa, chicharrones, carnes asadas, longanizas y chorizos, naranjas en gajos con chile piquín y sus jícamas con limón. Ella masticaba permanentemente.

Esa mujer joven de cabellos oxigenados le frotaba sus pies con ungüentos aromáticos. Tenía atrás de su cabecera un esqueleto de la santa muerte con rosario en mano que rozaba su frente; luego, a la derecha, rodeada de cirios y veladoras, la imagen de san Judas Tadeo con muchas monedas a sus pies y un cesto donde se depositaban sobres que contenían peticiones del día. Alguien dijo, antes de entrar al santuario de la líder:

—Por las noches, cuando se retiran a su casa de la colonia Morelos, se los llevan consigo para que la hija, que sabe leer y escribir, revise el contenido y así se pueda enterar de las intenciones y necesidades de su gente, todo un ritual que se anota en la libreta del tiempo. Así, sabe y controla. No hay mejor ventana para airear los secretos del corazón que las peticiones realizadas con fe; se alivian las culpas, los temores, y se desecha a los traidores. Los primeros días del mes de diciembre se saca el inventario de mensajerías divinas, revisan las solicitudes y sancionan con limosnas a cada uno de los comerciantes malintencionados; limosnas llevadas en ofrenda al Tepeyac. Así se cumplen las mandas y se limpian los pecados del cielo; los de la tierra, ella se encarga de sancionarlos a su manera.

*

Me acerqué a la puerta central y quise introducirme. Inmediatamente fui detenido por sus guaruras que salían de no sé dónde. “¿Qué pasó,

carnal? ¿Qué pitos tocas? Aquí no puedes entrar, así como así”. “Soy escritor, quiero entrevistar a la señora”. “Qué igualado, te crees el muy muy. Aquí hasta Zabłudovsky, el macizo de *24 Horas* de la tv, necesita sacar audiencia, y eso que es oriundo del barrio de La Merced, bien querido por los comerciantes de la zona. No, vete a la goma, qué entrevista ni qué ocho cuartos”.

“¿Qué pasa ahí?! A ver, dejen pasar a ese curioso, vamos a saber qué pedos se le atorán”. Era la voz pastosa y altanera de la mujer postrada en la cama del centro. Pero antes me revisaron hasta la hendidura de la braguita para saber si era gente bien intencionada.

Se incorporó con la mirada de frente, su gesto tosco, ausente de cordialidad. Alguien, sin pronunciar palabra alguna, acomodó en su regazo un recipiente de barro negro oaxaqueño, cuyo contenido eran semillas de colores intensos. Inmediatamente empezó a frotarlas. Provocaba un sonido quebradizo y arenoso, cuyas ondas se prolongaban en toda la habitación (sonaja de los dioses, caída de agua, triturar de hojas secas, pasos firmes en un bosque de otoño). Ordenó que me acercaran una silla al lado de su cama, donde reposaba las horas de su cansancio y de su gula interminable, tendida con edredón de rojo terciopelo. Apenas me senté, arrojó las semillas a mis pies. “Sin más preámbulo: dígame para qué soy buena”. En segundos se transformó, gentil y amable; su rostro expresaba una sonrisa afectiva. “Soy...”.

“¡Shiss! —interrumpió—. Ahórrese la presentación, ya mis semillas lo han hecho por usted. Quiere platicar con esta vieja achacosa, lúcida, abusada y lépera, como ve. Lo que está alrededor dice más de mí. Yo soy de pocas pulgas. No me gustan los discursos, encierran muchos vacíos, muchas mentiras. Atarantan a la gente menuda como yo y sólo sirven para idiotizar más a los pendejos. Las palabras son para los políticos, ellos sí que saben mentir. Son como magos: viven de la ilusión ajena. Así como me ve, llevo cincuenta años vendiendo en las calles. Empecé cuando era una niña de nueve años, vendía peines y diademas en la esquina de La Soledad. Ahí convivía con las putas de la cuadra. Les hacía sus mandados. Les compraba los chicles, el alcohol, los algodones, el agua de esencia de romero con gotas de yodo para las lavativas después de echar pata. Siempre estaba atenta para escuchar sus gri-

tos desde los cuartos de los hoteles de paso. Salía corriendo a buscar a sus chulos para que acudieran a rescatarlas de uno que otro maniático trastornado. Cuántos sucesos me tocó presenciar: el asesinato de Lolita, atravesada con el pasador de la puerta desde la panocha hasta el cuello; a las jóvenes inexpertas que les tronaban el chiquito; más de un aprovechado que se negaba a pagar; dos que estuvieron a punto de ser estranguladas en el momento de la venida, otras que se negaban a coger con sífilíticos o las golpeaban los borrachos. Después me aparté del bajo mundo y me vine a vender a Jesús Carranza, desde entonces estoy aquí. Ya eché raíces. Aquí han pasado más de diez presidentes, regentes de la ciudad, diputados, senadores y uno que otro busca hueso, quienes han acudido a mis favores para mantener el orden del centro histórico y así seguir gobernando. Aquí tienen mapaches, golpeadores, matraqueros, aplaudidores y gente para todo. Somos la reserva oscura del poder, pero siempre nos dan miseria, será porque somos miseria. Bueno, esa es nuestra circunstancia. Hasta ahí podemos. Eso sí, decimos las cosas como son, no nos andamos con medias tintas, le llamamos *al pan, pan y al vino, vino*. No somos ni más ni menos tracaleros que los poderosos. Creo que ellos mucho más que nosotros. La diferencia es que los vendedores ambulantes somos los jodidos. Negociamos directamente y nos interesa el comercio, el control del ambulante del primer cuadro. Lo demás que se lo repartan ellos, en fin, hay para todos”.

Se incorporó y fuimos caminando sobre el antiguo canal de Roldán hasta su puesto de Corregidora. Ahí vendía vestidos de Niño Dios. Me inquietó darme cuenta que todos portaban uniformes deportivos de la selección mexicana, con los colores de la bandera nacional y el logo del único partido político. Descubrí que todas las imágenes del Niño de Belén tenían en el borde izquierdo del pantaloncillo corto, casi oculta, una gasa color morado. Inmediatamente pregunté su significado. La mujer se reía a carcajadas (dejaba entrever sus dientes plateados), y me respondió: “¡Ah, qué joven reportero, escritor, o qué chingados es! ¿En verdad es usted reportero o me cree pendeja para contestar a su pregunta?”, y se alejó con su risa sórdida cargada de respuestas.

El día del mitin estaba ahí con todos sus comerciantes. Traían pancartas de fondo morado. Gritaban proclamas y vítores al futuro presidente.

Fue cuando descifré una de las razones del secreto pactado que le permitía mantener el control de las calles de la Ciudad de los Palacios, insinuado para que el candidato no olvidara que el secreto más simple puede llevar a la cúspide o a la caída vertiginosa en boca de un pueblo conservador.

*

El oráculo en la risa sarcástica de la milenaria Coatlicue alcanzaba el conjuro de los tiempos venideros. Ahí, en la pequeña gasa, casi invisible, portada en el uniforme del deportista de Belén, entre significados ocultos estaba el destino incierto de quienes alegraron el olimpo del presidenciable, desaparecidos por arte de magia para dar paso a la honorabilidad y al decoro de una historia sin mancha, de reconocida moral, liberal por conveniencia y cristiano por discreción. Pero la astuta vieja sabía que no era así; bastó un color, una señal de los tiempos modernos para decirle al futuro todopoderoso de la patria que el secreto estaba en su corazón como un relámpago escondido. Era su fuerza y su poder de mujer de la calle acostumbrada a los golpes bajos, al encuentro y desencuentro con los hijos de la malaria posrevolucionaria.

La risa plateada de la mujer eternidad también era el destierro del Olimpo del último Ganímedes antes de que Zeus ocupara el palacio federal, el derrumbe de la ilusión prestada a un joven de provincia que no supo desatarse a tiempo y cayó en el abismo del inframundo. Era

también la huella que marcó la vida de Bromelia hasta perderse en el mar de la lujuria por herencia y derecho propio, hasta que, tomada de la mano del marido ausente, terminaron en el reino del Mictlán, de la traición, las sombras y la tristeza de la desolación que mata: etílica existencia sin retorno.

24

Esa tarde se perfiló el futuro de Teófilo Figueroa. La moneda estaba en el aire, lanzada ni más ni menos que por la mano del soberano, el único con las facultades para decidir si elevar a las alturas o enterrar de por vida a cualquier personaje del escenario político. Era el jefe supremo de la nación, su última palabra nadie la discutía: ni el Congreso de la Unión, ni la Suprema Corte de Justicia, ni el arzobispo, ni Juan de las Pitahayas, mucho menos la prensa amordazada.

A una hora de dar inicio la convención en el Teatro Ferrocarrilero, se hacían presentes los gobernadores de los veintinueve estados, de los dos territorios y el regente de la Ciudad de México, así como toda la plana mayor del partido único, diputados y senadores.

Tres días antes, Teófilo fue requerido en el despacho presidencial de Palacio Nacional. La misiva decía “urgente”.

Llegó puntual a la cita, nervioso por no tener certeza de los rumores vertidos en reducidos círculos de información privilegiada; por no estar en las primeras planas de los principales diarios; por no tener seguridad en el asunto a tratar, pues su amigo el presidente tenía ya seis años de no recibirlo. Durante los últimos meses del primer año de su mandato andaba como loco itinerante por toda la provincia, con la esperanza de cruzarse con él y recibir al menos un gesto de su amistad, un apretón de manos o un guiño desde las alturas para saber que todavía estaba en su ánimo. Pero nada, sólo veía de frente, esquivaba el encuentro y los guaruras, cual perros adiestrados, no permitían que se acercara a su paso. Desde entonces sintió la frialdad de mente y corazón, a no ser por las tarjetas que éste le enviaba de puño y letra en las primeras horas del día de su onomástico.

Eran ya casi seis años en el servicio médico del partido, ahí, en esos consultorios purulentos, atestados de las dolencias de los obreros, apunhalados consuetudinarios en el robo, oficio a complacencia de las autoridades capitalinas, así como comerciantes ambulantes enfrentados a golpes por ganar las aceras de las principales calles. Poco podía imaginar ante los ojos de quienes aspiraban a alcanzar la silla presidencial, sintiéndose soñados en el trono del elegido. Pero conocía los signos del monarca. Sus breves y precisos mensajes. La hora atendida. El silencio oportuno. Los baños de pueblo y su lejanía estratégica. En el fondo de sí albergaba una esperanza: después de haber ocupado una curul en la cámara de diputados junto al hoy jefe de la nación, seguro estaba de haber establecido intereses comunes desde la comisión de salud.

La noche anterior de la visita a Palacio Nacional, sentados en el pequeño despacho del lujoso apartamento de Polanco, discutían ampliamente los posibles temas de la entrevista. Ildelfonso lo sentía predisposto a los tiempos políticos. Construían posibles proyectos. Había momentos en que se perdía en sus ideas, en sus temores. Pero el sigilo del galeno era tal que no daba pauta a las interrogaciones sobre el tema de interés. Se leía en su semblante cuán dispuesto estaba al futuro, a jugarse la vida si era necesario. Sin límites. Lo importante era acceder al primer escenario. Pero todo cabía en las especulaciones del joven estudiante de medicina.

Esa noche Teófilo, de una vez por todas, se dio por enterado de las ambiciones desmedidas de su protegido. No hurgó demasiado para conocer sus intenciones. Sabía que llegaría muy lejos. Estaba hecho para lograr sus objetivos al costo que fuera, pero algo imposibilitaba la realización de su proyecto de vida: su falta de objetivos claros y haber aparecido en tiempos de destierro, cuando las aves de rapiña persiguen su presa y mueren de fatiga antes de atraparla. Entonces supo que la relación entre ambos caminaba en el filo de la navaja. El joven se quedó dormido. Teófilo lo observó largo rato, confundido en sus decisiones.

A primeras horas del día de la cita, el médico se encontraba en la puerta del despacho del secretario de Asuntos de la Presidencia, el licenciado Liévano Zamora, hombre de carácter recio, diplomático a

conveniencia, atento como buen cortesano y despótico con los otros que trataban de acercarse a recibir la dádiva del supremo.

—¡Doctor Figueroa! —le dijo dándole un abrazo cordial, inesperado, diferente de las ocasiones en que enviaba a un tercero a comunicarle que no sería recibido. Su afecto era rebotante, casi empalagoso—. Señor. Afortunado soy de estar en su presencia, cuánto tiempo de no verlo por aquí. Pásele, el jefe está por hacer su arribo en el patio central y enseguida subirá a su despacho. Permítame acompañarlo al salón de los presidentes, ahí esperará nuevas indicaciones.

Habían transcurrido cuatro horas, se sentía agobiado por la incertidumbre. Con la mirada recorría cada rostro de la historia oficial de este país y saltaban en su cabeza más interrogantes. Decidió, por un instante, hacer un vacío en su interior; si seguían las preguntas, terminaría por llegar a la locura antes de la entrevista.

Después de esperar hasta el fastidio, en un instante imprevisto se abrió la puerta que daba hacia el despacho y apareció él. Sí, él, su compañero de cámara años atrás, el de las parrandas secretas de quien no se podía decir nada, interrogar nada y a quien sólo se reverenciaba: “Sí, señor, lo que usted diga, como usted quiera y cuando quiera”.

Se dirigió a él, lo tomó del brazo izquierdo y caminaron por los pasillos interiores en un silencio absoluto. Lo llevó hasta el mapa sobre relieve de la república que se encuentra en el muro posterior al salón de los embajadores; en un gesto sorpresivo estiró sus largas manos haciendo un movimiento del centro hacia las penínsulas, y le dijo:

—Amigo Figueroa, ¿verdad que es hermosa nuestra patria?

—Sí, señor presidente —contestó.

—*Cuidala mucho*—le dijo, y sin decir otra palabra se retiró de nuevo al despacho presidencial.

Ahí, supo Teófilo que su destino era irrevocable.



Ilustración elaborada por Isabel Ordoñez Ocaña,
estudiante de la Facultad de Artes de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

Las voces levantaban sus proclamas a más no poder, los banderines tricolores se agitaban al compás del viento. En los postes de luz y los balcones centrales se reprodujo en cuestión de horas el rostro de Teófilo rejuvenecido, en plena edad de merecer todo elogio, transformado en ritual en boca del pueblo, con veinte codos menos del árbol de su vida. Transformación perfecta y bien actuada. Imagen de un nuevo dios sexenal. Prototipo del mexicano. Ejemplo de hombría y de unidad nacional.

Un grupo de mujeres suspendieron el tendido de sábanas. Con los ojos perplejos observaron desde la azotea al elegido. Se llenaban de emoción con sólo ver su sonrisa. No había duda, su adorable presencia lo ubicaba en el universo imaginario de los ídolos supremos, desde Huitzilopochtli, Coyolxauhqui, Tláloc, Coatlicue, Tonantzin, hasta Juárez, Cárdenas, Zapata, Pedro Infante... Era el nuevo santo y había que idolatrarlo. Ellas se sentían tocadas por la imagen flotante, suspiraban por tener un hombre así en sus sueños idílicos, y además futuro presidente. El mero mero, como lo nombraban, ahí donde la democracia sólo era un referente para legitimar, aquí en la tierra, los “designios de las divinidades”, según sus creencias perversamente inducidas.

Presentía la pronta separación. Ya todo empezaba a moverse alrededor del médico (días antes casi olvidado en el cruce de Insurgentes, ahí en los consultorios de Puente de Alvarado). El desfile de lambiscones de tercera clase se dejó ver desde las primeras horas de la madrugada, otros se asomaban para informarse dónde sería el besamanos. Los reporteros y fotógrafos estaban instalados en las entradas del viejo caserón para registrar el mínimo detalle y tomar sus placas. Él ya no estaba ahí. Se lo había tragado la tierra para resucitar en las alturas. El joven pasante de medicina se diluía de su mirada. Ocupado estaba en la única razón de su existencia: la silla presidencial que, sin duda alguna, en pocos meses le pertenecería en absoluto dominio. Él había dejado de ser su prioridad, si es que lo fue alguna vez. A pocas horas del cambio de rumbo del ya trazado destino de Figueroa, sabía que nada sería igual, estaba cerca de ser relegado de sus funciones y otro pájaro, quizá muchos pájaros, vendría a picar la fruta elegida. La prensa ya anunciaba la lista de sus posibles colaboradores; de confirmarse la noticia rumorada a voces, ahí aparecía el nombre del Saraguat.

Tomaban el café en la sala que daba hacia el balcón; el frío de las primeras horas de la noche se filtraba por las persianas, pero el aroma boscoso de resinas que brotaba de las rugosas cortezas era confortable. En sus ojos no ocultaban el deseo, dispuestos a unirse en el mar profundo y terminar ese instante como todas las cosas finitas. Dejarían de ser ansiedad. Después vendría el desierto para uno de ellos, el olvido o la muerte. Ildefonso sintió por primera vez que algo se movía dentro de sí, eso que podía ser miedo, el viento de la nostalgia, presagio de lo que estaba por llegar...

Se citaron a las 18:40, en ese edificio marcado con el número trece de la acera izquierda del parque México; ahí donde se había instalado ex-profeso la estancia de descanso del presidencial. Se encontraban en el segundo piso, casi a ras de las copas de oyameles y abedules, donde la privacidad se observaba hasta en el más mínimo detalle. Donde nadie accedía, salvo en atención a las necesidades de su señoría.

Estaban en el lugar exacto para el último momento. Zeus había preparado el escenario preciso para adornar de lisonjas el lóbulo izquierdo de Gánimedes, su preferido en los aciagos días cuando la mano del supremo parecía estar más lejos que nunca. Vio su cuerpo tan escultural como la primera vez, de formas precisas: prolongadas extremidades, músculos perfectos, tórax amplio. Sabía que no fue necesario raptarlo como al joven de la mitología, llegó solo como las buenas cosas, las que siempre llegan cuando menos se esperan. Nunca lo quiso para que volara debajo de sus alas de águila, siempre le gustaba montado y prendido en el fin del universo. No era dócil, casi una niña en remembranza del mozuelo; más bien era un toro de lidia, mancebo apto para formar familia, sin el menor resquicio de elección equívoca. Lo abrazó con fuerza, ansioso. Sin dar tiempo a los preámbulos unieron sus bocas y se fueron a recorrer las constelaciones.

A pesar de sus temores, Ildefonso creía tener en sus manos un futuro promisorio. No tenía la menor duda, era pieza importante en la vida y decisiones de Figueroa, quien esa noche se entregaba a plenitud, y él se empezaba a sentir secretario de estado. Sin embargo, después de la faena, de nuevo le saltaban las dudas; a pesar de su inexperiencia en los lenguajes políticos, sabía que era un viejo posrevolucionario: mañoso, un hueso duro de roer.

Ya vueltos al escenario de las apariencias, platicaron de asuntos ordinarios como aquellos primeros encuentros; la diferencia estribaba en el remanso de Eros, donde los temores se neutralizaban y estaban cerca de la nada. Figueroa alcanzó con la mano izquierda su poemario favorito y con precisión de quien conoce los versos ahí escritos, abrió la página cuarenta y siete y leyó en voz alta:

La creación es un templo donde vivos pilares
dejan surgir a veces unas voces oscuras;
allí los hombres pasan a través de espesuras
de símbolos que observan con ojos familiares.

Como confusos ecos que a lo lejos se ahogan
en una tenebrosa y profunda unidad,
vasta como la noche, como la claridad,
perfumes y colores y sonidos dialogan.

Y así hay perfumes frescos como recién nacidos,
verdes como los prados, dulces como el oboe,
y hay otros triunfadores, densos y corrompidos,

todos de una expansión infinita movidos,
como el almizcle, el ámbar, el incienso, el aloe,
que cantan los transportes del alma y los sentidos.⁴

Al terminar de leer el poema cerró el libro, se incorporó y tomó del brazo a Ildefonso. Éste se puso de pie y los dos caminaron hacia la puerta de salida. Antes de despedirse lo abrazó profundamente, casi como un padre amoroso que despide al hijo que pronto dejará de ver. Luego movió la perilla, pero antes de que Ildefonso abandonara la estancia, le dijo:

—Recuerda, mañana viajarás a la constelación de Acuario.

Se rieron a carcajadas y se dieron el apretón de manos, como de costumbre

⁴Charles Baudelaire, "Correspondencias". *Las flores del mal*. Traducción de Raúl Gustavo Aguirre.

Esa mañana, Ildefonso sentía el desinterés de lo que empieza a olvidarse y supo que había un antes y un después. Enseguida tomaron el ascensor para llegar al estacionamiento donde abordaron el auto que los llevaría a la esquina de Sadi Carnot y Puente de Alvarado, allí donde la separación era irrevocable para no encontrarse jamás. Al despedirse, Ildefonso sintió en el apretón de manos el sello de toda gratitud. Lo invadió la nostalgia y reconoció su ausencia definitiva. Ya eran seres ajenos el uno del otro. Sin decir nada, sin despertar la mínima sospecha, le llegó la ruptura de golpe, sin espera. Figueroa en ese instante ya era pura sonrisa, mirada firme y manos abiertas para saludar a los cortesanos del poder a brazo tendido. Lo otro ya no existía. Es más, nunca existió para él. Se trataba de las estrategias del sistema, de la destrucción de las fibras más internas del ser, de los deslices propios de un elegido. De hoy en adelante, si te vi, no te conozco. Hasta la hora del apretón de manos todo fue cordialidad y afecto.

Al bajar del auto, un grupo de guardias le cerró el paso obligándolo a subir al coche escolta y en cuestión de segundos lo sacaron del escenario del destape oficial, lejos de los aplausos, de la siempre jauría del mundo del poder terrenal.

Teófilo avanzó hacia el edificio de campaña marcado con el número siete de Sadi Carnot y no volvió desde ese día a mirar hacia atrás, abajo y hacia los lados, sólo de frente, con la nariz resaltada, el pecho erguido y pasos triunfales, nada que ver con su doble moral. Había que borrar todo rastro de error que provocara la crítica. Era necesario purificarlo, hacer de él un dechado de virtudes y para ello era necesario desaparecer lo que a los ojos de la sociedad moralista mexicana, machista, católica por apariencia y conveniencia, sería su peor defecto, el acabose, el final

de su destino como hombre y como elegido para dirigir el país. Nadie debía saber tal secreto, sólo el despacho de seguridad nacional, donde existía un especialista que conocía la vida del personaje en turno, hasta el lunar que llevaba en la parte inferior de la nalga izquierda. Fue el mismo que desde una noche anterior se encargó personalmente de quemar el expediente oscuro en que aparecía la lista de sus amantes, dos o tres asesinatos de mujeres violadas y uno que otro muerto accidental. Por indicaciones presidenciales se elaboró otro ensalzando sus virtudes y méritos heroicos, así como un sinnúmero de reconocimientos académicos, sus buenas costumbres y los grados patrióticos que lo convertían en el único e inigualable para llevar al país a buen puerto. Desde esa noche se calcinó su pasado, renacía el hombre nuevo. Si se conocía su pasado sería el máximo desprestigio, le costaría la silla de Palacio Nacional, el derrumbe del partido, la caída del sistema y de la primera investidura nacional convertida desde tiempos atrás en la Sodoma más fantástica del planeta.

El auto era conducido a gran velocidad hacia la periferia de la ciudad. Se dirigían rumbo a la carretera federal de Texcoco que conecta con los estados de Tlaxcala y Puebla. Todo era silencio y miedo. Ildefonso, en cierta ocasión, escuchó las jugadas de los artífices del poder, pero hasta ese momento no encontraba motivo alguno para estar en tal circunstancia. La relación que había mantenido con el presidenciable era excelente. Teófilo era para él su todo, su protector, su consejero, y no había en su memoria referencia alguna de desacuerdo o razón de disgusto. La circunstancia era más que evidente, nada andaba bien, podía pasar lo peor. Sudaba el frío de la muerte anticipada. Le temblaban las manos y se decía para sí: "mi lugar debería estar cerca de Teófilo en su toma de protesta, no estar rodando en cuatro neumáticos hacia un fatídico destierro". Fue cuando le aplicaron un sedante y quedó dormido como manso cordero. Después de unas horas, la neblina de las Cumbres de Maltrata teñía el parabrisas. Se despertó ausente de todo, un poco más recuperado de la impresión. Pero esas terribles dudas de inmediato lo avistaron en su aprieto y su destino. Trataba de esclarecer el final de ese trágico día.

El conductor prendió la radio. Después de sintonizar la XEW, el locutor interrumpió las transmisiones normales para dar paso a la grabación del acto que daba inicio en el Teatro Ferrocarrilero. Eran las trece horas del día anunciado en el reducido círculo de los dinosaurios, esperado por la clase política, por los cortesanos nacionalistas, pero de ningún modo en el desenlace inesperado en la vida de Ildefonso. Antes de las arengas se escuchó el himno nacional. Después de un breve silencio, el maestro de ceremonia, con voz pausada, claridad perfecta y timbre engolado, presentó a cada uno de los integrantes del apeñuscado estrado de honor a quienes el público asistente, integrado por burócratas de los primeros y segundos niveles de las oficinas centrales del gobierno, aplaudían a cada nombre, según su santo e institucionalidad. Masa ardida de entusiasmo que abarrotaba el teatro y las calles aledañas. La lista de buscahuesos era enorme, casi interminable, pero era necesario hacer mención de todos, con lo que se demostraba una vez más la unidad nacional de la familia política alrededor del elegido.

Después del prolongado ritual de las presentaciones, se escuchó una voz arengadora, ajena a la conducción del evento, para invitar al líder de los trabajadores, pilar del sistema y eje del corporativismo obrero, a que dirigiera su mensaje a la concurrencia y a toda la nación.

El viejo ronco y de voz temblorosa se acercó al estrado (sin duda alguna, apoyado de sus esbirros, quienes perdidos de sí mismos, poseídos por una suerte de seres extraños, embrujados por el poder y el servilismo, hacían hasta lo imposible por resaltar la magnificencia y el control político concentrado en esta persona de rasgos toscos, voz disminuida, opaca, entrecortada, pero todo un gigante mitificado, con la capacidad de poner en jaque a los mismos poderes de la nación con un solo tosido de su garganta achacosa).

Ildefonso escuchaba la radio, lleno de temor y sorprendido de todos los méritos que vestían a la persona del candidato presidencial, méritos de los que nunca se enteró a pesar de compartir la almohada tan cerca, tan íntimos y ahora tan distantes.

— ¡Las fuerzas vivas de la nación, una vez consultada la base trabajadora de los numerosos sindicatos que integran la confederación de trabajadores mexicanos, hemos decidido, en una sola voz, apoyar

la candidatura a la presidencia de la república del compañero Teófilo Figueroa Ruvalcaba!

Se interrumpió el discurso con aplausos, matracas, repetidos vítores. Éste se puso de pie con la izquierda en alto y la derecha en el corazón; prolongándose la primera salutación de aplausos por más de seis minutos.

—Conocemos su espíritu patriótico y estamos seguros que es la persona que sabrá conducir por buenos derroteros los destinos del país... ¡Viva Teófilo Figueroa! ¡Viva la unidad revolucionaria!

Hasta la iglesia de Tlatelolco soltaba sus campanadas, y eso que era laicos y separados. Bien que cobijaban sus propios intereses en nombre de Dios.

*

Minutos antes de ser ungido como candidato a la presidencia de la república, la voz engolada del locutor oficial de RTC (Radio, Televisión y Cinematografía) presentaba a los radioescuchas a la honorable familia del primer hombre, quién, a partir de su destape, ocupaba el centro del escenario nacional. Eran los futuros residentes de Los Pinos, con tan distinguida dama, ejemplo de mujer mexicana, católica, hacendosa mujer hogareña, madre de siete hijos, destacada por su labor de asistencia a enfermos y niños huérfanos, integrante distinguida de clubes sociales y religiosos, benefactora de monjas, curas y desprotegidos, toda ella una mujer virtuosa. Atrás se extinguió el pasado, nube de fuego incandescente donde sólo la magia del elegido diluía las máscaras de una vida alegre transformada en beatitud de caridad plena, ante la complacencia de las miradas otrora inquisidoras de sus placeres. Hoy dama de la corte terrenal por obra y gracia del elegido, todo le pertenecía mientras durara el efímero poder presidencial de un liberal a la medida de los nuevos “librepensadores” de este suelo; aquí, donde las contradicciones se tejen muy bien en un mosaico de anticlericalismo y moralismo de altares en nombre de la sagrada familia, y cuando llega el plazo de retiro, si acaso tienen tiempo de verse a través de los espejos, se descubren desnudos, tan viles y solos como al principio; para entonces la nación

tiene nuevos ricos. Atrás las noches de juego y de embriaguez. Atrás la calle de Sullivan y Paseo de la Reforma..., su vida de madrota de muchas putas. Ahí donde su inteligencia de jugadas brillantes y la mano del ilustre elegido convertirían pronto en primera dama ni más ni menos que a la meretriz con más suerte de todas las meretrices decentes de este país.

Meses antes del destape, los altos mandos clausuraron la casa de citas. Luego la derribaron y en su lugar se construyó el parque jardín de la risa. Ese día apareció en los principales diarios, después de mucho tiempo de no salir en las páginas de espectáculos. Llegó con el rezo de laudes a la catedral metropolitana. Se sentó en la primera fila del altar de los reyes. Después inició solemne misa el cardenal Miramón Basurto. El jerarca de la iglesia se regocijaba en celebrar para tan digna mujer. Ella, transformada en dama de las mejores familias, era toda piedad y devoción sacramental. Así, Marcelina La Matahombres se convertía en Antonieta Salvatierra de Figueroa Ruvalcaba, ejemplo de mujer nacional.

El desafortunado aprendiz de político se enteraba por primera vez, en la transmisión de tan emotivo acto, de la existencia de siete hijos del presidenciable, seis varones de veintiocho a trece años y una mujercita que era la reina de sus ojos. No tenía la más remota idea de la existencia de tan prolífica familia. Sólo conocía a un médico de sexualidad pasiva y a esa mujer que, en otro tiempo, supo complacerlo dándole a sus mejores hembras a petición de su protector, quien siempre estaba pendiente de sus negocios.

Enseguida se volvieron a escuchar los aplausos de la turba enloquecida.

Segundos antes de la toma de protesta del candidato único, el chofer aceleró bruscamente, mientras que, a los lados del amante que temblaba de miedo, de un temor sin límites en la silla trasera del coche, sus compañeros custodios, silenciosos guardias durante todo el trayecto del viaje sin rumbo fijo, actuaron rápido con movimientos violentos y con gran destreza le cubrieron los ojos arrojándolo al piso del auto.

—Te llegó el día, mayate de mierda. No todo es dulzura amorosa, fragancias caras, mamaditas y arrumacos de puto. Hoy sabrás muy bien lo que es ser hombre y para qué te sirven los güevos.

—¿Creíste que ya se te había hecho? Decías: “total, lo tengo contento, le doy sus buenos entres y cuando crezca tendrá que cargar conmigo hasta la muerte, y entonces seré el segundo de este país”. Qué fácil lo pensabas, pinche maricón de mierda —decía uno de los esbirros, con un regocijo homofóbico propio de descerebrados autómatas, que no dejaba de hablar—. Pendejo, semejante lío en que te has metido. De aquí nadie te sacará. Nunca supiste ni sabrás cuál es la verdadera personalidad de la Güera Figueroa Ruvalcaba. Contigo ya son diez que hemos tenido que desaparecer en tan pocos días, pero eres el más cercano y creo que el más conocido por ahora. Pendejo, te cargó la chingada, te vas a chingar a tu madre, todo por andar de puñal. Los tres rieron a carcajadas. Luego, fue un silencio sepulcral. Ildefonso para entonces lloraba, pedía compasión, sudaba, muerto en vida, todo un mar de miedo, de temores cruzados. No sabía ya de su final, sólo pedía un poco de piedad. Sentía los últimos minutos de su vida. El conductor frenaba constantemente. Los movimientos inestables de las rodadas del auto indicaban transitar por un camino vecinal de escabrosa terracería. Luego escuchó que cortaban cartucho, el cañón de un arma se apoyó en su frente, señal de que estaba próximo a recibir el tiro de gracia.

Todo él bañado en sus orines. Su ropa estaba impregnada de agonía viviente, sin poder comprender la magnitud del instante.

El auto dio dos vueltas a la redonda y aceleró a más no poder. Se escucharon disparos seguidos. El cuerpo del estudiante de medicina volaba hacia los matorrales.

28

Buen día, mi resucitado. ¿Cómo amaneció? ¿A qué le sabe la vida? He girado instrucciones a las enfermeras para que abran poco a poco las cortinas y usted se incorpore al espacio, ya verá cómo se sentirá cada día mejor. Ha despertado usted de un coma de más de dos meses, de un sueño profundo de muy difícil retorno. Luego recordará con algo de dificultad al menos su nombre y de dónde es originario. Así, con calma, no es necesario mayor esfuerzo. Todo a su tiempo.

—Espera —dijo el convaleciente con voz fuerte y precisa. El médico que lo atendía desde su llegada al hospital se sorprendió por su respuesta inmediata—. Me llamo Ildefonso López Gutiérrez, soy hijo de Mercedes López Gutiérrez, originario de San Juan de los Llanos. Tengo veintinueve años de edad y soy estudiante de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. ¿Qué más desea saber?

—No, es todo —contestó el galeno, sorprendido de su pronta recuperación.

—Ahora me toca a mí —dijo—. Dígame qué hago aquí. ¿Quién me trajo? ¿Qué lugar es éste?

—Lo primero que debe hacer es tranquilizarse; poco a poco se ubicará y recordará usted mismo todo lo que desea saber. Por lo pronto, está en el hospital Doctor Domingo Chanona de Tuxtla Gutiérrez, aquí lo trajeron desde el quince de abril y ya estamos a veinticinco de junio de... Ahora tendrá que esperar un poco —dijo el médico al tiempo que se retiraba.

—Espere. Por favor, espere...

Trataba de persuadir al médico, pero éste hizo caso omiso.

En su mente empezó a dar vuelta una serie de acontecimientos imposibles de hilar con precisión. Apenas si recordaba aquella hora inoportuna cuando abandonó la Ciudad de México custodiado por guaruras. Esa mañana también supo de lo efímero de sus sueños, de sus preferencias sexuales; de no ser por la carne, por el gusto y por ese cabriteo que todo hombre o mujer lleva dentro, guardado en la ternura de la infancia, en los movimientos y las risas infantiles hasta que el cuerpo se hace voluptuoso y el día menos pensado el ansia brota por los poros. Era más que evidente lo poco que quedaba de aquel joven enamorado y tenaz. Ahora estaba más solo que nunca. Empezaba a comprender con mayor claridad las razones que lo llevaron a tales circunstancias aceptadas como parte de la vida, sin menoscabo, sin remordimientos. Para qué los sentimientos de culpa, si la vida se vivía sin preguntarse dónde ni cómo. Se vivía y todo lo demás era un desmadre, ahí, en la cuerda donde cada quién teje su propio mundo al ritmo de sus circunstancias.

Así aclaró su memoria, hasta que, cierto día, amaneció dispuesto a abandonar el nosocomio. Ya despierto del todo, pidió sus escasas pertenencias. Sólo le fue entregado un sobre amplio cuyo contenido eran dos sobres más pequeños; de su ropa personal sólo le entregaron una pequeña bolsa que contenía un sucio pantalón de casimir inglés.

Abrió el sobre y de inmediato procedió a enterarse de los contenidos que llevaban los sobres más pequeños. Se sorprendió al abrir el primero. Llegó aquel momento siempre esperado como un gozo permanente ante tanta adversidad. Se trataba de su acreditación como médico cirujano partero, otorgado a cambio de su silencio, a pocos meses antes de concluir sus estudios profesionales. Se trataba de enterrar el pasado a todo costo. Acompañaba su documentación oficial un sobre dirigido al gobierno del estado de Chiapas, era su nombramiento de director del hospital que hasta esos momentos le había servido de residencia como un enfermo más. Desde ese momento su vida cambió, pasó de la cama del pabellón de recuperación a la dirección hospitalaria, sin dar explicación alguna, sin decir una sola palabra de su pasado, de su experiencia médica.

Su espacio se tornaba extraño. De pronto vio todo un médico, con la diferencia de que ahora le tocaba tomar las decisiones. Se trataba de la vida de personas, de complicaciones clínicas y económicas; circunstancias estas que le permitieron convertirse en un médico completo. Sus afirmaciones eran certeras, atinados diagnósticos en una entidad donde abundaba la malaria, tifo, tisis, la tuberculosis y tantas otras enfermedades de pobres. Fue ahí donde empezó a desempeñarse como todo un médico, y supo que su título profesional no era fruto de su silencio, sino de sus conocimientos, reconocidos en tal circunstancia política, o quizá el mínimo reconocimiento que el nuevo presidente de la república tenía para él. Supo también que las manos de los posrevolucionarios eran tan poderosas que no había límite para levantar o sepultar a cualquier persona sin conmisericordia alguna. Ese día entendió todo lo que había que comprender y calló para siempre su pasado.

El hospital era un espacio saturado de enfermos de todas las regiones: enfermos de malaria provenientes de la costa y el centro, tuberculosos de las zonas frías y de todos los municipios donde el hambre y la orfandad provocaban tisis en los amplios sectores marginados, hambrientos cuyos frugales alimentos se reducían en el mejor de los casos a una ración de frijoles, una jícara de café y abundante pozol agrio. Para ellos no existía la exquisitez, paladares dispuestos a soñar con los sabores y aromas, sólo estómagos chillones que les recordaban su corta existencia, siempre en espera de la muerte como compañera fiel, cuando las pulsaciones estomacales insistieran en el momento preciso, donde el vómito brotaba de las bocas cansadas para arrojarse en ingratas manchas descoloridas y amargas. Ellos sabían que era el final, parecía usual, causaba poca sorpresa, hasta llegaron a pensar que así se moría en todas partes de la tierra, a los cuarenta y tantos años de edad, si bien les tocaba llegar a la cúspide de longevidad en esos tiempos. En los pabellones desordenados se podían encontrar: macheteados, alcohólicos añejos, destrozados de brazo, cruzados del rostro por el filo cortante, tasajeados de la panza, rostros y piernas, con los ojos de fuera y muchas veces casi añicos, custodiados por gendarmes que todavía tenían la esperanza de llevarlos muy pronto a las rejas donde purgarían su sentencia por sus actos violentos. Las pocas camas del único hospital de la

capital eran motivo de desesperanza sumada a la ya existente. Ahí se veía a niños en estado terminal, mujeres que daban a luz en pedazos de cartón en esos pasillos inmundos. Escasos medicamentos y la mano de Dios ausente.

Así inició su ejercicio profesional el doctor Ildefonso López Gutiérrez, que si viviera hoy sabría que nada ha cambiado, que todo ha sido falsas promesas, demagogia y corrupción, historias donde la perversidad humana no tiene límites. Sin respeto alguno al desamparo, sólo las ansias de poseer y tener poder a cualquier costo. Así empezó la vida profesional de nuestro personaje, en medio de un selecto grupo de políticos cuyas riquezas familiares provenían ni más ni menos que de la corrupción, de las grandes extensiones de tierra acaparada en nombre de la revolución; marrulleros sin el menor escrúpulo en eso de la jineteadá electoral, en la que un buen puñado de célebres personajes hicieron de sus actos la empresa más fabulosa que les arrojó extraordinarias ganancias: talamontes sexenales, buenos para promulgar decretos en contra del campesino milpero y buenos para arrancar hasta las raíces más profundas de la selva Lacandona, El Ocote, El Triunfo y los Chimalapas, coludidos con prestanombres que terminaron inflados al igual que ellos; empresarios de la construcción reparte diezmos por todas partes hasta cubrir el aroma virginal de las calles que mueren de asfixia en aras del progreso; jumpis y pichichis que inventaron su historia para legitimar la jauría extendida de padres a hijos en esta insólita aldea; narco-trafficantes convertidos en los nuevos ricos con la bendición del poder a cambio del pago de campañas políticas y limosnas piadosas; carroñeros reunidos bajo las mismas firmas, bacanal de cacicazgos supremos.

Así, el inicio del derrumbe entre fraudes innumerables, encerrados en el confort, ciegos, sordos y mudos hasta el cansancio.

*

El doctorcito, como le llamaban, cobraba prestigio en poco tiempo, pues su labor a favor de los desprotegidos provenientes de todos los municipios le era favorable. Hacía milagros con la quinina, uno que otro antibiótico moderno, algunos analgésicos y lavativas para todos.

Su fama fue tal que ya era consultado por las mejores familias de Tuxtla.

Fue en una de esas consultas donde conoció a Shalo o, mejor dicho, Salomé Pérez Sánchez, la madrota de muchas putas convertidas en señoras honorables, querida del general (exgobernador de la provincia) hasta sus últimos días y la mujer más solicitada a sus ochenta y tantos años por políticos, ganaderos, comerciantes e influyentes, quienes acudían a ella a buscar sus consejos e ideas malsanas para mantenerse en el poder. Ella mejor que nadie sabía sobre los buenos y malos manejos de los gobernantes en turno, sobre el tapado, los políticos de peso para ocupar curules locales o irse al congreso de la unión, así como de los políticos lamegüevos, como bien les llamaba.

Era el personaje esperado; sin temor a equivocarse, traía consigo la información deseada para desentrañar el eslabón perdido que despejaría las dudas de Ildefonso sobre su reciente pasado y su llegada a la provincia que lo vio nacer y, ahora, convertido primero en un enfermo inconsciente y luego en el joven médico cuyos prodigios corrían como pólvora de pueblo en pueblo.

—¿Qué pasó, doctorcito? Estoy aquí para que me revise las patas, ya no las aguanto. Me dicen que es reuma, pero, yo digo, es lo malgastada que estoy por tantas puterías, alebrestos y arrechuras. Dicen que todo por servir se acaba. Qué le vamos a hacer. Total, lo bailada ya nadie me lo quita —decía Shalo entre respiros cortados, fatigada por su peso y sus años.

—Siéntese, doña Salomé, la vamos a revisar—le dijo a tiempo que le acercaba un taburete.

—Qué doña Salomé ni qué pictes. Dígame Shalo, como todos. Téngame confianza. Yo le serviré muy bien, ni se imagina cuánto conoce esta vieja diabla, cabrona, pero bien informada. Conozco de los secretos más recónditos de la clase política, de los comerciantes, ganaderos y cafetaleros, antes revolucionarios carranclanes o mapaches; de las viejas estiradas; de las putillas de barrio, dizque secretarias particulares que las traen pisa y pisa y si bien les va hasta su curul se ganan con el culo. Conozco a todos, hasta a los mampitos del poder y a una que otra loca a quien ya bien borracha se le olvida que es juez, diputado, miembro del gabinete, maestro de escuela...y ahí los puede ver en mi burdel, joteando

a brazo tendido. Pero, eso sí, hay secretos que se irán conmigo a la tumba, es clave para cosechar privilegios y vivir con decoro. Aquí no se puede decir todo lo que se sabe; la única malhablada y consentida soy yo, pero esto tiene sus límites. Eso porque conozco los secretos de todos los integrantes del clan que gobiernan la entidad. Les conozco hasta los pliegues del cuerpo, sus mañas, la manera como hicieron sus fortunas, a sus honorables mujeres que un día salieron de mi santa casa. A muchos de ellos yo los he hecho nacer en el poder, los he crecido y en muchas ocasiones también los he arrojado a la barranca del desprecio, porque mi condición de mujer amada por el general fundador de esta bola de mierdas así me lo permite desde que se estableció el primer gobierno revolucionario, de ahí que ándese con tiento y no me tenga miedo, qué tal si le puedo servir para algo. Por último, dígame qué es lo que tengo.

El médico, distraído por la lengua de la vieja Shalo, un poco nervioso dijo:

—No, no es mayor cosa, lo que tiene son sus huesos descalcificados. Tómese estas grageas y pronto sentirá alivio.

La mujer tomó el frasco un poco incrédula, se levantó con un gesto medio burlón y se retiró diciendo:

—¡Ah, qué doctorcito éste! Visítame pronto, ya verá que conmigo no se volverá a equivocar jamás.

Esa noche, la música convenida como señal del secreto sonó con mayor intensidad. Ella necesitaba su presencia como nunca. El reloj marcaba las once cuarenta y cinco, casi la medianoche, y el amado no llegaba. Por la ventana se filtraba el silencio de esa calle empedrada cómplice de sus encuentros. Fue cuando el recuerdo y la necesidad de su cercanía trajeron a su mente los acontecimientos que habían compartido después de aquella calurosa mañana en la que, sin recato alguno, fue poseída por un desconocido de pocas palabras mal pronunciadas, apenas observado de reojo, pero sentido en el cuerpo desde el primer instante.

Los deslices con el hombre silencioso se hicieron cotidianos hasta ya no poder vivir la una sin el otro. La forma violenta y apasionada de arrebatarse sus encantos provocaba en Bromelia imaginaciones permanentes.

Juntos aprendieron a descubrir otros lenguajes, el de la luna llena y el cuarto menguante, a cubrir su desnudez con el sol de primavera, a sentir la intensidad de sus pasiones con el solo olor de sus cuerpos, a gustar el sabor salitroso de los rincones ocultos y protuberantes, a descubrir a más no poder lo prohibido, lo negado.

Creció la hoguera. La dama le enseñó a hablar correctamente la lengua española ante la impetuosa necesidad de escuchar su voz en el momento mismo de ser poseída.

Él, todo un apuesto varón con la seguridad que da el ser deseado por la mujer más bella de la región, halagado por los comentarios del pueblo sin discreción alguna. Ella, por su parte, para entonces ya no entendía razones, habían dejado de importarle la moral y las buenas costumbres; para nada le interesaba ser la esposa de uno de los mejores cirujanos de la región y madre de una hija adolescente. Sólo quería dar rienda suelta

a su cuerpo. Como decía tía Chayito Galdámez: “Ay, hijito, cuando llega la calentura, ni tata Dios nos la quita”.

El amor apasionado que se tenían era visible desde tiempo atrás. Sólo ella, ilusa, creyó cubrir sus ganas que brotaban de la pasión con el manto de la discreción. Eran para entonces cómplices y amantes. Jugaban a las apuestas de honor. Medían la intensidad y los límites de la atracción fatal. Apostaban a la ruleta rusa con tal suerte que al terminar se daban por premio la vida y una nueva pose del *Kamasutra*. Jugaban a policías y ladrones; descubrían, según ellos, a los robavacas de las rancherías, el primer defraudador de la tierra de Juan Pueblo protegido por los políticos locales y por la santa madre iglesia. Se contaban las verdades ocultas del pueblo y descubrían a los autores de los más misteriosos crímenes y asaltos bancarios de las grandes ciudades.

Leían en voz baja al marqués de Sade, los cuentos de Poe, Borges, Cortázar y sus novelas favoritas: las de Henry Miller. Se trataba de charlar, jugar al misterio fuera de rutina. La hacían de detectives; narraban sus propios cuentos hasta la obsesión, al grado tal de llevarlos a la práctica.

Con el tiempo el sexo, las lecturas, así como los acontecimientos que pasaban alrededor de ellos, terminaron por ser sus propios fantasmas...

¡Bienvenido, doctor López! La clase política chiapaneca se congratula al tenerlo entre nosotros. Es para los primeros cuadros del partido un alto honor que galeno tan distinguido se integre a nuestras filas. Sabemos de su sapiencia y labor en bien de los más necesitados, y ese solo hecho es ya garantía de su persona, aquí, donde se congregan personalidades de alto sentido moral, honorables por excelencia y constructores de una sociedad más justa e igualitaria. Permítame su paraguas y ese finísimo sombrero que sólo persona tan distinguida como usted puede portar. —Ildefonso, con un gesto de incomodidad, entregó sus prendas personales al zalamero achichinle de político que le dio la bienvenida. Enseguida, un grupo de diputados encabezados por el presidente del congreso local (de presencia delgada, alto, bigotes acortados y caminar firme, fino rastrero, de voz engolada y palabras hechas para la ocasión) se acercó al médico para rendirle los abrazos protocolarios con fuertes apretones de manos, frases entre líneas cuya proyección política auguraba a nuestro personaje el mejor de los futuros. Éste asumió el porte observado de su anterior protector, recibió los elogios con una seriedad de plomo, sin chistar palabra alguna. A tiempo caminó erguido hacia la mesa de honor para ubicarse a la derecha ni más ni menos que del gobernador, quien a pocos minutos de su llegada entró triunfal, acompañado de sus colaboradores más cercanos, en un barullo ordenado de todos los presentes para mostrarse en el mejor lugar del pasillo que dividía las mesas de la pista de baile, con diana, pétalos de rosas y todo tipo de lambisconerías. Ildefonso, de pie, acompañado a su izquierda por un hombre de avanzada edad, esperó la llegada del mandatario desde su lugar con una cortesía propia de un príncipe. Por su parte, el general gobernador, hombre ilustrado y de

nobles costumbres, lo saludó con un abrazo que selló el inicio de gran amistad entre ambos, motivo que lo convirtió desde ese momento en el centro de todos, y con sus elocuentes conversaciones respondió a las expectativas del gobernador.

Los primeros cuadros de políticos, comerciantes y ganaderos del estado estaban reunidos alrededor del gobernador para tal ocasión. Todos le dirigían elogios. Empezaron a admirar su conducta, según ellos, propia de elegidos y de hombres grandes, así como la cercanía y afecto del primer personaje del estado, hecho que empezaba a provocar recelo y descontento entre otros. Ildefonso conversaba con soltura con el gobernador como si se conocieran de años, con gran camaradería. Desde esa noche, la clase política chiapaneca supo que Ildefonso traía alas para volar y que sus amarres estaban en el centro, razón para no obstaculizar sus planes. El médico, aún confuso por sus circunstancias e ignorando su propia realidad, no hacía otra cosa que comportarse educado y sabio, primera lección aprendida en el mundo de las filas mayores, es decir, en las filas nacionales, y que a estas alturas le permitía actuar con toda naturalidad, sin aspavientos y falsas poses, propias de discursistas de academias baratas, quienes frente a un espejo ensayaban sus gestos, la expresión de sus manos, escuchaban hasta el cansancio cada palabra, cada frase, memorizaban los gustos del jefe y tenían palabras y actitudes preparadas para cada movimiento del supremo. Se trataba de vivir en la falacia y la simulación, de entender la política como el arte de agradar, hasta llegar a la falta de decoro, a quien toma las primeras y últimas decisiones, sin importar el bien común, las necesidades sociales apremiantes y todo aquello que permitiera alcanzar mejores condiciones de vida para los gobernados; se trataba del poder por el poder mismo. Para quienes actuaban con naturalidad, como Ildefonso, sencillamente todos decían: “tiene tablas de gigante, quien se atreve a tanto se cobija en la amistad plena y en sus manos descansa su propio proyecto”. Y es que lo más usual era ver actitudes rastreras, como parte del quehacer de la política en escenarios locales y nacionales, donde el culto y la pleitesía eran sinónimos de grandeza y la dependencia del centralismo nacionalista. Actitud bien aceptada y aplaudida, sin importar la rapiña y la pobreza local. ¿Y al pueblo? Que se lo comieran los perros. Total: en

esos tiempos el pueblo poco entendía de la magia facinerosa del poder, y con ellos y sin ellos se llegaba tan alto sólo con la gracia del primero. Poco han cambiado las cosas y los cerebros de muchos rufianes aún se mueven en este sentido.

—Doctor López, me alegra que comparta esta noche con nosotros.

—Es un honor para mí, señor gobernador...

—Esta tierra que nos vio nacer está ávida de personas con vocación de servicio, cuyo deber sea, antes de todo, cumplir con la misión encomendada de la mejor manera posible. Estoy seguro que con usted el sector salud está en buenas manos. Pero permítame presentarle a tan distinguida dama que se acerca hacia nosotros acompañada de su señor padre, hombre importante de la comarca, terrenal y aldeano como la mayoría de los presentes.

Al contemplar a la dama que se acercaba, Ildefonso sintió renacer de lo más profundo. Era tan bella, con su talle de diosa muy bien acomodado con el vestido *beige* que la hacía más esplendorosa, su caminar cadencioso y esos ojos que a medida de su cercanía se hacían más azules. Vinieron a su memoria aquellas mañanas idílicas de los primeros años de su juventud, sus sueños cargados de ese erotismo amoroso que pocas veces se puede sentir. No sabía de quién se trataba, eran varios años lejos de la tierra, todo había cambiado. Él ya no era aquel joven lleno de fantasías, y las personas con las que hoy convivía eran tan distintas a las de aquellos años en su pequeño pueblo de San Juan de los Llanos; ya no eran tiempos de aventuras para aquellos visitantes de la pérgola de la plaza de San Marco, apurados en la espera de las primeras horas de la noche, cuando Las Lluvias, el burdel más visitado del barrio de San Francisco, abría sus puertas para retozar con ansias hasta el rápido desahogo entre masticadas de chicle y uno que otro grito de apuro, porque la clientela se aglutinaba en espera de ese oscuro túnel que les chupaba la vida y les daba a probar la gloria.

—¡Señor gobernador, permítame saludarlo como su más fiel servidor! Usted sabe que en San Juan de los Llanos se cumplen sus indicaciones al pie de la letra, razón por demás para estar doblemente orgulloso de contar con su amistad.

Ildefonso se sorprendió al escuchar al hombre regordete nombrar a su pueblo.

—Lo sé, Burillo, lo sé. ¡Pero mira qué hermosa se ha puesto tu hija!

—A sus pies, señor gobernador. Anda, hija, saluda al general.

La dama estiró su mano derecha ya sin el guante y con una sonrisa delicadamente femenina, llena de agrado, saludó a tan distinguido personaje, quien a su vez la tomó para plasmarle un beso suave. Luego, dirigió la mirada hacia el médico y le dijo al viejo Burillo:

—Escucha muy bien, te presento a uno de los hombres más valiosos de mi gobierno, el doctor Ildefonso López, y a usted, gentil señorita, al joven médico más prominente del sureste —dijo, y precisamente cuando estaban por otorgarse los saludos correspondientes dio inicio el baile con la mejor marimba orquesta de la región—. A ver, mi médico —dijo el gobernador—, invite a bailar a tan hermosa dama mientras yo atiendo algunos pormenores con su padre.

Ildefonso de inmediato cumplió instrucciones. Ya no tenía la menor duda de que se trataba del finquero que un día estuvo a punto de quitarle la vida; de no ser por Petrona, el ama de llaves, no lo estaría contando. Persistía la duda en cuanto a quién de las dos hijas de Burillo era la dama que tenía entre manos, a punto de tomarle la cintura para recorrer juntos la pista de baile al suave roce de las maderas. Las emociones sentidas le decían que se trataba de la mujer amada, aquella niña-adolescente que recibía flores en su balcón todas las mañanas de manos del intrépido amoroso, hasta que un día éste salió huyendo del pueblo como un vulgar delincuente para no perder la vida.

La tomó del talle con la suavidad de un caballero citadino y se introdujeron a la pista, donde la música de los hermanos Domínguez, ejecutada por líricas manos sobre maderas sonoras, hacía de ese vaivén cadencioso el romance perfecto de los cuerpos. Bailaban sin pronunciar palabras, con las penetrantes miradas entre olas imaginarias, donde dos seres, casi pájaros, se deslizaban en búsqueda de ese hálito que sólo dibuja explicaciones en la eternidad y que no hay en la tierra viviente quien se niegue a contemplar en el arrebató de la plenitud.

El apuesto galeno se sentía transformado. Después de muchos años volvía a vibrar en él ese deseo ante la belleza irresistible de la mujer. Se abría la tierra a sus pies para hacerlo renacer en los ojos azules de mar

profundo, mientras la música unía sus idílicos sueños con el presente que le sabía a gloria en ese torbellino de realidad esperada por tantos años.

Al terminar la pieza quiso decirle tantas cosas, no separarse un momento de ella, sentir el calor de su piel. Hablar todo lo guardado para poder vivir el desahogo de su amor reprimido. Decirle que ella no lo conocía, pero que sin embargo la amaba desde siempre; que no sabía si era la persona buscada, pero algo en su interior le decía que no estaba equivocado y que era el momento esperado desde que era un joven estudiante de secundaria. Que sólo el amor que sentía por ella le había permitido enfrentar los nubarrones de la vida, y que a pesar de las oscuras noches había sido siempre el relámpago en medio de sus tormentas. La dama no le permitió decir palabra. Fijó el índice de su mano derecha sobre los labios del hombre más codiciado de esa noche y susurró:

—Búsqueme en mi domicilio, me llamo Bromelia Burillo.

Y con un movimiento corporal le pidió que se retirasen de la pista.

Ildefonso vivió el momento más feliz de su vida. Sus sospechas se confirmaban y desde ese instante sabía que su amor era más pleno. Los pocos pasos que distaban de la pista a la mesa de honor se le hicieron eternos. Sentía que sus manos estaban unidas por una fuerza inmensurable. Al acercarse, el gobernador iniciaba la retirada. Ella aprovechó para despedirse y alcanzó a su padre; mientras, el médico estallaba en emociones encontradas. Desde esa noche supo que en verdad era protagonista de una historia, de una ilusión que estaba a punto de transformarse en realidad.



Ilustración elaborada por Carolina Marín Aguilar,
estudiante de la Facultad de Artes de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

Pasaron años sin saber de San Juan de los Llanos. Borrado estaba de su memoria como un tiempo perdido, un tiempo oculto negado para acceder a la sociedad moderna con sus complejas diferencias. Desde que partió a la Ciudad de México enterró sus recuerdos: esas mañanas frías con sus calles olorosas a pan evaporado de levadura en los hornos de leña; la ausencia de su progenitora que un día dejó de respirar sin que éste retornara, que se murió de tanto esperar al hijo que decidió ya no tener madre por soñar en un mundo de ambiciones sin límites; de Acrecencia, de no ser por la matancería y la mesa del matadero en ruinas, pensaría que sólo fue calentura de juventud. Las tardes de plaza y sus pocos amigos ya no existían. Quizá nunca existieron para él, pues a pesar de estar tan cerca siempre estuvieron lejos. Era un provinciano que un día se fue y regresaba ausente, imitación del ciudadano, vacío de todo y de nada. Simplemente confundido en su soledad, en su negación de sí mismo, producto de las ciudades modernas.

Sin embargo, algo le quedaba: esa ilusión de las mañanas frías frente al balcón que daba a la recámara de la joven, casi una niña de ojos de mar. No pudo borrar esa obsesión. No fue suficiente su mundo, sus placeres. Siempre metida en él. Ahora, a punto de construirse, de darle forma en tiempo preciso.

Llegó a la pequeña plaza de San Sebastián. Era un desconocido más, extraño en su tierra, como quien pierde la razón para no ver su pasado. Pero ahí estaba, pegado a su piel, el correr del aire del sur al final de la tarde; el olor a mentol en las angostas calles de eucaliptos; los jóvenes en las esquinas acostumbrados al relajo, con el primer cigarro para amacharse antes de partir a soltar el verbo a la primera hembra que se atravesara; ahí las parejas entre besos apurados por el mandado; ahí

estaba él, a pesar de todo, pegado a la tierra que lo vio nacer. Ahí, dentro del coche, contemplaba las calles circundantes, mientras en el horizonte las nubes se cruzaban, señal de aproximación de la fría noche. Nada había cambiado. Fue cuando recordó que ahí estaba enterrado el polvo de su ombligo. Los zanates revoloteaban sobre el vehículo. Eran las cinco de la tarde.

El conductor abrió la puerta trasera del auto. Él quiso prolongar ese instante, pero ella salió a su encuentro dispuesta a recibirlo en el umbral de esa casa, cuyo balcón aún guardaba el secreto de sus mágnas platónicas. Tomó su mano y se adentraron en los jardines como si se trataran de siempre. Quien los viera diría: “ese amor es eterno”, pero ellos sabían que ocurría en silencio, sin tiempo para hablar, sin formalismos. Algo engañoso ocurría, quizá las apariencias. Era posible, estaba pactado desde noches anteriores a la bienvenida, ahí donde el gobernador fue testigo de honor, bajo el amplio salón del casino tuxtleco (casi un galerón para la ordeña en tiempos lluviosos). Acordado para cerrar con broche su pasado en el silencio de las criptas vivientes. Para estos menesteres, Braulio Zaragoza Burillo de la Torre se transformaba en Celestina a costo de su propia hija o de quien se atravesara. Era el encuentro de un obsesionado con la mujer dispuesta a no perder oportunidad alguna.

Inmediatamente se acercó el viejo ganadero, y sin mayor recato ella le dijo:

—Padre, éste es el hombre con quien deseo casarme...

Y se hizo la luz y la tragedia.

Para ella nada pasaba a su alrededor. Ni siquiera pensaba en sí misma. Sus noches eran intensas, deseosa de encuentros y desencuentros, instantes en los que se perdían y se manejaban los segundos para volver a formar un solo cuerpo. Ahí, donde la fijación de lo prohibido se convierte en algo permisivo tan sólo por cubrir los cánones, los rituales sociales. Pero ni lo uno ni lo otro. Era una maldición, el desengaño se hacía presente, la esperanza ya no existía, sólo la amarga farsa en que estaba metida. Al médico le bastaba estar ausente, perdido en el nosocomio donde ejercía con prestancia, ahí, en el único hospital del sur saturado de enfermos, donde los desamparados de todo, hasta de Dios, exigían un alivio imposible. Ella, en el abandono, quería sentirse hembra completa, que un hombre recorriera sus manos en el atlas de su cuerpo; pero no estaba ese de quien esperaba la transformara apasionado hasta alcanzar la palabra divina de un “te amo”. El esposo, ausente y a la vez presente, ajeno al deseo de la carne.

Así pasaron los años, hasta que el sexo furtivo permitió la procreación entre constantes violaciones, fruto del etílico vivir de quien se sabía ya desencantado de la vida.

El rojo intenso de la tarde, en aparente calma, asomaba por las ventanas del hospital y la ciudad de los siete arroyos, casi un pueblo sumergido en la hondonada, empezaba a ventilarse. Fue cuando un emisario se presentó con urgencia en las improvisadas oficinas del director. Traía la noticia más inoportuna, fatídica: se trataba de la muerte, ni más ni menos, que del precursor de sus desgracias.

Aconteció a mediodía del 22 de abril. La primavera iniciaba su retorno: las pequeñas aves entre las sombras de las ramas se refrescaban desde las negras orejuelas que pendían de las jacarandas cubiertas de

azul morado y las sombras de las aceras, relojes de las calles se entrecruzaban. Ahí la vieja Hortensia daba vuelta tras vuelta, de la manzana al parque, del parque a la manzana. Cruzaba las calles aledañas apurada, inquieta. Traía el estómago bilioso y en el gañote esa historia que no la dejaba respirar. Era el secreto en agonía de una mujer carente del hijo que se perdió en la ciudad para no saber más de él. Hortensia, achacosa como andaba, no quería morir sin revelar el nombre al progenitor, sabía que su deber había quedado atrás. Por miedo no pudo hablar en el tiempo oportuno. Siempre tan miedosa. Ahora mismo le sacudía un frío de los pies a la cabeza. Se sentía sometida: gente menuda, como se definía ella misma, no tuvo las agallas para detener el incesto. Se torturaba al pensar que el primer hijo nacería con cola de perro, tres pies, dos cabezas, o de plano Dios los castigaría con una docena de pequeños muñecos vivientes, como a su comadre Vicenta por revolcarse con el macho de la familia. Falló; la primera les nació entera, pero vendrían los otros. Sabía que el pecado avanzaba por sus cuerpos, sus vidas ya estaban malditas, tarde o temprano saldría de su vientre un sapo, un hijo de la luna o por completo descerebrado. Sólo de acordarse, sudaba por tercera vez su climaterio. No podía con el peso de su silencio, la muerte le reprochaba a cada instante, le jalaba los cabellos cuando apenas cerraba los ojos o ya de plano salía a llorar su secreto por las calles.

*

A treinta kilómetros de distancia, la vieja gorda cavilaba un destino entre ceja y ceja como perra de caza. Desde que fue al hospital a conocer a tan afamado galeno, más para salir de sus dudas que para atender sus dolencias, sabía que todo le cuadraba. Cabalísticos los treinta y tres años del médico, seis hechos de su vida que la transformaron en la mujer gorda y perversa que ya era, fea por dentro y por fuera, faltaba el último suceso. Era un rompecabezas que había que armar por partes. Posibilidad esperada por mucho tiempo. Los años de su ausencia no permitieron desatar la madeja, deshilar sus hebras en tiempo oportuno. Ahora estaba dispuesta a saber hasta dónde llegaban los límites del viejo Braulio Zaragoza Burillo de la Torre, su enemigo más intrín-

cado, ni más ni menos que de la misma tierra que los parió. Fueron muchos los acuerdos de burdel que se le vinieron abajo por su intromisión halagüeña y rastrera. Nadie había desdeñado en los subterfugios del poder una petición suya, una recomendación de su mano derecha. Las firmas milagrosas que hacían posible lo imposible. Una llamada discreta para cambiar el rumbo de las aguas. Un simple suspiro a la banca rural para hacer crecer los graneros mapaches. Una intención pensada con su pilón de ganancias para que los alambiques de aguardiente se derramaran por todos los pueblos hasta emborrachar a las hormigas con sólo oler la baba de míseras bocas perdidas, mientras las alforjas de Moctezuma II engordaban y el sol transformaba su prole en la honorabilidad de las voces mudas. Un fuerte respaldo para que los enanos se convirtieran en gigantes de tanto derribar montañas completas y vender los árboles aún no sembrados a los traficantes de maderas preciosas. Un apretón de chichis sueltas para hacer volar las patentes de cantinas, puteros y arrabales de todos los niveles, sacar de la clandestinidad lo clandestino hasta con agua bendita y un poco de plata para obtener la salvación eterna anticipada. Era su mano derecha la que tejía los futuros privilegiados con sólo abrir la boca y mostrar el borde de su colmillo encasquillado de oro. Nadie dejaba de cumplir las órdenes de su mano izquierda: una desaparición forzosa para no meter la lengua donde no lo llaman; innumerables golpes bajos para evitar mentecatas intenciones de quienes pretendieron usarla de escalera sin antes pulsar sus peldaños, que al menor desafío se convertían en flechas punzantes. Mesiánicos agraristas colgados de los dedos en el juego del baja y sube, allá en el antiguo puente del río Grande, para quitarles lo güevudos y esa idea de pretender repartir las tierras repartidas por la "revolución" a sus hijos predilectos; hasta que llegó la construcción de la primera presa hidroeléctrica y tuvo que ahogar su rabia y su soberbia. Ah, se me olvidaban los sepelios clandestinos que a altas horas de la noche atiborraban las fosas comunes del panteón central para mantener el orden y estar bien con los mortales semidioses. Ahí también llegaron a abonar los restos de hembras placenteras cruzadas entre hierba y alcohol. Su mano izquierda era tan poderosa como su mano derecha, bastaba levantar el dedo índice para ejecutar, la palma de la mano para darle de

beber al sediento, sacarse de las chiches el envoltorio de billetes podridos para podrirle el alma al mismo prelado de la iglesia, para que no metiera la nariz en sus dominios. Era toda una araña de viscosas intenciones.

Burillo de la Torre no se quedaba atrás. Estaban hechos de la misma mierda y sabían batirse solos. Ese no era el problema. Al que ella no perdonaba era a quien se atrevía a rebasar sus alturas, sus privilegios. Traía en las vísceras el origen y no estaba dispuesta a dejar pasar el mínimo cosquilleo de sus ambiciones. Esperaba ese instante para dar el golpe; sabía que en el claroscuro de San Juan de los Llanos había una respuesta a sus intenciones y no dudó hurgar en cada puerta y hendija hasta dar con Hortensia. Por unos cuantos pesos estaría dispuesta a divulgar la promesa que un día hizo a la moribunda mujer. Salomé se miró al espejo, se rio a carcajadas burlonas al descubrir sus arrugas que la rabia dibujaba día tras día en su rostro. Huellas del tiempo. Huellas de perversidad. Tenía el alma llena de odio y no descansaría hasta el último respiro, así fuera en sus minutos de agonía. Aun si resucitaran voces de sus víctimas dispuestas a divulgar su pasado, ella no calmaba su soberbia. Se sentía redentora de las causas perdidas, y a como diera lugar le cobraría a Braulio Zaragoza Burillo de la Torre las verdes y las maduras. Según ella, no le faltaban malas intenciones y su lengua afilada de sobra.

*

Era una loca más del pueblo. Por las noches se escuchaban sus sollozos y las mujeres se levantaban a prender cirios a sus santos. Pedían que se la llevaran al eterno descanso. Nadie se atrevía a mirar ni por el ojillo de la cerradura, mucho menos abrir las puertas de par en par para darle un poco de consuelo a tal desolación. Era ya un alma penitente. Por eso, ese día decidió hacer caso omiso a las intenciones de la vieja Shalo, quien pretendía que divulgara la historia por las plazas y rincones convertida en la vocera de sus tripas. Pero decidió no callar más. Ese mismo día contaría el secreto a la persona indicada, así le costara la vida misma.

Merodeaba en la pequeña plaza de San Sebastián. Había perdido la cuenta de las vueltas dadas a su alrededor. Podía más el desahogo de su

pecho. No cargaría más con la cruz de semejante culpa y decidió sacarlo de una vez por todas, como se saca el vómito infecto, la espina del zapato, el engendro no deseado.

Lo abordó dos cuadras abajo, muy cerca del callejón de piedra. Ella, humillada, se atravesó y sin permitirle continuar le besó la mano, costumbre de la gente menuda y altanería de los poderosos, se cruzó de brazos con la cabeza inclinada hacia el piso y casi en secreto narró con voz cortada la historia encomendada. Él no daba crédito a lo escuchado, sus manos temblaban y su piel se cubrió de un rojo intenso. Apenas terminó la encomienda, Hortensia, más miedosa que nunca, se echó a correr por donde vino.

Era la hora silente, sólo el cruce de las aceras marcaban las doce del día. El hombre fornido, casi un roble a punto de caer, tuvo tiempo de llegar a la puerta de la casa marcada con el número nueve del callejón empedrado. Ahí se derrumbó para no volver jamás.

Prolongada ausencia. Silenciosa esperaba el momento de su llegada con la piel encendida y un poco de inquietud en los ojos, la mirada dispuesta a desafiar los rostros ocultos en las ventanas vecinas semiabiertas, pegadas a la hendidura de las llaves de herrería, catalejos de figsonas nocturnas, termómetro que medía la intensidad de los amantes. Inquietud en las caderas al paso de pava húmeda sólo de pensarse poseída, de sentirse observada y de valerle madre ya para ese tiempo. Sus gestos y deslices se transpiraban. Toda ella era coquetería plena, nada de reserva para las voces de la calle. Se sabía en todas las miradas vecinas, en la casa marcada con el número nueve del callejón empedrado; a esa hora el preámbulo del deseo se medía en la intensidad de la noche. A la mañana siguiente, las voces desdentadas de los angostos andadores del mercado decían: “el amor y el dinero no se pueden ocultar”.

En las bocinas públicas se escuchaba el trío de Los Panchos:

*Tanto tiempo disfrutamos de este amor,
nuestras almas se acercaron tanto así
que yo guardo tu sabor,
pero tú llevas también sabor a mí.
Si negaras mi presencia en tu vivir,
bastaría con abrazarte y conversar,
tanta vida yo te di,
que por fuerza tienes ya sabor a mí...⁵*

⁵ Composición musical de Álvaro Carrillo Alarcón (1919-1969).

Eran las dos y media de la madrugada. Estaba más inquieta que nunca. Apagó la lámpara de la pequeña sala y siguió ahí hasta que *los relámpagos de agosto* dejaban entrever cómo se despojaba de sus vestiduras. Toda ella, intensa, se dirigía por el pasillo que daba a su recámara hasta quedar desnuda por completo. Sorpresivamente, alguien la tomó entre brazos y sin dar más tiempo la introdujo a la alcoba cubriéndole la boca para no darle tiempo a gritar de susto. Ya adentro la arrojó a la cama, convencido de ser el macho que ella deseaba. Éste de inmediato se le echó encima como un toro, pero antes le murmuró al oído: “tranquila, soy el hombre que viene a cumplir tu fantasía”: santo y seña para que se dejara llevar por el tacto de sus largas aspas. Estiró el brazo hasta ponerse cómoda y se abrió para el matadero mientras los fuertes movimientos del macho le sacaban gemidos que la dejaban vacía y en aparente calma. Luego el sueño profundo hacía una pausa, para luego reiniciar donde el tiempo no dejaba respirar.

Al terminar, ella estaba ahí..., en la puerta a medio abrir, sorprendida por las cosas que vio y sintió. A sus doce años sabía muy bien que era el otro, el que llegaba a consolar la soledad de su madre y luego provocaba ese roce *in crescendo* de la madera con el piso. El rechinado de las tuercas, los respiros profundos del animal jadeante y el frecuente gemido que luego se convertía en grito-llanto de gozo. Hasta que morían los fantasmas de su mente y sus inocentes manos se acomodaban de nuevo a la suave almohada acariciada por sus mejillas húmedas.

Pero ahora estaba ahí, podía ver la perfecta relación del sonido con las formas y los movimientos. Nada le hacía falta al hombre de su imaginación: su espalda encendida cubierta de pelos hasta llegar a sus formadas nalgas. Más abajo, entre el tronco de sus piernas, colgaban sus tanates cual badajo apresurado dispuesto a sosegar en las entrañas de la madre. Ahí se le caía la inocencia como un día se le cayeron los dientes de leche, sin tener quién le contara la historia del ratón Miguelito. Ahí vio por primera vez lo que era tener un hombre encima y sus desvelos precoces se prolongaron.

Ella, ensimismada, no supo qué hacer. Se levantó rápidamente, se puso la bata y le echó la puerta en la cara. Creció el abismo entre ellas. Se hicieron más distantes, como los cerros y las planicies, hasta que después de un tiempo sólo las unía los brazos del mismo hombre, como el arroyo que atraviesa las montañas y los valles.

34

Esa noche no se escuchó la música. Su soledad era tal que no necesitaba exteriorizar sus instintos. Guardó el acetato muy debajo de la credenza y se puso a rumiar su angustia y el remordimiento de madre descubierta. Se sentía bien puta, arrabalera, zorra de mil retobos, sucia ante los ojos de la pequeña. Convertida en mala madre ante la tempestad y el abandono. Pero también se sabía poseída en todo momento, traía pegada a la piel su aroma, ese cuerpo que al paso de sus encuentros se hizo robusto y más deseable. No lo esperó como otras noches, buscó hasta lo imposible el rostro tierno asustado de la adolescente, pero ésta no levantó la cabeza para mirarla, corrió a su habitación para no escuchar arrepentimientos vanos. Insistió tanto hasta quedarse dormida en el sillón que daba a la puerta principal. Despertó en los brazos de Herbert, quien la llevaba a la cama, y se preguntó cómo había entrado a la casa si la barda del traspatio, escenario de sus asaltos, ya tenía alambre de púas para los intrusos. Pensó en el posible regreso del médico, borracho como siempre, y se dejó llevar por el calor de su piel. Herbert la hizo soñar con más intensidad.

No deseaba despertar, quería quedarse en el remanso que deja la pasión desbordante, transformadas las ansias en olvido. Un poco o un mucho de ausencia, ahí donde el aire que se respira es el único comunicante de vida, ahí donde el cuerpo está dislocado de todo. Vacío recipiente. Sin pedir más, sin deseo, prueba de muerte y abandono. Sentirse átomo en el espacio. No pedir más si no existe nada más que el silente desahogo con las ganas perfectas de morir en ese instante y no se muere. Sueño del cual ya no quería despertar. Pero el lienzo semiabierto del cortinero no era suficiente para detener los rayos solares. Despertó del estado contemplativo satisfecha. Supo que era una mujer en plenitud.

Para su sorpresa, todo estaba en orden. Yacía en la cama vestida, todo en su lugar transpiraba su aroma de mujer desvelada que se refugia en la quietud del sueño profundo de las últimas horas. Se quedó a solas con sus duendes sin dar lugar a pregunta alguna. Así estuvo varios minutos, hasta que el sobresalto la sorprendió entre gritos y llantos provenientes del callejón empedrado.

Márgara, apurada, salía al colegio para llegar a tiempo a su clase de matemáticas. Al abrir la puerta del zaguán se topó con el cuerpo del galeno. Su padre inerte, perdido en el destino final.

El caos se dejó venir. Todo era rumor fundado en los amantes a destiempo. El agente del ministerio público llegó pronto, inusual costumbre de las autoridades aldeanas. Levantaron el cuerpo sin dar tiempo a que aumentaran los rumores que luego se divulgarían por todo el pueblo, y de inmediato lo trasladaron a la morgue de la capital.

En San Juan de Los Llanos se desató la tormenta esperada, nadie daba crédito a lo sucedido. A pesar de su permanente embriaguez, de los cuernos a los que se hacía acreedor en la plaza, sabían que era persona de bien y estimado por todos. No era artífice de su destino. La historia de su vida era conocida por el pueblo, aunque él nunca lo supo. Por eso le tenían cariño y, aunque fuera difícil de creer, mucho respeto.

El callejón empedrado se llenó de parroquianos en espera de que regresara con bien el doctorcito, pero los entendidos sabían que eso ya no era posible; a pesar de tener el cuerpo flácido cuando se lo llevaron, iba en realidad bien muerto.

El abandono llegó cual nubarrón de la desolación. La única presencia de un poco de ternura yacía en el suelo, cubierto por el sol de las primeras horas. A ella la desesperanza le tocaba como hada madrina convertida en bruja sin arrugas y capote. No supo de pequeños duendes, de historias de abejas en vuelo con la vara de las mil maravillas. Todo se tradujo en un instante a golpe precoz, o más bien en impresiones de susto que brotaban de su instinto de hija. Despertar forzado a los escenarios de la marabunta vida. Como todas las mañanas, esperaba el beso con aliento alcohólico, la mano que frotaba su pequeña frente, ahí donde el galeno perdido en su mundo sabía que alguien esperaba en casa y que había una razón para llegar a la segunda esquina cercana a la plaza de San Sebastián: acomodarle los rizos alborotados por la almohada, un pequeño susurro que le recordara su infancia y en lo más profundo del sueño le dijera cuánto amor de padre había en sus delirios. Sonó la tercera campanada de San Juan y él no había llegado. En la recámara de la madre la luz seguía encendida. Como era costumbre, pensó que en silencio reposaban las secretas voces, apagadas. Fue cuando decidió salir de su recámara. Se preparó para ir al colegio. Atravesó el zaguán y al abrir la puerta de entrada sus ojos se quedaron perplejos al ver su humanidad tendida en el piso, olvidado de todo y de todos; su piel estaba pálida y fría, su cuello, manos y pies flácidos, pero su loción seguía intacta, profunda, como acabada de aplicar, razón de mayor preocupación al no sentir el etílico olor de todos los días. Al no percibir movimiento alguno en él, gritó y gritó desesperadamente hasta que los vecinos se acercaron a auxiliar al galeno confundidos con los llantos de la hija, a quien la vida le arrebató su inocencia en ese instante ante la pérdida de lo más querido y cercano a su existencia.

Ella, la mujer de los ojos de mar, apareció mucho después, molesta por el ruido y los llantos provenientes de la puerta de entrada, toda somnolienta, envuelta en la bata transparente. Al ver el cadáver de su esposo no hizo más que inclinarse hacia la pared, cubrir su rostro con sus manos y llorar como Magdalena inconsolable.

Su corta edad se le fue de golpe. La falta de años no fue suficiente para no entender todos los significados en ese preciso instante. Para reconocer el abandono en la vida del facultativo que de paso se prolongaba en ella misma. Fue como un rayo, en un abrir y cerrar de ojos su cerebro se convirtió en un cinematógrafo y las escenas transcurrieron una tras otra. Ahí supo de las voces silenciosas, de los quejidos nocturnos y a veces a todas horas en la recámara de su madre. Se enteró de su fragilidad, de su estilo de vida desde muy joven y de las humillaciones recibidas en ese mundo de privilegios, donde importaba más el poder que la dignidad de una mujer, el qué dirán los otros para estar bien con ellos y gozar de sus complacencias. Supo de la desesperación y de la vida gomórrica del muerto, pero también se enteró de sus desgracias, de su lucha permanente, de los idílicos sueños de modernidad que lo llevaron de la carreta distribuidora de carnes, ahí, en el pueblo de San Juan de los Llanos, a las andanzas por calles, avenidas y laberintos oscuros de la gran ciudad; abandonar el terruño y transformarse en un facultativo, a desear el poder desde lejos porque le daba asco la sarta de mentiras que lo rodeaban, a dejar tirado todo porque nunca fue y quiso ser de ese mundo. En su presente, sólo le interesaba vivir con sencillez su ejercicio profesional, su embriaguez de todos los días, sus gustos y preferencias, sin esperar nada a cambio, porque siempre se sintió humanamente humano.

*

Traía la cabeza hecha trizas de tantas imágenes recurrentes. Esa mañana inesperada fue como un huracán en tierra, la destrucción de raíz, las mañanas soleadas disueltas en instantes de hecatombe. No sabía de tragedias, de no ser las familiares, hechas costumbre desde el inicio. Pensaba, a sus doce años, eternidades en presencia de su padre. Él era

para ella omnipotente a pesar de su embriaguez cotidiana, su refugio de niña apegada a su figura, su héroe y sus brazos adormecedores. Él no tenía otros ojos donde desbordar lo que le quedaba sino en su inocencia y candidez. Su pequeña, la única razón para saber que todavía había algo bueno.

*

Le cambió la vida de niña, más bien le negó la vida cuando apenas cambiaba sus juguetes por fantasías triviales que marcaban el inicio de la adolescencia. Abrió la puerta que daba a la calle y su niñez se esfumó en el asombro. Fue como un rayo en tierna primavera, o, lo que era peor, alguien le arrancó la vida en un segundo.

*

La guayabera y el pantalón blanco teñidos de púrpura sanguinolenta que no dejaba de brotar de sus fosas nasales. Aún traía un pie calzado con el charol de costumbre. Al tocar su rostro sintió frío. Tuvo miedo, pero ya no gritó como en los primeros instantes. Una idea se le metió en la cabeza. Empezó a calar, a callar en silencio.

Traía el rostro transparente, pálido tras el cristal donde aún se evaporaban residuos del líquido corpóreo y formaban así nebulas de opacidad; quizá el paso aligerado de los bálsamos para mantener por un tiempo su cuerpo en estado incorrupto, o tal vez el exterminio de las últimas células. El callejón empedrado era ya el tumulto de parroquianos atentos a dar el último adiós al médico de pueblo, quien en sus borracheras consuetudinarias nunca dejó de atinarle a la cura del paludismo, la tosferina, la difteria y el sarampión. Más cerca de la casa marcada con el número nueve estaban los señores del pueblo, quienes con su silencio se sumaban a fingir el dolor de quienes en verdad lo apreciaban. Sabían de los laberintos ocultos, de las noches sin sosiego, del alemán, del incesto, del accidente de la barranca, del amor imposible que terminó con un aborto y tuvo como premio mayor la diputación distrital; pero estaban dispuestos a callar de por vida, a fingir dolor por una muerte deseada y así cerrar la página oscura de Braulio Zaragoza Burillo de la Torre, a pocos años de su ausencia, para que esos secretos que alguien cree sepultados no salieran a relucir donde menos se esperaban. Así, los finqueros y rancheros del pueblo sellaban el pacto en el juego de máscaras siniestras de una sociedad putrefacta.

Los encargados de trasladar el cuerpo, antes de retirarse, entregaron a Bromelia un sobre lacrado con el escudo nacional. Las familias honorables presentes, en un gesto de condolencia, fingían sus pensamientos, pero en el fondo se formaban sus propios juicios relacionados con el contenido y procedencia.

Se introdujo a su habitación sin dar tiempo a las formalidades, al tiempo que sustraía el contenido y leía: "Cero ingestión de alcohol en las últimas setenta y dos horas antes de fenecer. Muerte por trombosis

cerebral provocada". De inmediato suspendió la lectura y asentó sus temores en el centro de sus encuentros y desencuentros, en los libros de crimen y pasión; práctica cada vez más usual y diversificada entre Herbert y ella. Sentía que el mundo se le venía encima. Ahora lloraba de miedo, se asustaba de sí misma, no había en ella un hilo de misterio, todo estaba al descubierto y se quedó un largo rato encerrada, trataba de silenciar sus temores.

Crecieron los rumores y la investigación se ha prolongado hasta hoy.

37

Pasó el tiempo llena de culpas. Despertaba todas las mañanas como ave deseosa de iniciar el vuelo interrumpido, pero la retenían sus temores, sus recuerdos acumulados, y se preguntaba si la vida era urdimbre de instantes oscuros, huellas que no se borraban y se quedaban a vivir en cada instante de la existencia misma hasta regresar al polvo. Pero no era así, las huellas también se grabaron en la memoria de los otros. Se decía: "no somos sino la complejidad de lo vivido, no somos sino la aceptación de nosotros mismos". Pero los temores regresaban una y otra vez, toda ella llena de angustias. De nada servían los encuentros amorosos si podía más la carga de lo acontecido y sentía las dunas de su propio desierto, ese desierto distante de toda explicación, engendro del tiempo de esa aristocracia rural en que le tocó nacer. Ahí, donde generaciones completas han repetido lo mismo, de tal suerte que la vida les ha sido heredada sin pregunta alguna, sin el menor esfuerzo, sin la agónica existencia de quienes medio viven. Ahí, donde pareciera no destruirse nada, pero también se destruye. En fin, eran las últimas páginas de los Burillo de la Torre, la decadencia familiar en el cuerpo y el alma de Bromelia.

Su soledad la llevó a recordar al galeno (extraña sensación). Esa tarde de su muerte, él salió de casa como nunca, totalmente abstemio, vestía impecable como siempre. Se despidió de ella como nunca, todo un hombre amoroso, y se fue por la calle empedrada hasta introducirse en la sala de billar para no mirar jamás sus ojos de mar.

Pasaron meses y el trío no se escuchó siquiera por un segundo. Era tiempo de apaciguar las culpas, los remordimientos. Tiempo de acallar los rumores del pueblo.

Las sombras de las aceras que rayaban la banqueta de enfrente marcaban las dos de la tarde. Él, perdido detrás del mostrador, realizaba el balance administrativo del penúltimo mes del año. Empezaba a sentir la edad, ya no era el joven de veinticuatro que un día llegó a buscar al cacique cafetalero, dispuesto a comprar y llevarse la cosecha rezagada, apresurado por sus acreedores alemanes que le medían el tiempo con reloj de arena para visualizar la urgencia en segundos. El tiempo transcurría sin la prisa de mensajes telegráficos, los granos aromáticos de la sierra habían dejado de interesar a los importadores germanos, cuyos ojos ahora estaban bien puestos en las maderas de El Ocote, y él ya no era el intermediario de ninguna de las nuevas empresas exportadoras. Su refugio era el pequeño hotel del pueblo donde pasaba horas en sus pocas ocupaciones de administrador. Escuchaba a Johann Sebastian Bach y uno que otro bolero, siempre con el cuidado de no poner el acetato de sus complicidades amorosas en el fonógrafo de paño de terciopelo, traído desde los aparadores de Hamburgo. Y eso de no escuchar la señal de sus encuentros amorosos era para no despertar más sospechas habidas y por haber en boca de los lugareños, y para no alterar con sus malos pensamientos el duelo de la mujer deseada en su viudez incipiente.

Fue ahí donde la vio pasar. Llevaba el *jumper* azul veinte centímetros arriba de la rodilla, sus piernas la transfiguraban de niña en mujer, ya estaban bien formadas. La coquetería de su caminar hacía que cualquier mirada de hombre se le metiera en sus repliegues, y ella sintiera que estaba siendo vista de pies a cabeza. Y entonces, por supuesto, su candoroso rostro se transformaba en risa pícara de hembra tierna a la que se le sube la sangre a las mejillas y siente mariposas en el estómago.

No pudo más, la atrapó con su mirada. Ésta, a dos pasos para abrir el portón del zaguán de la casa con el número nueve, bajó la banqueta y atravesó el callejón empedrado sintiendo a cada paso remolinar sensaciones extrañas en su vientre que le humedecían la vulva. Sin pensarlo más, se introdujo al hotel sin el menor recato, dispuesta a confirmar lo antes visto sobre el cuerpo de la madre.

Era casi el encuentro perfecto, de no ser por la inexperiencia de Mágina. Pero él era un cazador y no la dejó de mirar un solo instante con su deseo ardiente que la atraía más y más como un imán hasta tener sus manos tersas entre las suyas, alargadas, anchas y fuertes. Por segunda ocasión, no hubo palabras de inicio, sólo el lenguaje de los ojos, su boca de labios gruesos humedecidos con la punta de la lengua. La sentía fresca como la fruta recién cortada; su olor a adolescente y el temor de su piel a lo desconocido, que a éste le venía muy adentro haciendo erizar los pelos de sus brazos, del dorso de sus manos, de la falange y la falangina, abultando sus formas y tornando rojiza su piel. A ella en segundos se le iba el respiro que luego le hacía suspirar entre el miedo y el enamoramiento de mariposas ventrales. El mostrador de la recepción separaba sus cuerpos, era testigo ciego de los movimientos de entrepiernas de ambos. Levantó sus manos y sin soltarla recorrieron los cuatro metros de madera que los separaban hasta quedar sus cuerpos unidos. Fue cuando Herbert quiso retroceder al ver su uno cincuenta y cinco de estatura, comparado con el uno noventa y siete de su corpulencia, pero ella ya había repegado sus tiernos pechos a la altura de su cintura. Con la yema del dedo anular empezó a recorrer su rostro hasta tocar sus delgados labios, luego lo besó como se besa la primera vez y reconoció en ella un temblor de niña dispuesta a cruzar sus límites. La llevó de espalda hasta el único sillón de la sala de espera tratando de ocultarse de las miradas inoportunas entre historias y huellas de otras pisadas. Lentamente le bajó el cierre del *jumper* hasta dejar su torso desnudo. Aparecieron de inmediato bajo el corsé sus dos limones, puntiagudos y levemente húmedos. Herbert los tomó entre sus dedos para acariciarlos con suavidad, pegó sus labios, pero todo le supo a inocencia. De nuevo intentó retraerse, pero ella lo abrazó fuertemente cual niña necia que

no sabe lo que le espera. Herbert la desvistió por completo mientras recorría cada milímetro de su piel. Olió sus partes, chupó los dedos de sus pequeños pies, succionó cada una de sus curvaturas y las encontró olorosas a vida. Para entonces, Mágina gemía entre suspiros entrecortados de placer. Al llegar a su vulva se encontró con la manzana hermética tan sólo cruzada por una frágil línea que dividía su globular presencia. Tomó entre sus manos su naciente venus y se dejó llevar hasta rozar su prolongada nariz, luego trató de beber de su viscoso néctar. Le supo a orines, a niña a punto de ser mujer. El callejón empedrado estaba silente. La sombra de los muros marcaba las tres de la tarde. Herbert se incorporó, fue a cerrar la puerta de la recepción. En el trayecto de regreso se desfajó, dispuesto a dar la primera estocada, pero tal fue su sorpresa: ella ya estaba vestida; aún más, su miedo se acrecentó al ver transparentar su humanidad. Tomó sus libros y corrió al recibidor dispuesta a marcharse. Herbert quiso detenerla, evitar que quitara el cerrojo de la puerta de entrada, pero sus temores no se lo permitieron.

Desde ese día, a muy altas horas de la noche rondaba la casa. Buscaba la mejor forma de introducirse como otras veces, sólo que ahora le interesaba también la hija. No estaba dispuesto a quedarse con el olor y el placer apagado. A pesar de razonar fríamente lo que había pasado, ya no había sano juicio para él, si es que lo hubo alguna vez. Bromelia lo daba por cuerdo, por sensato; su ausencia sólo era el respeto que ella se merecía y quizá el poco respeto que debería sentir por el muerto. Para él, era la vulva hermética que lo hacía soñar despierto, sentirse un adolescente a sus treinta y tantos años. Modificó su forma de peinarse, se ejercitaba todas las mañanas, cambió la música de Bach por canciones setenteras de Palito Ortega. Estaba loco, sólo que a ella no le gustaba el amor auditivo, su lenguaje de atracción era visual. Visual y candente.

Andaba desesperado, cojudo, se sentía atraído de cuanta mujer le salía al paso, pero los olores de la tierna hembra de esa tarde centraban su imaginación. Delimitaba su espacio a ojo de buen cubero, medía la altura de la barda que daba al traspatio, pero se topaba con la alambrada, instalada tiempo atrás cuando el galeno empezó a tener sus sospechas.

Por las noches la adolescente se acordaba de lo acontecido aquella tarde, ahí donde el índice le ayudaba a reconocer la elasticidad de sus fronteras. Hasta cierto día, a media noche, apresurado por encontrar la forma de saltar la barda y reunirse con la adolescente de sus turbaciones frecuentes, Herbert topó de frente casi en la entrada del zaguán con el joven catedrático de la secundaria oficial a la que ella asistía. Éste reflejó en su rostro una risa sarcástica, como diciendo: "vamos por el mismo rumbo y ya conozco tu historia". Ante la perplejidad de Herbert, y sin dudarle, se introdujo por la pequeña puerta del zaguán, abierta con si-

gilo en ese instante, ni más ni menos que por la propia joven, que al darse cuenta de la presencia estática de Herbert, dejó la puerta semiabierta e introdujo al joven matemático por el pasillo del deseo. Por supuesto, el alemán vio en este gesto el momento esperado y, más rápido que perezoso, se coló entre las sombras hasta llegar a la recámara de la joven, pero al llegar, la puerta estaba cerrada y los arrumacos se escuchaban frecuentes en voz baja. No tuvo otra salida que asirse al pequeño balcón que daba a la ventana para tratar de evitar lo inevitable. Descubrió que la ventana estaba abierta. Hizo lo imposible por tratar de correr la gruesa cortina, pero los travesaños de hierro no le permitían actuar con rapidez, hasta que pudo dar paso a sus ojos. Fue en ese preciso momento cuando vio entre sombras al hombre que la penetraba. Ella, en las tinieblas, no dejaba de mirar hacia los gruesos lienzos de la ventana apenas recorridos, no se sentía poseída por el profesor, sino por él, el otro que tras la cortina se quemaba de coraje en pleno voyeurismo. Su espíritu de venganza cobraba fuerza, esperaba ese instante desde hacía tiempo; a su corta edad era ya una mujer de sensaciones sadomasoquistas, iba del dolor al placer repetidas veces. Él se sentía un idiota por haber dejado pasar la oportunidad de desflorarla esa tarde del deseo en el viejo sofá del hotel. Veía al hombre que la poseía con vigor. No pudo más, se sacó el miembro y se hizo de rabia. Supo que también ella era sádica como la madre, como él. Cuando no pudo más, la oyó gritar de placer y la luz de la pequeña lámpara se iluminó por completo.

La vigilia profunda la colmaba de arrebatos. En sus ansias se sentía levitar como luciérnaga en sábanas persas. A ratos flotaba ausente de sí misma. Se sentía Hera en busca de Zeus. Luego recobraba el sentido. A medio dormir la inundaba el furor de sus noches. Traía su presencia pegada en cada milímetro de su piel, imaginaba sus labios que succionaban la miel de sus cavernas, el roce de su rostro barbado a medio rasurar mientras sus dientes la mordían con suavidad. Se sentía nauyaca retorcida al impulso de las sensaciones de su lengua. Exhalaba gemidos entrecortados, pronunciaba palabras ininteligibles. Era cuando él cobraba fuerza y ella despertaba en su presencia al sentir sus fibras, su voluptuosidad en su pozo sagrado. Era ya una loca en los linderos de su lecho, transformada en diosa, mientras Zeus felaba en sus profundidades, ante la corpulenta imagen que mugía como un toro. Todo transcurría en instantes, luego volvía en sí, se descubría desnuda en la blancura de las frazadas de lino que cubrían parte de su cuerpo hasta rozar el piso en esbozos de formas curvilíneas. Trataba de despertar, pero aparecía de nuevo en las caricias de sus pequeños pies, luego recorría su escultural existencia, abría sus fronteras y ella gritaba de placer. Ahí el sadismo se mezclaba con la venganza del macho burlado, por quien aquella tarde osó dejarlo en el último arrebato. Tiempo después, se entregó al profesor de matemáticas y, sin el menor recato, sentía que era él quien la poseía a dos metros de distancia separados por las cortinas del deseo.

En su arrebato, no pudo más, el doloroso placer imaginado confundía sus sentidos y un sueño profundo terminó por dejar de remolinar su vientre húmedo. Durante las siguientes horas durmió en el desmayo de la inconsciencia. Al despertar supo que todo era un sueño.

Se incorporó ante las palabras cortadas y fatigadas que provenían de la recámara materna. De inmediato supo que después de largos seis meses había regresado el ausente a remover la piel de la viuda negra, sin que por primera vez se escuchara el trío con el bolero de sus encuentros. Se acercó a la recámara; la puerta entreabierta dejaba ver el alboroto que provoca la ausencia tardía y las ganas contenidas: las vestiduras de la cama que se encontraban dispersas por el piso, una botella de vino vacía con las copas rotas; vio hacia atrás y se encontró con prendas interiores ofrendadas en el pasillo antes de llegar al altar del sacrificio. Alzó la mirada hacia la sala, era el escenario anticipado de muebles fuera de lugar y prendas de vestir arrojadas donde cayeran. Al interior de la recámara las voces se agitaban lentamente hasta apagarse.

Estaba transformada. En su rostro no había el menor indicio de furia que provoca el deseo no cumplido, el coraje de ver al hombre soñado copulando con la madre. Al contrario; simulaba serenidad, pero algo le daba vuelta en la cabeza. Se fue al armario donde estaba el viejo guardarropa, de inmediato sustrajo los vestidos más elegantes, se probó los ligeros frente a la media luna enmohecida, se puso cada uno de los vestidos que un día entallaron el escultural cuerpo de Bromelia. Todos le quedaban como hechos para ella. Después, sustrajo la pequeña caja de madera que guardaba su padre en el archivo muerto de las historias clínicas. Le sacudió el polvo con cuidado y se dirigió al consultorio del galeno abandonado desde el día de su muerte. Ahí le llegaron las primeras horas soleadas de la mañana, y no salió sino poco antes de las doce pasado meridiano.

Antes de las doce, era otra. Lucía como la joven más bella de finales de los cuarenta. Había pintado sus ojos de suave mora, al igual que el

vestido y sus accesorios elegidos para esa ocasión. Su cintura de hormiga hacía resaltar sus redondas nalgas y el vestido se le pegaba a la piel.

Avanzó por el pasillo, irreconocible. Transformada en la mujer que ya era, a pesar de ser tan joven. Atrás habían quedado la inocencia de rizos de sol, las mañanas de visitas paternas en que manos sucias pero limpias de intención arrullaban las últimas horas de sus sueños; atrás Lucas, su fiel perro, compañero de su permanente soledad. Atrás su niñez y su corta adolescencia. Ahora caminaba con firmeza de mujer decidida, dispuesta a enfrentar un presente que empezaba a ser pasado en plena luz del día, sin temores, sin culpabilidad y con el decoro que aún le quedaba ante la adversidad o destino. Caminó con naturalidad, nada la asediaba, nada la afligía, nada la atormentaba. Llegó a la puerta semiabierta de la recámara. Antes de entrar, se quitó el guante de su mano izquierda, lo sobrepuso en la derecha, y con ésta algo sustrajo de su bolso. A los tres segundos se escuchó el disparo... seco y refulgente como un rayo, seguido de profundos y agonizantes respiros. La de los ojos de mar que luego se quedaron fijos sintió el impacto del proyectil rozar su pecho. La voz se le apagó de inmediato. El corpulento hombre alcanzó a rodar hacia el suelo en su desnudez eterna.

Ella arrojó los guantes al cesto de basura y regresó a la sala con la serenidad de una joven palmera que no teme al vendaval, sustrajo el acetato, lo acomodó en la tornamesa de la vieja consola y con sus dedos firmes colocó la aguja en el punto de inicio a todo volumen:

*Usted es la culpable
de todas mis angustias
y todos mis quebrantos...*⁶

Abrió la puerta que daba hacia el callejón empedrado a dos cuadras de la plaza de San Sebastián. Vio cómo las sombras de las aceras se cruzaban y supo que pasaban las doce del día. Se paró en el dintel, vio hacia el norte y hacia el sur, extendió el parasol acomodándose el tocado y vio

⁶ Letrista: José Antonio Zorrilla Martínez (1915-1982).
Compositor: Gabriel Ruiz Galindo (1908-1999).

de frente el sol radiante; tomó el viejo veliz y abandonó la casa número nueve. Caminaba por el callejón con elegancia. Cuando sus pasos se hicieron más cadenciosos, supo que no se llamaba Mágina, sino Maculada, Mácula de la Inocencia.

En la cantina del *Choco*, el trío seguía sonando:

*...y soy, aunque no quiera,
esclavo de sus ojos,
juguete de su amor.
No juegue con mis penas
ni con mis sentimientos
que es lo único que tengo...*

El Paraje, 2017